

Título original: De Natura Daemonum

Autor: Giovanni Lorenzo d'Anania

De Natura Daemonum

Primera edición: Venecia, 1570

Autor: Giovanni Lorenzo
d'Anania, 1570

© Giovanni Lorenzo d'Anania, 1570

© Traducción al español

por

Kleberly Lobelace, 2026

Traducido al español por
Kleberly Lobelace, 2026

LIBRO I

Comprender la naturaleza y el poder de los demonios siempre ha sido una tarea sumamente difícil. Esto aplica tanto a los filósofos, quienes han explorado este tema a fondo, como a los teólogos, quienes, por inspiración divina, lo han profundizado. Es seguro decir que casi nadie con un conocimiento mínimo de literatura desconoce este tema.

Por lo tanto, no debería sorprender que, incluso hoy en día, ningún campo del conocimiento pueda afirmar una comprensión completa de su poder, sus mecanismos operativos, por no mencionar su naturaleza fundamental.

Incluso en el caso de la astrología, que la humanidad comenzó a estudiar y practicar antes que todas las demás artes y ciencias liberales, aún nos encontramos lejos de alcanzar una comprensión completa.

Aunque la gente lo ha estudiado desde tiempos antiguos, desde los días previos al Diluvio Universal hasta los caldeos, hebreos y egipcios, y más tarde los griegos, latinos, árabes, persas, indios y chinos, con cada cultura aportando sus perspectivas únicas, no podemos afirmar con seguridad que lo dominemos.

Esta dificultad surge de la naturaleza abstracta y elusiva de estas entidades, que existen más allá de nuestra comprensión y escapan a nuestros sentidos. Sin embargo, sacerdotes de diversas culturas han aportado algunas ideas sobre la esencia y las habilidades de estos espíritus.

Teólogos, ya sean sirios, griegos o latinos, también han dedicado escritos al tema. Debatir sobre estos espíritus ha resultado ser un desafío, y carecemos de la misma claridad y organización que se encuentra en otras ciencias.

Es evidente que expertos de diversos orígenes, si bien presentan diferentes puntos de vista, podrían haber sido engañados debido a la complejidad de estas entidades o a su propia astucia, lo que resultó en desviaciones significativas de la verdad.

Los eruditos católicos, aunque se esforzaban por lograr una mayor precisión, a menudo se enfrentaban a limitaciones para expresarse con un refinado estilo latino y elegancia, debido al contexto histórico en el que escribieron.

Por lo tanto, creí que no sería un esfuerzo inútil recopilar y organizar las

ideas que he encontrado en diversos escritos sobre la naturaleza y las capacidades de estas entidades.

Estas reflexiones provienen de platónicos, entre otros autores, así como de nuestros teólogos. Mi objetivo es presentarlas de forma coherente para beneficio de los lectores devotos. Dediqué tiempo y esfuerzo considerables a recopilar y compilar las diversas opiniones de numerosos autores que pude encontrar.

Así como las abejas recolectan diligentemente el néctar natural y extraen con maestría solo los componentes valiosos para sus colmenas, impulsadas por el instinto, yo también me he esforzado por recopilar y organizar, lo mejor posible, toda la información que encontré de forma pura.

Por lo tanto, le solicito amablemente, querido lector, que acepte este esfuerzo nuestro con una mente abierta y receptiva, y lo lea con entusiasmo y curiosidad. Confío en que el tiempo y la atención que dedique a leer estas páginas rendirán una rica cosecha, similar a un campo fértil.

Durante un período considerable, se ha generado un profundo debate entre

filósofos y mentes eruditas sobre el origen de los demonios. Específicamente, el debate se centra en si los demonios son creaciones divinas dentro del orden natural o meros productos del intelecto y la imaginación humanos.

Este discurso persistente no ha logrado consenso debido a su división en dos puntos de vista predominantes. La mayoría, alineándose con las doctrinas de los epicúreos y los peripatéticos, afirmaba firmemente que los demonios no tenían cabida en el mundo natural.

Consideraban a estas entidades superfluas y redundantes, presentando argumentos y pruebas convincentes para desacreditar la existencia de espíritus en el universo.

Según su perspectiva, los demonios residían exclusivamente en el ámbito de la ficción poética, el folclore y las sabias leyes creadas para desalentar el comportamiento inmoral y promover la rectitud y la humanidad.

En consecuencia, consideraban a estos espíritus como meros conceptos

abstractos dentro de las creencias humanas, carentes de existencia genuina.

En directa oposición a esta postura se encontraban los estoicos, quienes basaron su creencia en los demonios en las enseñanzas de Sócrates y encontraron aliados en los platónicos. Los platónicos, basándose en diversas fuentes, incluyendo relatos de personas sabias y virtuosas, oráculos antiguos y numerosos registros históricos, afirmaron firmemente la existencia de demonios en el mundo natural.

Argumentaron rotundamente que los demonios no solo existían, sino que también desempeñaban un papel fundamental en la configuración de diversos aspectos de la realidad. Por lo tanto, como mencioné antes, muchos, incluyendo peripatéticos y otros con opiniones diferentes sobre este asunto, se oponen vehementemente y condenan nuestras creencias religiosas, considerándolas profanas.

Lo hacen incluso con quienes no las cuestionan, atribuyéndose el derecho a hacerlo. Su punto de vista y sus opiniones difieren significativamente de los de nuestros teólogos, quienes, iluminados por la luz de la fe, han demostrado convincentemente que

nuestras verdaderas creencias sobre estas entidades, como se mencionó anteriormente, no están en conflicto con la sana doctrina.

Por lo tanto, quienes se alinean con los epicúreos, peripatéticos y ciertos herejes en este asunto, negando con valentía no solo la inmortalidad del alma sino también la resurrección del cuerpo (al igual que los saduceos), deben ser ignorados y menospreciados.

Nuestra tarea es establecer la naturaleza y el poder de estas entidades de acuerdo con las creencias de los estoicos y platónicos y abrazarlas firmemente, tal como lo hacen los árabes y los hebreos, apoyados en nuestra fe y demostraciones superiores.

De hecho, se puede encontrar evidencia de esto tanto en el Antiguo Testamento, como en el Génesis, con metáforas y la serpiente hablando con Eva, como en el Libro de Job.

También está presente en el Nuevo Testamento, como en Mateo, donde está escrito: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles», y en numerosos otros pasajes.

Por lo tanto, es evidente que los demonios, en su estado natural, existen

(como dice el proverbio) para la burla y para los barberos.

En cuanto a estos espíritus, cabe destacar que difieren significativamente de las descripciones de los platónicos, así que exploremos esta distinción.

Los filósofos argumentan que la palabra griega «Daimon» abarca tanto a los ángeles buenos como a los malos y no degrada inherentemente a ninguna de las dos categorías.

Por consiguiente, suelen utilizar términos como «eudaimones» (bendito) y «kakodaimones» (espíritus malignos). Sin embargo, nuestros teólogos discrepan vehementemente de esta perspectiva, pues consideran dicha terminología desinformada y ofensiva.

Sostienen que, aunque este término pudo haber sido aplicado a estos espíritus en el momento de su creación, al igual que a todos los ángeles debido a su naturaleza compartida, nunca ha habido evidencia de que los espíritus benditos, ni entre los hebreos ni en nuestra tradición teológica, estén asociados con este término.

De hecho, este término se les ha atribuido no por su naturaleza, sino por su propia maldad y la supuesta

difamación de nuestros antepasados originales.

Por eso también se les llama "Diablos", y esta nomenclatura no carece de justificación, como explicaremos en breve.

Todos nuestros eruditos han coincidido en este punto.

Por lo tanto, no es de extrañar que este nombre, considerado maligno, nunca haya sido bien recibido por los devotos.

Esto no debería sorprendernos, ya que el conocimiento ha revelado la existencia de seres malvados y depravados, sin dejar lugar a dudas.

Entre estas entidades, existe un don que otorga la vida eterna, sin mérito propio.

Además, no son solo estos espíritus los que se conocen con el nombre de "malvados"; han adoptado diversos títulos y etiquetas para lanzar numerosas calumnias sobre nosotros.

Sin embargo, ya sea directamente relacionados o usados metafóricamente, todos estos nombres y designaciones sirven para identificarlos como nuestros

adversarios, como malvados, impíos y crueles.

En consecuencia, incluso quienes se encuentran bajo la protección del exorcismo evitan sus nombres y buscan distanciarse de estas entidades malévolas. Queda por abordar la discusión de cada uno de estos seres en sus contextos apropiados. Respecto a los demonios y su naturaleza, no solo todos los antiguos teólogos paganos discrepaban con nuestras creencias en todos los aspectos, sino que esta es una oportunidad para mencionar brevemente sus errores, ya que sería más apropiado.

Entre las diversas opiniones sobre este tema, merece atención una de quienes han escrito al respecto. Creen que su perspectiva, iluminada tanto por sus obras como por su fe en diversos aspectos de estas entidades, brilla con una apariencia de verdad.

Según esta opinión, particularmente popular entre los pensadores modernos (aunque no todos coinciden plenamente en sus puntos de vista), los demonios son, en efecto, seres espirituales creados por el Dios supremo. Poseen un intelecto superior, son completamente incorpóreos e

inmortales. Sin embargo, han elegido volverse malvados por voluntad propia, impulsados por la locura, carentes de razón, consumidos por deseos irracionales y propensos a pensamientos precipitados e imprudentes.

En este contexto, se hace evidente el error de Platón y su seguidor Porfirio. Platón sugiere abiertamente que los demonios son espíritus etéreos recubiertos por un cuerpo esférico delgado y estelar, mientras que Porfirio, entre las doctrinas de su secta que no gozan de aceptación común, afirma que pertenecen a la misma categoría y poseen una naturaleza engañosa y uniforme que imita a los dioses.

Sin embargo, la creencia de Platón se demuestra falsa, ya sea por sus acciones, que, como afirman los filósofos, siguen su naturaleza, o porque, a pesar de las apariencias, realizan acciones que son más verdaderas que ellas mismas.

Además, se demuestra que es el segundo error más significativo de todos cuando se afirma, como han propuesto algunos herejes, que estos espíritus no se originaron de la oscuridad para el

mal. Pues nada malo puede existir como principio fundamental en el mundo.

Tampoco puede haber dos seres omnipotentes, pues es absurdo afirmarlo, pues, de hecho, todo lo visible o incomprensible emana de una sola fuente. Hay una causa última de todas las cosas, y dado que es supremamente buena, ningún mal puede derivar de ella.

Por lo tanto, como creía Ananes, no existe un mal supremo inherente a la naturaleza de las cosas. Como Dios contempló todo lo que había creado, y era sumamente bueno, se deduce que los demonios, a medida que llegan a ser, no son malos por naturaleza, sino por voluntad propia.

La persistente malevolencia y engaño de estos seres, derivados de su propia falacia, fueron ocultados por los egipcios, quienes codificaron muchos secretos en ciertos jeroglíficos, que Scaliger describió como conteniendo algo imperfecto.

De estas reflexiones, querido y piadoso lector, se puede deducir que la esencia espiritual de los demonios fue creada originalmente como perfecta por Dios. Sin embargo, posteriormente se corrompieron y cayeron en un

pensamiento depravado, como quedará muy claro en la siguiente discusión.

Por lo tanto, considerando los tiempos actuales, es imperativo que nos atengamos rigurosamente al orden establecido en todos los asuntos, para presentar fielmente lo que nuestros teólogos creían sobre su creación.

Algunos argumentan que si los demonios fueron creados mediante una simple emanación sin interrupción temporal ni movimiento, entonces no eran coeternos con Dios. Sugerir que emanaron de la esencia eterna de Dios, una creencia similar a las ideas del filósofo Filón sobre la creación del mundo, es completamente inaceptable.

Cuando surgieron, fue únicamente por voluntad de Dios, al margen de su esencia divina. Él los creó y los moldeó, como hizo con los ángeles, donde y cuando le pareció oportuno.

No se engendraron unos a otros, como han especulado algunos cabalistas, una opinión que Abicena, figura erudita entre los árabes, parecía mantener firmemente al hablar de inteligencias. La creación misma, que requiere poder infinito, no podría impartirse a criaturas finitas de

ninguna manera. De lo contrario, significaría que Dios requería el mismo poder que sus creaciones, una noción demasiado absurda para ser considerada.

No fueron creados de materia corrupta en el lado izquierdo, como los talmudistas extrañamente imaginan, similares a ranas y moscas que surgen de sustancias pútridas. Son seres intelectuales, como se demostrará, carentes de cualquier material.

Por lo tanto, no pueden morir, como erróneamente creen ciertos filósofos e incluso árabes, como se discutirá más adelante cuando fueron engañados por estos espíritus.

Tampoco existen almas malvadas, como postula el filósofo Plotino, una visión que Tertuliano parece suscribir.

Todos los seres fueron creados ex nihilo por mandato soberano de Dios, como se explicó anteriormente.

Su propósito difiere significativamente del de las almas, que requieren cuerpos para manifestarse, pero este entró en juego después de la constitución de este mundo. La mayoría de los griegos creían que esta naturaleza espiritual se

había vuelto corpórea hace muchos siglos, pero esto es improbable.

Dios, cuyas obras son perfectas, no habría creado una naturaleza angelical separada del mundo corpóreo. Sugerir lo contrario implicaría la existencia de una parte imperfecta del mundo, una noción absurda y profana incluso de contemplar, y mucho menos de expresar.

Sin embargo, como mencioné, fueron creados bajo la designación de "cielo" el primer día, lo cual es mucho más preciso. Incluso la rica Escritura lo atestigua cuando dice: "Cuando se formaron las estrellas, los seres angelicales me alabaron".

Cualquiera medianamente familiarizado con la literatura sagrada comprendería perfectamente que las estrellas fueron creadas el cuarto día.

Si ese fuera el caso, ¿no habría sido necesario que los ángeles fueran creados al mismo tiempo? Ciertamente, debió serlo, pues ¿cómo podrían haber alabado a Dios si ni siquiera existían?

No basta con afirmar que fueron creados el segundo o tercer día, ya que no se mencionan en absoluto en esos días en el texto sagrado.

Por lo tanto, sigue siendo coherente con lo afirmado anteriormente: fueron creados el primer día bajo el término "cielo". Esto se ve especialmente respaldado por las palabras del Profeta: "Hizo los cielos con inteligencia".

Muchos, poco convencionales, interpretan esto como que las inteligencias, creadas junto con los cielos desde el principio para ponerlos en movimiento e infundirles virtudes, eran realmente necesarias.

Habiendo explicado estos asuntos, aunque sea brevemente, no dudo de que ahora poseemos una comprensión más clara de lo que la mayoría de los teólogos latinos han contemplado respecto a la creación de estos seres.

Esta comprensión también está confirmada por la propia verdad eterna, tal como la afirma la Iglesia.

Ahora bien, prestando especial atención al mantenimiento del orden expositivo, lo cual es especialmente importante para dilucidar temas complejos, nos queda aclarar, de la forma más completa

posible, cómo fueron creados estos seres. Fueron creados, por lo tanto, de manera similar a todos los demás ángeles buenos y perfectos.

Sin embargo, no todos recibieron el mismo nivel de perfección, aunque no existía envidia entre ellos al respecto. Estaban contentos con su naturaleza, según sus propias capacidades. Esta naturaleza, distinta de la sustancia material, es afirmada tanto por las tradiciones hebrea como por las platónicas como carente de materia. Reconocen que estos espíritus son completamente inmateriales, que no poseen materia como nosotros, compuesta de diferentes sustancias con cualidades y deseos opuestos.

Debido a su condición celestial, de ninguna manera están sujetos a la corrupción continua, como lo está nuestra naturaleza material.

Dada la significativa disparidad entre su naturaleza y funcionamiento —ser completamente incorpóreos y existir únicamente en el intelecto, como se demostrará ampliamente más adelante— y considerando la autoridad de Dionisio, quien afirma que rehúyen toda materia, no es sorprendente que muchos teólogos, que no deben ser ignorados, rechacen y expulsen de sus filas a quienes

sostienen opiniones contrarias, considerándolos completamente ignorantes.

Sin embargo, es importante señalar que los propios teólogos no carecen de diferencias y disputas entre sí. Mantienen dos opiniones distintas. Según Tomás, argumentan que estos seres solo difieren en la forma, y a menudo discrepan de quienes siguen a Escoto.

Muchos teólogos respetados, que parecen mantener puntos de vista similares, afirman que no hay nada intrínsecamente absurdo o contradictorio en la idea de que muchos de estos espíritus existan bajo una sola forma, cada uno con su propia naturaleza indivisible.

Sostienen que todos estos espíritus, si bien comparten la misma forma sin múltiples especies, difieren entre sí, mutuamente, y que la naturaleza de una forma hace que todas las almas difieran entre sí, variando en sus grados internos de esencia desde el mismo momento de su creación, sin necesidad de diversas formas ni multiplicidad.

En cuanto a cuál de estas opiniones podría considerarse más plausible, me complace añadir que, considerando los diversos talentos que se les otorgaron desde el principio, no se ajusta al orden natural que coexistan en el mundo una gama tan amplia de especies angélicas, tanto intelectuales como gloriosas, mientras que los demonios están eternamente condenados en el Tártaro. Si faltara una especie, podría considerarse con razón una imperfección, tanto en el ámbito corpóreo como en el sensible, en el mundo creado a imagen y semejanza de Dios, como dicen.

Además, este argumento cobra mayor fuerza cuando consideramos que, de todas las naciones, lenguas y artes, muchos entre la humanidad se salvan del tormento eterno por la gracia de Dios.

Estos demonios, aunque fueron creados como espíritus indivisibles e inmortales, iguales a los ángeles en su naturaleza, han caído de los órdenes angélicos, como se explicará más adelante.

Entre los órdenes angélicos, existe una variedad de formas, donde algunas difieren de otras tanto en apariencia como en poder. Esta diferencia, por grande que sea, no le es oculta a Dios,

quien creó todas las cosas con precisión, medida y orden.

Sin embargo, desde nuestra perspectiva, sabemos que, aunque existen tres clases de ángeles, ni una naturaleza superior ni un espíritu más débil permitirían que estos seres experimentaran enfermedad alguna.

Una sabiduría inferior no les permitiría ser ignorantes, ni una libertad inferior les impondría ninguna necesidad de caer. En cambio, de esta variedad entre ellos, que existe en el mundo intelectual, algo maravilloso y extraordinario ha surgido en este mundo presente, gracias a la diversidad de cosas sensibles que le sirven de belleza y adorno.

Esta gran diversidad de naturalezas ha dado como resultado nada menos que la perfección, y no tienen motivos para quejarse de su Creador. Si bien, en la naturaleza, cuanto más superior es uno, menos especies de cosas comprende y mayor virtud posee, la virtud inherente a cada uno es tan grande que nada más podría añadirse a su perfección, la que su naturaleza podría comprender, sin alterar sus respectivas formas.

Cada uno rechaza tales cambios debido a la destrucción inherente que conllevan.

De esta manera, todos los demonios, al igual que los demás ángeles, fueron creados originalmente en un estado de felicidad natural, cada uno según su propia capacidad.

Poseían tal nivel de perfección natural que podrían haber permanecido en este estado por completo si así lo hubieran elegido. A pesar de su naturaleza flexible y su libertad de elección para determinar su curso de acción, no había ninguna razón inherente para su caída. Por lo tanto, su caída fue enteramente resultado de sus propias malas acciones y culpa, ya que tuvieron la fuerza para mantenerse firmes, pero decidieron no usarla.

Si hubieran permanecido en su estado original, habrían recibido grandes y sublimes dones de lo alto. Habrían alcanzado la felicidad suprema, que no está predeterminada por su naturaleza, sino que es la misma meta última que la de los ángeles. Habrían sido admitidos en la esencia divina, disfrutando de la misma visión que los ángeles. Además, debido a su naturaleza superior y a la gracia que habían adquirido, podrían haber recibido una

gracia distinta que superaba la de los ángeles.

Sin embargo, debido a su inestabilidad, los espíritus que seguían a Lucifer — nombre que hace referencia a su naturaleza superior— y sus cómplices, que consintieron en su orgullo temerario, lo siguieron voluntariamente en este desastroso error.

Impulsados por un orgullo desmedido, consumidos por una locura y un frenesí venenosos, se sintieron abrumados por la envidia cuando Lucifer, debido a su naturaleza superior, poseía el privilegio de contemplar la esencia de diversos seres.

En esta contemplación, percibió que la sustancia de todos los demás seres era más bella y excelente que la suya.

Corrompiendo su propio entendimiento intelectual, que permaneció impasible ante cualquier perturbación sensible (ya que no podía ser influenciado por tales perturbaciones), proclamó con audacia: «Fijaré mi trono en el norte y seré semejante al Altísimo». Este pecado, de hecho, el más grave de todos los pecados, el crimen más aborrecible, la transgresión detestable y el acto blasfemo, fue cometido voluntariamente y por su propia voluntad, sin que se le

presentara ninguna otra sugerencia o tentación.

Si este relato es completamente exacto sigue siendo un punto de debate polémico entre los teólogos, como es bien sabido.

De hecho, algunos argumentan que el demonio fue creado inicialmente satisfecho con la naturaleza con la que había sido dotado, y que su propósito era alcanzar la gracia suprema. Sin embargo, rechazó la felicidad durante un largo período. Por otro lado, otros creen que llegó a creer que su fuerza provenía no de Dios, la fuente eterna de todo bien, sino de sí mismo.

Se convenció de ello y lo dio por seguro.

Se dice que esta creencia hizo que su naturaleza mutable se volviera inmutable en el pecado. No obstante, se aferró voluntariamente al mal, volviéndose inmutable en ese estado.

Algunos sostienen que omitió ciertas acciones o, confiando en sus propias capacidades, intentó lograr lo que podría haber obtenido mediante la gracia. Otros argumentan que su pecado consistió en intentar arrogarse la posición del Mesías. Esto se debe a que, según

cuenta la narración, cuando reconoció su superioridad en naturaleza sobre todos los demás, deseó fervientemente que, por su causa, todos los demás alcanzaran la gloria en la presencia de Dios.

Sin embargo, afirman que este deseo lo condujo a su grave pecado, con diversos argumentos. Sostienen que, al prever el esplendor divino que la voluntad del Altísimo pretendía encarnar mediante la revelación de una luz divina particular, que vendría para nuestra redención, comenzó a venerarla. El hecho de que la santísima esencia de Dios se encarnara implica la necesidad de nuestra redención.

De lo contrario, no habría podido afectarnos más profundamente con su humanidad que con su divinidad.

Veneró esta luz divina, al igual que los demás ángeles. Sin embargo, debido al orgullo de su propia naturaleza, se apartó repetidamente de esta veneración.

Quienes se adhieren a las opiniones de Escoto se apartan menos de esta interpretación. Afirman que su pecado residió en la inquietud y perversión de sus deseos al desafiar la igualdad y la omnipotencia de Dios.

Sin embargo, es crucial señalar que esta igualdad y omnipotencia se relacionan con un concepto indiscutible, aunque jamás pueda comunicarse a criatura alguna. La inquietud y la perversión de sus deseos, sin duda, provenían de su propia voluntad pervertida.

Dada la excelencia de su esencia, debería haber amado a Dios aún más y humillado a los demás. Debería haber ofrecido eternas gracias a Dios, las cuales, me parece, expresó abiertamente aquí en la tierra cuando buscó con afán su adoración única.

De hecho, a muchos teólogos les resulta más fácil aceptar esta opinión porque se alinea con la verdad misma.

Por lo tanto, se cree que este crimen y pecado atroz y abominable ha provocado importantes disputas entre ellos, principalmente debido a las diferentes voluntades de los ángeles, tanto buenos como malos.

Cuando Miguel, el líder de los ángeles buenos, se resistió al Dragón (pues Lucifer, el príncipe de los malos, recibe este nombre debido a la influencia venenosa que extendió entre los demás), estalló una feroz batalla entre ellos. Es

importante destacar que esta batalla no involucró armas físicas, ya que son espíritus completamente desprovistos de materia corpórea (como se explicará en su contexto).

No pueden ser destruidos por la naturaleza celestial, aunque son capaces de atravesar los diversos reflejos del espectro, como los rayos del sol. El Dragón, debido a su naturaleza perversa y malvada, fue rechazado y condenado por todos, incluso por aquellos de su propia especie que eran ingratos y orgullosos.

Esto provocó una rebelión entre ellos, que se hizo evidente y fue sancionada por todos los ángeles malvados.

Fueron tan universalmente rechazados y condenados por todos los ángeles buenos que, mientras ambos bandos luchaban ferozmente, la facción de los malvados finalmente se debilitó.

Confiaron en su propia fuerza y fueron tan debilitados por la fe viva infundida desde arriba —posiblemente debido a la llegada del Mesías o quizás a la gran y verdadera bondad del Dios Supremo— que incluso el menor de los ángeles buenos podría haberlos expulsado y derrotado del cielo.

La naturaleza está completamente dominada por la gracia.

Sin embargo, los teólogos continúan debatiendo en qué lugar del cielo tubo lugar esta batalla y cuánto duró. Muchos tienen opiniones diversas al respecto.

Algunos, influenciados por la autoridad de Ezequiel, quien habla del Diablo estando en los deleites de Dios y, debido a la semejanza del pecado de Adán terrenal, argumentan persuasivamente que esta batalla ocurrió en el cielo empíreo, que es la morada de los espíritus bienaventurados y sus alegrías.

Otros, entre los cuales San Agustín parece haber sido el primero, afirman abiertamente que esta batalla de los ángeles tubo lugar en la región más alta del aire, a veces llamada el cielo. Sin embargo, si se me permite expresar mi opinión, no me atrevería a afirmar que esta batalla ocurrió en ninguno de estos lugares.

De hecho, a menos que lo pasara por alto con los ojos cerrados (como dice el dicho), me parece bastante claro que este evento ocurrió en el aire, un reino que

inicialmente convenía a los ángeles debido a su corruptibilidad y mutabilidad, a pesar de su naturaleza incorruptible.

Posteriormente, algunos de ellos fueron asignados y confinados a esta región como una forma de castigo y ejercicio innoble.

Ni el cielo empíreo, que pertenece a la gloria más que a la naturaleza debido a su excelencia sobrenatural e insuperable, ni lo que menciona Ezequiel parecen contradecir mi punto de vista.

Las palabras de Ezequiel no parecen referirse a la calidad de un lugar, así como la promesa de nuestro Salvador en la cruz al ladrón: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso», no indica necesariamente una ubicación, sino una condición y un estado.

En este sentido, Lucifer, debido a su estatus superior al de todas las demás criaturas, podía contemplar a Dios con gran deleite gracias a la excelencia de su propia esencia.

Lo que probablemente respaldaría nuestra opinión es que el orgulloso Diablo, impulsado por su arrogancia, declaró: «Subiré a los cielos; pondré mi trono sobre las estrellas».

Si esta batalla hubiera tenido lugar en el cielo empíreo, ¿a qué lugar celestial se refieren estas palabras? Dado que no hay un lugar más alto, ¿deberíamos interpretarlas alegóricamente?

Ciertamente no, ya que debe atenderse al sentido literal, dondequiera que se pueda extraer.

Por lo tanto, esta batalla no tubo lugar allí, sino en el firmamento, lo cual, basándome en la autoridad de Juan, considero acertadamente descrito. En su Apocalipsis, afirmó que el Dragón, nuestro antiguo adversario, arrastró consigo un tercio de las estrellas.

Nada podría ser más apropiado que este cielo para que los ángeles demostraran su naturaleza móvil e incorruptible, moviéndose sin sufrir corrupción.

Este evento condujo al triunfo de los ángeles en un lugar, donde obtuvieron la victoria sin disputa, y a que los demonios soportaran los castigos más atroces y tormentos eternos e interminables en otro.

Así como los ángeles ocuparon el lugar del Paraíso, los demonios se

encontraron en el reino infernal simultáneamente y con razón.

Los teólogos aún no han llegado a un consenso sobre cuánto tiempo permanecieron estos espíritus en el cielo y cuánto tiempo lucharon con los ángeles.

Quienes son devotos inquebrantables de Santo Tomás, célebre tanto entre los teólogos como entre los filósofos y considerado casi como un segundo Aristóteles, sostienen que solo hubo dos fases distintas desde su creación hasta su caída.

La primera fase involucró su creación con cualidades puramente naturales solamente, y la segunda fase ocurrió cuando quedaron sujetos al pecado y fueron expulsados del cielo por el ministerio de los ángeles que fueron confirmados por la gracia.

Sin embargo, no todos los eruditos están sujetos a una lealtad tan inquebrantable hacia este maestro, como si estuvieran privados de su propio juicio y opinión. Se dividen en dos bandos. Algunos siguen a su líder, Juan Duns Escoto (quien se ganó el apodo de "Sutil" no sin razón), y afirman que

hubo cuatro intervalos entre su creación y su caída.

Algunos incluso intentan, mediante diversos argumentos, reducir este número a tres.

Según esta perspectiva, el primer intervalo, durante el cual todos se contentaron con los dones naturales que les fueron otorgados, fue seguido por un segundo intervalo, que duró tanto como nuestra existencia.

Durante este segundo intervalo, algunos afirman que se apartaron de la verdad hasta tal punto que, a pesar de haber cometido el pecado inicial y estar excesivamente llenos de amor propio, aún podrían haberse arrepentido lo suficiente y haber obtenido fácilmente la misericordia, el perdón y la gracia de Dios que Él extiende generosamente a sus obras mediante su bondad y paciencia, siempre que hubieran permanecido en el camino del arrepentimiento.

A pesar de los desacuerdos entre los teólogos, quienes argumentan con vehemencia que ningún pecado digno de perdón pudo haber ocurrido en este estado de inocencia, es importante

considerar que ninguna criatura había caído en la corrupción en ese momento.

Se puede reconocer que el pecado se introdujo en el mundo de manera colectiva, similar a la caja de Pandora abierta por Epimeteo. Sin embargo, el argumento de algunos teólogos de que nada podría haber justificado el perdón durante este período parece tener fundamento, particularmente a la luz del libre albedrío de los ángeles.

Esta perspectiva fue compartida por varios teólogos que creían que, hasta el momento final que condujo a su condenación, era apropiado que los ángeles no hubieran cometido un pecado merecedor de perdón.

Sostenían que una criatura espiritual de tal nobleza no debería haber caído abruptamente en el tormento eterno, especialmente porque todo ser creado, inherentemente mutable, posee el potencial de error.

Esto es especialmente relevante si consideramos que, como sugieren las Escrituras, incluso Dios encontró cambio en sus propios ángeles.

Sin embargo, los demonios, como procederemos a narrar, extendieron su

desafío a la voluntad de su Creador más allá de lo justo. Su excesivo amor propio y su necesidad persistieron en este segundo intervalo hasta tal punto que, en el justo juicio de Dios, se obstinaron en su rebelión, negándose a dar gloria a otro.

Continuaron resistiéndose a los mandatos de Dios con un orgullo inquebrantable.

Finalmente, en el tercer intervalo, mediante el justo juicio de Dios y su disposición misericordiosa, atemperada con la justicia, todos fueron condenados, sin excusa alguna.

Este juicio y sentencia no fueron dictados apresuradamente, sino que fueron el resultado de la paciencia y la justicia supremamente justas de Dios, atemperadas con su propia misericordia.

Además, es importante señalar que estos demonios no eran simplemente culpables de una sola transgresión, como algunos podrían pensar. En cambio, eran culpables de una multitud de pecados, cada uno impulsado por su propia malicia y un deseo indescriptible de maldad.

Se involucraron en diversas formas de maldad y actos criminales, que gradualmente fueron escalando de ofensas menores a ofensas más atroces.

Esta progresión continuó hasta el punto en que, aunque no todos en la misma medida debido a las variaciones en su naturaleza inherente, todos compartían un apetito insaciable por el pecado.

Se entregaron a diversas formas de depravación, y su desobediencia fue alimentada por incesantes deseos malignos, lo que los condujo a una espiral infinita de maldad.

Como resultado, finalmente cayeron en el más profundo desprecio y odio hacia Dios, una condición verdaderamente horrorosa. En este estado, fueron dispersados y destrozados de tal manera que no hubo posibilidad de redención, y no pudieron restaurar su integridad.

En consecuencia, tras el evento final y desastroso, los demonios fueron expulsados del cielo, como el plomo se hunde en el agua, por obra de los ángeles, como se mencionó anteriormente. Su descenso estuvo marcado por la mayor desgracia e ignominia, y fueron precipitados a las

profundidades, donde a menudo sufrieron un tormento implacable de gusanos internos y eternos.

Muchos de ellos, como alude el divino Santiago, permanecen estrechamente asociados a esta atmósfera oscura y gélida. Dios, en su maravillosa e infinita providencia, permite esto con el propósito de ejercer su sabiduría inescrutable y despertarnos de nuestro letargo espiritual para infundir en nosotros el temor de Dios.

Este estado persiste hasta el gran día del Señor, asegurándose de que no permanezcan allí sin razón. A veces, Dios los emplea para ejecutar su justicia divina sobre nosotros, los humanos, como se explicará en posteriores discusiones.

Todos aquellos relegados a los confines de este aire son considerados inferiores. Los más poderosos, debido a su nobleza inherente y a la acentuada intensidad de su rebelión contra Dios, fueron arrojados a las profundidades del Tártaro, junto con su líder, el Dragón.

Este líder, enbanecido más que sus camaradas por el veneno de un orgullo

insensato, había sido inicialmente elevado a un estado superior mediante la nobleza otorgada por Dios, solo para servir como recipiente para los actos más vergonzosos y los tormentos eternos.

Esta elevación no fue infundada, pues había perdido el sentido de la medida debido a su orgullo desbordante, y ahora soporta el sufrimiento más severo, un castigo justo que corresponde a sus actos, determinados por el juicio más justo de Dios.

Sin embargo, la magnitud de la caída y si todos pertenecían a un solo orden o a diferentes sigue siendo objeto de considerable debate entre los teólogos.

Algunos, considerando que un número mucho mayor de humanos está destinado al tormento en el infierno junto a los demonios en comparación con aquellos que experimentarán la alegría celestial con los ángeles, han conjeturado un destino paralelo para los propios ángeles.

En consecuencia, infieren que una mayor multitud de ángeles ha sido arrojada al infierno. Por otro lado, hay quienes, con una perspectiva más equilibrada (como

sugiere mi opinión), se centran en la bondad inherente presente en estos espíritus, capaces de una comprensión más pura.

Creer que, por esta razón, una proporción menor de ellos cayó debido a esta falla. Esta opinión, que me parece más apropiada y, por lo tanto, más merecedora de aceptación, prevalece. Sin embargo, la cuestión de cuántos de ellos fueron precipitados del cielo sigue siendo objeto de diversas opiniones.

Existen diversas opiniones sobre la proporción de ángeles caídos culpables de este delito. Algunos afirman que es una décima parte, mientras que otros argumentan que una novena parte está sujeta al castigo eterno.

Muchos creen que la tercera hueste de ángeles se enfrentó a la condenación.

Estas diferentes opiniones, a menudo respaldadas por la autoridad de San Juan, quien afirma: «El dragón arrastró con su cola la tercera parte de las estrellas», son predominantes.

Sin embargo, el debate entre teólogos griegos y latinos no se centra en la gloria de su estado ni siquiera, como

muchos creen, en las condiciones de sus méritos. En cambio, la discusión gira en torno a si este juicio afectó a las órdenes inferiores, a las superiores o a un grupo mixto que las abarca a todas.

Algunos han sugerido que, considerando la disposición de estos espíritus en relación con la materia, los ángeles, incluyendo a su líder, Lucifer (a quien llaman con este nombre para aludir a la verdad), fueron arrojados desde una posición inferior.

Establecen un paralelo con ciertos platónicos que afirman que los espíritus malignos (cacodæmones) usaron la materia como medio de rebelión. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, como no les atribuimos nada material, creemos que todos cayeron de sus respectivos órdenes.

Mientras algunos argumentan que la mayoría de los ángeles de orden inferior fueron arrojados debido a su naturaleza menos noble y superior, negamos que el diablo, junto con algunos otros de una esencia más excelente, perteneciera a una clase inferior.

Muchos teólogos han afirmado que él es, de hecho, el peor de todos, y no sin razón, como el jefe de todos los demás.

Algunos señalan las palabras de Ezequiel: «Tú eras el Querubín ungido protector; y yo te he puesto así».

Muchos teólogos sostienen esta opinión, afirmando que San Juan también lo llama el dragón debido a su conocimiento superior, que poseía por naturaleza, superando fácilmente a todos los demás.

Sin embargo, si el fervor de Dios no lo hubiera distorsionado debido a su perversa voluntad, sin duda habría sido llamado con otro nombre.

Perdió el amor que le era completamente contrario, y como diametralmente opuesto al amor, no pudo perseverar ni existir. Por eso, aunque reprocha la noble esencia del diablo, no puede ser llamado con otro nombre.

Además, su firme creencia de que el diablo se opuso a todo bien desde el principio y luchó contra la verdad eterna no se encuentra explícitamente en las sagradas escrituras relativas al orden seráfico. Sin embargo, esto puede ser inferido suficientemente por quienes examinan cuidadosamente las sagradas escrituras.

Incluso del mismo profeta, al describir su caída, se dice: "¡Cómo has caído del cielo, oh Lucifer!", y las siguientes palabras implican firmemente que esta cabeza, la peor de todas, no puede referirse a nada más que al más alto de todos los órdenes en el que fue creado por voluntad divina.

Esto es particularmente cierto debido a la grandeza de la estrella, su brillante luz y su asociación con la parte más grande y noble del día.

Su abominable crimen, tan grave como los otros o quizás incluso mayor, no le impidió experimentar cierto grado de remordimiento. Sin embargo, debido a este crimen atroz, él y otros fueron arrojados del cielo.

Algunos fueron desterrados a la oscura y fría región de la atmósfera, como se mencionó anteriormente, mientras que otros fueron condenados a las profundidades del infierno, sujetos a la mayor desgracia y al tormento eterno.

Fueron profundamente degradados, sufriendo la frialdad extrema de la oscuridad y soportando la tortura eterna,

viviendo en un estado incomprensible para la humanidad.

Sin embargo, siguen descendiendo a la miseria, volviéndose cada vez más aterradores y predecibles, tan apegados al pecado que se complacen en él, cegados por sus deseos y cometiendo solo el mal.

Esto no ocurre solo porque los demonios lo perciban todo a través de su intelecto, como nosotros comprendemos los principios fundamentales a través del nuestro, sino también porque la sabiduría divina ha decidido mantener este orden, donde mercedamente sufren castigos más extensos y severos durante un período más prolongado.

LIBRO II

Tras esta breve introducción, creo que ahora podemos profundizar no solo en el nombre y la naturaleza de la caída del demonio más miserable, sino también en las causas de cada aspecto, que deberían resultar claras para todo lector.

Como hemos comentado, una parte de estos seres caídos fue arrojada a los abismos más profundos del Tártaro, mientras que una parte más sustancial permaneció en esta oscura y fría atmósfera que nos rodea.

Adquirieron diversos deseos y habilidades, participando en diversas formas de experimentación con diversos crímenes, por los cuales no sintieron ningún remordimiento, ni el más mínimo rastro. De hecho, abandonaron

por completo la esperanza de lograr algo en el cielo y, en cambio, buscaron lograr sus objetivos aquí en la tierra, confiando en toda la sutileza y el artificio a su disposición.

Por lo tanto, cuando vieron por primera vez a Adán, ya creado y formado, no escatimaron esfuerzos, por así decirlo. Con la ayuda de otros, Lucifer, al igual que Vertumno, transformándose en diversas maravillas de la naturaleza, simuló la apariencia de una serpiente y atrapó a Eva, su compañera, con su venenosa astucia. Mediante esta conspiración, convirtió a su compañera, una creación de Dios, en la autora de la deserción, lo cual es verdaderamente lamentable.

El término "Draco" deriva de la palabra griega para serpiente, que jugó un papel fundamental en la seducción de Eva. A ninguna otra criatura, aparte de la propia serpiente, con su aterradora apariencia, se le permitió acercarse a ella.

Tampoco se le permitió ninguna otra señal que transmitiera sus intenciones con tanta claridad como esta criatura. Esta restricción se debió a que nuestros primeros padres, al ver a la serpiente, aparentemente prebenidos, se volvieron

más cautelosos para sí mismos y para sus descendientes.

Fueron particularmente vigilantes para evitar el grave mal que el Señor mismo había predicho que les sobrevendría si desobedecían su mandato.

Además, los demonios, al asumir este rol —no tan duro como miserable y terrible se opusieron a Dios no solo por desafío, sino también por envidia. Vieron a los seres humanos creados en su estado de inocencia y reconocieron la gloria futura que podrían alcanzar si permanecían firmes, confirmados por la gracia divina.

Con esta gracia, los demonios podrían potencialmente superar a los humanos en términos de verdadera y eterna felicidad y honor.

Sin embargo, también temían que la humanidad, situada en las mismas posiciones de las que los demonios habían sido expulsados con absoluta desgracia y por toda la eternidad, nunca olvidara el estatus más alto, eterno, glorioso y honorable al que estaban destinados.

Esto provocó su descontento y sus quejas.

El profundo impacto de este asunto en sus pensamientos, y el intenso dolor y los celos que despertó, especialmente en aquellos espíritus impulsados únicamente por un orgullo necio, es indescriptible.

Los elevó y los infló hasta el punto de estallar.

En consecuencia, se inflamaron con un inmenso odio, rabia y frenesí contra Dios y su acto de creación, alimentados por sus creencias desquiciadas.

Cayeron en una espiral de locura aterradora, donde todo lo que tramaban y sus actos más perbersos parecían impulsados por esta obsesión: como si su único propósito fuera despojar a Dios de su honor divino y reclamarlo injustamente para sí mismos, utilizando cualquier medio a su disposición.

Cuando Lucifer comprendió que este odio ardiente contra Dios era inútil y que solo escupiría su propio veneno en vano, centró su atención en la creación de Dios.

Dirigió su atención a nuestra primera madre, Eva, en el paraíso terrenal, percibiéndola como un ser más vulnerable.

Empleó astutos halagos y persuasión, tentándola con la fruta que, aunque hermosa en apariencia, era la cosa más miserable del mundo.

Esta fruta era la fuente principal de todos los males del mundo, incluyendo la muerte en todas sus formas, que infestaba tanto la tierra como el mar, así como la muerte eterna e incesante de todos los seres vivos.

Si bien este incidente puede parecer evidente que Lucifer, mediante su seducción inicial, trajo la condenación eterna y universal tanto para Adán como para toda la raza humana, también es evidente que, debido a la extraordinaria piedad paternal y providencia de Dios Todopoderoso, la influencia del diablo no alcanzó el alcance de sus intenciones originales ni de sus firmes promesas.

Al enfrentarse a Adán, a pesar de que este había pecado posteriormente, Lucifer inicialmente dudó. Desafortunadamente, tubo éxito con Eva, quien era una creación de Dios más vulnerable.

En verdad, Adán, origen de una naturaleza más noble y gran maravilla

de toda la raza humana, no fue engañado principalmente por la serpiente, sino por la persuasión de su propia esposa.

Se convirtió en partícipe del castigo ordenado por la justicia divina de Dios, pero su insondable misericordia, que, en cierto sentido, lo supera incluso a él mismo y siempre es compensada por la justicia divina, permaneció presente.

Este mal, para el cual solo la muerte eterna parecía ser la expiación para los demás, no dejó de afligirlo. Sin embargo, poco después de que las primeras promesas emanaran del Padre eterno, el verdadero samaritano no dejó de sanar.

Hasta el punto de que nadie, excepto los niños privados de la visión de Dios debido a este mal, y los individuos que sufren el castigo por sus propios pecados en el Tártaro, está destinado a perecer eternamente.

El mismo Diablo, junto con sus cómplices, no escapó al castigo por este atroz crimen.

Condenados por Dios, fueron sentenciados a sufrir los más severos tormentos por toda la eternidad.

Además, se decretó que la descendencia de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente, una señal divina prefigurada por el misterio de la piel.

A nuestros antepasados se les ordenó cubrirse con esta piel, ocultando su desnudez, sabiendo en el fondo que su transgresión finalmente sería cubierta y expiada, trayendo un gozo inmenso a sus almas. Incluso en momentos de extrema desesperación, cuando un dolor abrumador los sumía en las profundidades de la eterna desolación, encontraron consuelo en la iluminación especial de un ángel. Algunos teólogos más reservados afirman que este ángel es Raziel, portador de la imagen del Cordero puro e inmaculado.

Cuando el Diablo se dio cuenta de que sus esfuerzos no estaban dando los resultados que deseaba, experimentó una tristeza y una angustia aún mayores. Sin embargo, como instigador de nuestra transgresión, poseía cierto poder sobre nosotros, nada desdeñable.

No desaprovechó ninguna oportunidad para ejercer este poder, empleando diversas tácticas, a veces apuntando a nuestros cuerpos físicos y otras veces a

aquellos cubiertos con la piel y la sangre del Cordero.

Satanás, conocido por su constante oposición, incita a uno a cometer un mal y a otro a cometer un pecado diferente. Observa que la naturaleza de cada individuo tiende a la maldad por sí misma.

Las variadas y diversas habilidades de los demonios para dañarnos no se deben tanto a la superioridad de sus formas, como algunos creen, sino, como otros postulan, a sus diversos y astutos esfuerzos. Mientras aún estaban en el cielo, se inclinaban más a estos pecados y crímenes que a las buenas obras, impulsados por sus propios deseos.

Es, en efecto, el justo decreto de Dios que cuanto más vehementemente se dejaban llevar por su propio deseo de pecar contra Dios, con mayor ferbor nos atacan perpetrando constantemente pecados, mostrándose más ingratos con su Creador.

Por esta razón, son sometidos a castigos más severos, tormentos eternos y diversos tipos de torturas, relegados al Tártaro, donde nos infligen multitud de tormentos y formas de castigo.

Sin embargo, el poder de los demonios para influirnos y su incesante búsqueda de seducción están limitados por los límites y las prisiones establecidas por Dios, lo que refleja tanto su misericordia como su justicia.

Dios se asegura de que ningún fiel seguidor u obediente a su palabra sea tentado más allá de su capacidad.

Él ha confiado a ángeles individuales con diversos grados de dignidad para gestionar diversas tentaciones.

Estos ángeles, aunque no muy diferentes a su estado anterior a la caída, ahora sirven al diablo como los más humildes sirvientes, con un estatus muy reducido. Su antiguo orgullo, que crece día a día, los obliga a imitar las acciones humanas, pero de una manera imposible y degradada, haciéndolos aún más despreciables que los humanos. Esto se ilustra vívidamente en la tercera señal realizada por los magos del faraón, la cual intentaron abiertamente a plena luz del día.

Los detalles específicos de estos sucesos y su momento escapan a la comprensión de la débil naturaleza humana.

Nos basta con comprender que los demonios, a pesar de sus graves pecados pasados, ahora se ven impedidos de cometer pecados aún peores.

Estos mismos demonios, desde el momento de su creación y su surgimiento a la luz, e incluso en el vientre materno, albergan una intensa enemistad hacia nosotros.

Los poetas latinos se han referido a ellos como "genios malignos" porque creían erróneamente que estos espíritus nacieron junto a nosotros.

Consideran que, debido al pecado original, se les conceden diversas oportunidades para hacernos daño, dependiendo de su mayor o menor malicia.

A menudo, sin la ayuda de los ángeles, nos sentimos inseguros de si podríamos convertirnos en sus víctimas. Sin embargo, cuando logramos la victoria sobre ellos (lo cual sabemos que muchos santos de Dios han logrado), se atribuye con razón a la ayuda de la gracia divina y a la protección de los ángeles puros.

Ciertamente, para nosotros, que nunca podremos rivalizar con el antiguo adversario, el Dragón, ni con estrategia

ni con nuestros propios esfuerzos, la asistencia divina es siempre indispensable.

Sin ella, seguramente seríamos derrotados.

Aunque estos espíritus malignos han caído de los órdenes más bajos de ángeles, a excepción de aquel que tentó a nuestros primeros padres en el paraíso terrenal y en el desierto, deberían haber confrontado a Cristo durante la tentación, reconociéndolo como el sujeto supremo de sus pruebas.

Existen dos principios de un estado de inocencia: uno que implica la gracia, que es inmune a la servidumbre.

En este, se estableció un estado de gracia de tal manera que, aunque el pecado pudiera ocurrir, nunca ocurriría.

En el otro principio, la naturaleza era tal que el pecado era imposible.

Por lo tanto, no es sorprendente que estos espíritus a menudo asuman la forma de aquellos a quienes tientan.

Sin embargo, su poder de tentación no es igual entre ellos. Al igual que en las almas humanas, existe una variedad en

sus formas que proviene de gradaciones internas de su esencia, lo que resulta en la magnitud y diversidad de sus esfuerzos por pecar.

Esto se ve reforzado por el hecho de que nada absurdo puede surgir de esta situación, y el orden de las cosas parece exigirlo. Así como quienes están destinados a mayor gloria, como muchos benditos y santos, sobresalen en la virtud a pesar de compartir la misma forma (excepto por sus roles asignados), quienes presiden mayor miseria, como apóstatas, heresiarcas, pedagogos y otros de su calaña, atraen demonios de la misma especie: completamente malvados. Esto concuerda con el razonamiento y la doctrina que se enseñan en otros lugares.

Esto lleva a que las personas a las que se les asigna un cargo específico, además de su ángel guardián, atraigan a un demonio, uno vinculado con un vicio al que tienen una inclinación natural. Este demonio busca desafiarlas, a menudo apoderándose de su orgullo, y el encuentro se lleva a cabo siempre que las personas no se resistan.

Estos espíritus impuros colaboran fácilmente entre sí, ya que les facilita alcanzar sus deseos. Normalmente,

comienzan a dañar nuestros cuerpos poco después de nuestro nacimiento, como muchos creen, a menos que se tomen medidas preventivas. Sin embargo, no dañan nuestras almas hasta que nuestro libre albedrío comienza a gobernarnos, lo que suele ocurrir alrededor de los siete años.

Este momento no es arbitrario, ya que estos espíritus, sumamente astutos y perspicaces, interactúan con nosotros estratégicamente. Presumen la victoria, conscientes de nuestras debilidades y de nuestra inclinación al pecado debido a nuestro pecado original. Explotan las cualidades y pasiones de nuestras almas, influenciados por la constitución de nuestros padres, nuestros hábitos y nuestra naturaleza individual.

Por ejemplo, pueden manipular el carácter de alguien atribuyéndole cualidades saturninas e influencias malévolas y crueles de Marte, alegando que estas personas habían presenciado a Venus retrógrado y que ni la Luna ni el Sol habían brillado favorablemente en su horóscopo.

Estos espíritus sobresalen en diversos asuntos humanos, incluyendo la astrología y otras disciplinas, gracias a su agudo intelecto y amplia experiencia.

Esta pericia les permite comprender tan bien el funcionamiento de la naturaleza y las inclinaciones específicas de los individuos que a menudo los llevan a engañarse a sí mismos. Por lo tanto, cuanto menos esfuerzo manifiesto hagan para atraparnos y confundirnos con sus trampas, más astutamente nos imponen el orden de sus designios.

Porque reconocen que las personas propensas a la ira y la rabia son más susceptibles a su influencia, y por lo tanto, los espíritus etéreos se ven atraídos a esta tarea. Algunos se refieren a ellos como etéreos no porque tengan alguna conexión con los elementos materiales; después de todo, ¿qué tiene que ver un espíritu con los elementos materiales? La respuesta es bastante simple: nada.

De lo contrario, presenciáramos el extraño espectáculo de cuerpos transformándose en espíritus y luego en otros, un concepto completamente absurdo, ya que carecen de una naturaleza compartida para la interacción natural.

Por lo tanto, estos espíritus no se designan como etéreos debido a ninguna analogía con los elementos, como algunos filósofos han afirmado

erróneamente. En cambio, es su morada en los reinos de los elementos lo que les otorga este título.

Sin embargo, no están tan atados al aire brumoso como para permanecer inmobilizados.

Al contrario, recorren con frecuencia los espacios intersticiales entre los elementos, aprovechando las oportunidades con sus innumerables artes malévolas. Su contacto contamina y profana todo lo que encuentran, de forma muy similar a las arpias infernales representadas por los poetas.

En cuanto a aquellos a quienes la naturaleza ha observado particularmente afectados por el vicio de la ambición, estos espíritus los atacan a través del aire flemático.

Conmueven a los individuos aletargados por el letargo e impulsados por la lujuria, ejerciendo su influencia a través de humores acuosos.

Aquellos consumidos por la avaricia y los oscuros deseos de posesión son implacablemente atormentados por la bilis terrestre.

Entre estos espíritus, aquellos que ocupan una posición y distinción

peculiares debido a su ubicación única se conocen como serpentinos, llamados así por su entorno distintivo.

Por lo tanto, quienes pretenden seducirnos para que cometamos diversas formas de deserción y apostasía de nuestro Creador, Dios, han derivado su designación del Norte, una región considerada durante mucho tiempo por los cabalistas como siniestra y desfavorable. Sin embargo, no provienen del Norte celestial, donde su príncipe Lucifer afirmó su autosuficiencia, sino del Norte terrenal.

Junto con otros espíritus malignos, Lucifer fue expulsado del cielo como un rayo debido a sus crímenes.

Entre estos seres caídos, algunos afirman, se encuentran los líderes de la secta judía conocida como los Mekubalim, conocidos por su maldad.

Por el contrario, a los del sur se les conoce como "Dod". Emplean sus seducciones para obtener poder sobre nosotros. Esta categoría de demonios, al igual que sus homólogos terrestres, se encuentra entre los más malévolos y a menudo ejerce una influencia significativa para lograr sus objetivos.

El ejemplo de David nos instruye en este asunto, quien nos insta a ofrecer oraciones y súplicas constantes a Dios, rogándole que nos proteja de las trampas y maquinaciones de estos demonios.

Declara: "De los malvados que me oprimen, de mis enemigos mortales que me rodean" (Salmo 17:9).

Otra categoría, denominada "Eoi", nos seduce con adivinaciones, una fascinación innata a la mente humana, como se aprecia en el propio Adán. Al dejarnos llevar por estas curiosidades y renunciar a nuestro deseo de prever el futuro, indudablemente caemos en pecado.

Entre ellos, algunos destacan por la jactancia, la simulación y una miríada de artimañas engañosas. Sin embargo, su principal objetivo suele ser inducir a la gente a la maldad, llevándola a la desesperación y proyectando sombras de engaño sobre el recto camino de la razón.

Estos se conocen como "Occidui".

Es mediante el juicio asombroso y oculto de Dios que se les concede el poder de atormentarnos a diario, a veces incluso en cada luna nueva, aunque no todos a la vez.

En estas constantes batallas contra la tentación, no debería sorprendernos que, incluso si fuéramos derrotados diez veces al día, sucumbiéramos ante tan astuto adversario sin el apoyo y la elevación que nos brinda la asistencia divina.

En su amor paternal por nosotros, Dios ha estructurado sabiamente esta situación de tal manera que los propios espíritus, ligados por su propia esencia, no puedan perturbar constantemente nuestras almas con malas intenciones.

Este diseño garantiza que no escatimen esfuerzos, tanto externos como internos, mientras ejecutan diligentemente sus planes.

Mediante este mecanismo, Dios retiene el poder que les permite atacarnos cuando estamos manchados por el pecado.

En consecuencia, estos espíritus a menudo provocan diversas perturbaciones en nuestras mentes, corrompen nuestros pensamientos y someten nuestras fantasías a su perversa voluntad.

Lo logran mediante diversos movimientos fantasmales y agitando nuestros deseos internos.

Sin embargo, todas estas tácticas rinden poco o nada si no elegimos ceder a nuestros deseos corruptos. Con la ayuda de Dios Todopoderoso y la inquebrantable vigilancia de los santos ángeles que nos protegen, debemos resistir con valentía, como lo recomienda el Apóstol. Estos guardianes nuestros no pueden guiar por la fuerza a nadie que se les oponga firmemente, pero sí pueden guiar voluntariamente a quienes se entregan al pecado y siguen sus propios deseos.

Sin embargo, la razón por la que no nos tientan constantemente con los mismos pecados, como mencioné antes, puede atribuirse al aspecto físico.

Están algo limitados por la naturaleza de las virtudes celestiales que perciben como más favorables para nuestros cuerpos. Además, su principal freno proviene de la vigilancia de los santos ángeles, especialmente cuando perciben que estamos fortalecidos por la gracia divina.

Esto se puede ilustrar con el ejemplo del adivino Balaam, quien intentó maldecir al pueblo de Dios e invocar diversas formas de maldad y destrucción sobre ellos.

Buscó diligentemente una influencia opuesta de comprensión por parte del pueblo de Israel, permitiéndole decir solo lo que descubrió.

Esto demuestra que tienden a atacarnos con más frecuencia en ciertos lugares que en otros, particularmente durante la noche que durante el día, especialmente antes del amanecer, que, según los hebreos, marca el comienzo de la mañana y la llegada de la luz del día.

Algunos podrían considerar esto un juicio severo.

No es sorprendente que los demonios ejerzan mayor poder durante esta época que en cualquier otra, ya que se dice que prosperan en la oscuridad. De aquí proviene la frase "poderes de las tinieblas" en la literatura sagrada.

Poseen la capacidad y la malevolencia únicas de tentarnos con diversos tipos de tentaciones, impulsadas por su furia. Su fuerza varía a diferentes horas del día, al igual que los espíritus superiores, debido a los cambios entre los ángeles.

Estos cambios ocurren de acuerdo con diferentes horarios y vigílias, de forma similar a como los centinelas se turnan en una atalaya.

Esto es evidente por el hecho de que un ángel luchó con el patriarca Jacob durante un largo período durante la noche, mientras buscaba urgentemente la liberación debido a estos cambios de vigilia.

Además, debido a la diversa influencia de los cielos y las diversas posiciones de las estrellas, pueden ejercer más poder en una situación que en otra.

Esto se debe a que nacen con una predisposición propicia para sus malas intenciones, y los cambios de ubicación los perturban enormemente, como explicaré más adelante.

Es de suma importancia que prebengamos y ahuyentemos las amenazas que provienen de ellos.

Esto es evidente en los ángeles enviados para ejecutar la orden de Dios y castigar a Sodoma. Aconsejaron fielmente a Lot, amado por Dios, que huyera por su seguridad y cambiara de ubicación.

Los diferentes momentos también crean condiciones variables, favorables o adversas, para estos espíritus.

Por lo tanto, no en vano la Santa Iglesia Católica, siguiendo la costumbre del pueblo israelita, estableció la práctica de ofrecer oraciones al Dios Altísimo siete veces al día, aunque a horas fijas.

Quizás esto se deba a que este astuto adversario, entre otras cosas, está más empeñado en crearnos oportunidades.

Puede tender más trampas a nuestras almas, incluso en los momentos más breves, aunque no de forma uniforme, cuando nos ataca.

Después de todo, el Espíritu Santo lo describe como un león rugiente, siempre buscando a quién devorar.

Por lo tanto, el diablo es representado apropiadamente como un león rugiente, como si se preparara abiertamente para atacarnos, y lo hace con confianza.

El hecho de que se esfuerce más contra nosotros en la oscuridad que en la luz es la razón por la que nuestro Salvador, la verdad eterna del Padre Eterno, nos instruye a obrar a la luz de las admoniciones paternas.

Por ello, se ha introducido la práctica de que cuando alguien está muriendo (pues en ese momento, los demonios suelen manifestarse para ser vistos por todos, tentándolos gravemente), se encienden velas, que simbolizan la verdadera luz, como canta Simón: «Una luz de luz», como una prefiguración para nosotros.

Además, incluso las propias leyes romanas consideran con razón la oscuridad como altamente sospechosa y peligrosa.

No permiten que se tomen decisiones legales de noche a menos que se enciendan tres o cuatro lámparas para disipar la oscuridad.

En presencia de esta luz, descubrimos que las trampas engañosas tendidas por los demonios traicioneros se ven atenuadas y retrasadas, y cuando esta luz está ausente, descubrimos una fuerza interior aún mayor.

Esta idea está presente en las enseñanzas de muchos talmudistas antiguos, aunque no debemos interpretarla como si los demonios fueran ahuyentados de sus fechorías de la misma manera que la luz del sol

puede perturbar las actividades de las criaturas en los campos.

Los demonios son de naturaleza diferente y no se ven afectados por las sensaciones físicas de la misma manera.

Algunos han sugerido que los demonios temen el castigo de esta luz, una creencia sostenida por ciertos mekubales hebreos y también por los seguidores de ciertas creencias religiosas árabes.

Sin embargo, es improbable que los demonios, dondequiera que se encuentren, experimenten constantemente los tormentos del inframundo.

En cambio, pueden evadir el daño buscando refugio en el aire oscuro cuando se encuentran con esta luz, ya sea que emane del sol, otras estrellas o el fuego.

Sin embargo, esto no debe dar por sentado que los demonios sean completamente inmunes a los efectos de los rayos del sol, los cuerpos celestes o el fuego elemental.

Los perciben, pero no a través de la sensación física ni del contacto.

Más bien, comprenden estos elementos a través de su intelecto, de forma similar al sonido de las campanas y las antorchas encendidas.

Estos son objetos hacia los que los sacerdotes cristianos y los seguidores de otras religiones suelen dirigir sus oraciones, especialmente en ocasiones como la Fiesta de la Purificación o en reverencia a las reliquias y objetos religiosos similares.

A partir de todas estas experiencias, los demonios reconocen y perciben el inmenso poder de la luz divina, fuente de vida y movimiento.

Reconocen la importancia de Cristo, quien, a pesar de ser rechazado y despreciado por los orgullosos, se enfrenta a una muerte eterna.

Por lo tanto, no es descabellado que la Iglesia Apostólica y Católica continúe el uso de luces, una tradición transmitida de generación en generación.

Esta tradición no pretende sugerir que todos los tipos de demonios (hay muchos) sean completamente ahuyentados de causar daño por esta luz elemental.

De hecho, algunos de estos demonios, categorizados por los platónicos en diferentes grupos, no sienten una aversión tan fuerte a esta luz debido a sus propiedades ocultas.

Estos son los demonios subterráneos. Se ven obligados a huir de su presencia, aunque de mala gana.

Sin embargo, cuando se trata de bendecir las campanas de la iglesia, tocar las reliquias de los santos o estar presentes otras luces, permanecen obstinadamente inamovibles.

A menos que estén aún más aterrorizados por el poder de la luz suprema, rara vez dejan de cometer actos malvados. Se han registrado numerosos casos de esto.

Cuando estos demonios intentan atacarnos, a menudo aprovechan la oportunidad de nuestros pensamientos malvados, palabras vanas y obscenas, y acciones que contradicen la influencia celestial y anulan la protección angelical.

La presencia divina más pura solo se regocija en los corazones más puros.

Por eso, cuando ponen a prueba nuestra esencia, nos asaltan. Experimentamos

una repentina constricción de ánimo, ansiedad y una locura repentina que puede ser tan intensa que parece como si estuviéramos poseídos.

Una profunda sensación de aversión por la vida misma puede apoderarse de nosotros. Según sus creencias, esto se debe principalmente a la influencia secreta del juicio cabalístico, más que a la astrología, que atribuye tales experiencias a los aspectos del sol y las estrellas.

Sin embargo, si este tipo de desesperación fuera causada únicamente por influencias celestiales, no ocurriría tan repentinamente ni se produciría sin cambios o alteraciones notables en el cuerpo, la mente y la salud, como suele ocurrir.

Sin embargo, no debe negarse que cuando los demonios se empeñan en acercarse a nosotros con intenciones hostiles, prestan poca atención a las oportunidades que surgen de los aspectos celestiales.

Son muy conscientes de que nuestros cuerpos, manchados por el pecado original, cargan con las consecuencias de su propia culpa. Su principal preocupación es disminuir la influencia

dibina, y para ello, los vicios mismos, más que las estrellas, son la fuerza impulsora.

Por lo tanto, en todo momento, se esfuerzan denodadamente por tentarnos y oponerse a nosotros, ya que incluso una persona justa puede caer siete veces al día.

Buscan ardientemente engañarnos y burlarnos, impulsados únicamente por sus propios deseos, renunciando incluso a la efímera felicidad que imaginan para sí mismos.

La alegría verdadera y duradera nunca podrá ser suya, pues están atados por el fuego eterno, el gusano inmortal y los tormentos eternos del infierno.

Estos castigos eternos los atormentan con el dolor del presente y el miedo al futuro.

Esto sobrepasa todo entendimiento humano y constituye el tormento más doloroso y amargo.

Sin embargo, en cuanto a su castigo coexistente, que consiste en no experimentar nunca a Dios como objeto de bienaventuranza, los espíritus malignos no se ven afectados hasta el

punto de ser consumidos por las llamas feroces. En cambio, sufren un castigo resultante de un accidente, un concepto reconocido entre los teólogos.

Este castigo implica ser confinados a un lugar de inferior calidad y mayor sombra, donde se observa con mayor frecuencia una atmósfera más densa. Desde allí, se les corta por completo toda esperanza de retorno, y sufren mayor angustia debido a los pecados que los llevaron a la condenación.

También se enfrentan al fuego sensible como instrumento de la justicia divina para su castigo. Este fuego, destinado a cada alma por la eternidad, arde con mayor intensidad para quienes han pecado más y conspirado más gravemente en estos pecados. Arde sin cesar, convirtiéndolos en los más miserables de todos.

Sin embargo, no cejan en su malbada intención hacia nosotros.

Por lo tanto, debemos combatirlos continuamente, armados con el escudo de la fe viva, suplicando a Dios con una esperanza inquebrantable, según el precepto del Príncipe de los Apóstoles, San Pedro, que las resistamos con valentía mediante la fe.

El Diablo viene de Dios para tentarnos, permitiéndole adentrarse en lo más profundo de nuestro ser, donde trama incesantemente nuestra destrucción.

Por lo tanto, Dios no lo abandona por completo; más bien, le permite tentarnos. A menudo, esto es por nuestra salvación eterna, más que por nuestra perdición. Sin embargo, Dios solo lo permite si no nos rendimos a estas tentaciones, si nuestra fe se mantiene firme y si mantenemos nuestras armas espirituales sin descuidar.

De hecho, nuestra fe se fortalece ante estas pruebas, así como el hierro no se oxida con el uso constante.

A través de estos desafíos, el glorioso poder de Dios brilla como una gema preciosa, sin oscurecerse cuando Él nos rescata de las garras de los espíritus malignos, ya sea de manera repentina e inesperada o mediante su mano poderosa. Aunque el Diablo nunca cesa de tentar a los humanos con diversos tipos de tentaciones, es particularmente implacable al atacar el alma.

Emplea todas sus estrategias engañosas en este asalto implacable. Este ataque persistente, como lo ejemplifican las últimas palabras de nuestro Salvador

cuando colgaba de la cruz, encomendando su Espíritu al Padre eterno con corazón y voz fervientes, está lejos de estar exento de profundo misterio.

Entre las diversas tentaciones, una de las más significativas, si no la más grave, es que después de que el pecado invadiera a la humanidad, según las exigencias de la justicia eterna de Dios, el Diablo obtuvo el poder de asaltar internamente a los individuos con sus tentaciones.

Este poder, de hecho, se ejerció desde el principio del mundo cuando Caín, uno de los dos hermanos, asestó un golpe terrible y devastador a su alma. El nombre "Caín", que se le dio según las costumbres de la primera época, es emblemático de esta realidad. Su terrible tentación interna lo llevó a cometer un crimen atroz contra su inocente hermano Abel, amado por Dios.

Con determinación implacable, Caín buscó matar a Abel, recurriendo finalmente a un asesinato lujurioso, rompiendo así todo vínculo de amor fraternal.

Esta causa única (si es que puede llamarse tal) fue que, según la creencia hebrea, buscó obtener el favor de Dios

ofreciendo un sacrificio mejor que el de Abel, con el objetivo de enviar el humo de su sacrificio al cielo en lugar de desde la tierra. Del mismo modo, Lamec, impulsado por la seducción de la carne e inflamado por las llamas de la lujuria, al oír que se le llamaba por el nombre de Dios, "Adonai", buscó dos esposas, y los hijos de Dios codiciaron a las hijas de los hombres.

En consecuencia, inflamados por las llamas de sus deseos, casi todos se desviaron del camino correcto, con solo unas pocas excepciones.

Impulsados por el temor de Dios, abandonaron la tierra por completo y abandonaron sus nefastas actividades. Finalmente, debido a las artimañas de los demonios, engendraron a los Gigantes, cuya naturaleza enorme e indecorosa, impropia de la forma humana, sería eliminada durante la resurrección general de la carne.

Esta eliminación solo se aplicaría a aquellos que se liberaran de las ataduras del inframundo por gracia divina.

Ciertamente, estos Gigantes, impulsados por su orgullo, se atribuían el título de "hijos de Dios", mientras que con desdén etiquetaban a otros como "hijos de los

hombres". Al final, su arrogancia provocó un castigo divino no solo sobre ellos, sino también sobre el mundo entero. Este castigo se manifestó como un gran diluvio que lo sumergió todo, dejando solo a Noé, cuyo nombre significa "descanso en el Señor".

Noé fue considerado más justo que los demás y elegido para salvaguardar un remanente de la humanidad.

Según las creencias cabalísticas, un ángel conocido como Melián predijo este diluvio a Noé. Este ángel poseía un profundo conocimiento de los antiguos Patriarcas, incluyendo percepciones sobre los acontecimientos que se desarrollaban en el mundo y la salvación de la humanidad.

Por instrucción divina, se le encomendó transmitir esta información. Guiado por el espíritu divino, el ángel pasó un siglo predicando al pueblo, instándolo al arrepentimiento.

Lamentablemente, todos sus esfuerzos resultaron inútiles, pues no dieron fruto.

Durante este período, Noé recibió instrucciones divinas para construir un arca. Él, junto con su esposa, sus tres

hijos y sus esposas, se embarcaron en esta embarcación.

Además, representantes de todas las especies del cielo y la tierra se unieron a ellos, todos buscando su preservación. Trágicamente, todos los demás encontraron la muerte al ser sumergidos en las aguas del Cataclismo.

Poco después, pero antes de que una nueva civilización humana pudiera arraigarse, individuos influenciados por la antigua malevolencia del Diablo incitaron a Cam, el hijo de Noé, a deshonorar a su padre dormido. Cam expuso y se burló de la desnudez de su padre ante sus hermanos, rebelando cómo lo había engañado previamente para obstaculizar su capacidad de procrear.

Beroso, el antiguo historiador caldeo, dio fe de este relato.

Al despertar y comprender la gravedad de las despreciables acciones de su hijo, Noé maldijo a su nieto, Caín.

Maldecir a quienes Dios había bendecido no habría sido justo.

Desde entonces, se convirtió en una seria sospecha que Caín se distinguía

originalmente de los demás por su tez oscura, como resultado de la retribución divina manifestada externamente.

Algunos incluso especulan que los etíopes, egipcios y otros pueblos negros descendieron de él.

Sin embargo, persiste la incertidumbre sobre si sufrieron diversas transformaciones y se dispersaron en diferentes naciones del mundo.

Se creía que estas transformaciones transmitían importantes lecciones a los antiguos Padres, quienes las comprendían mediante diversos signos y sacrificios.

El objetivo era hacer más evidente su fe en la semilla futura.

En consecuencia, estos individuos transformados recorrieron diversas regiones y lugares, introduciendo diversos vicios e intentando borrar cualquier rastro de la semilla bendita de la memoria humana.

Con permiso divino, los justos continuaron creciendo en conocimiento y reverencia hacia Dios, mientras que los malvados, que despreciaban el nombre

dibino, se hundían aún más en el abismo de la ignorancia.

Durante esta época, algunos astrónomos creen que Zoroastro, también conocido como Nemrod, cayó bajo la influencia de la astucia demoníaca.

Afirman que recibió ayuda, ya sea del conocimiento humano o, más probablemente, del poder de los demonios.

Mediante diversos engaños, estas fuerzas malévolas oscurecieron su visión, elevándolo por encima de las capacidades humanas comunes y fomentando en él un orgullo excesivo.

Estos mismos demonios, impulsados por su arrogancia, convencieron a los peores gigantes de que podían alcanzar la felicidad terrenal.

Zoroastro proclamó con entusiasmo esta creencia, lo que llevó a la gente a enorgullecerse excesivamente y a embarcarse en la construcción de la Torre de Babel.

Sin embargo, la intervención divina interrumpió rápidamente su nefasta empresa.

Se introdujeron diversos idiomas y una confusión insalvable, lo que los obligó a abandonar el proyecto. Como resultado, les fue arrebatado el lenguaje que Adán había otorgado previamente a todas las cosas, nombrando cada una según su esencia y virtud.

Cabe destacar que los irlandeses, de origen hebreo, no consintieron en este proyecto. Simultáneamente, mientras se imponía la observancia del fuego en todas partes, incluso la esposa de Noé, al salir del arca, expresó su gratitud a Dios por no haber preservado a toda la raza humana. Nimrod también rindió homenaje a Dios durante este período.

Por esta razón, los primeros reyes caldeos y gobernantes asirios colocaron a Nimrod en el primer plano de su culto, lo que les permitió ser considerados los primeros mártires o confesores de Dios.

Esta asociación surgió del hecho de que Abraham, el primer mártir o confesor de Dios, vivió en Hur, un territorio caldeo.

Allí, adoró sinceramente al Dios del cielo y se negó rotundamente a participar en ritos idólatras, que evitaba con vehemencia.

En consecuencia, bajo el mando de un tirano, fue arrojado a un horno de fuego, pero salió ileso, testimonio de su fe inquebrantable, pues las llamas no le causaron daño alguno, como atestigua Francesco Giorgio Veneto.

Durante el mismo período, bajo la influencia de estos mismos demonios, Nino, el rey asirio, el primero del mundo e innovador de los altares prominentes (algunos incluso especulan que Cristo fue prefigurado en un mundo anterior), facilitó la práctica de la idolatría.

Erigió una estatua en honor a su padre, Bel, que sirvió de santuario para quienes buscaban refugio tras cometer delitos. Posteriormente, esta práctica ganó amplia aceptación entre la población.

El hombre, enloquecido por estas estatuas, que parecían haber sido creadas por otro Prometeo en arcilla, fue extraviado por los demonios hasta el punto de descuidar y olvidar a su Creador.

Esto resultó en la más grave de todas las ofensas: el aborrecible acto de abandonar lo divino en favor de criaturas sórdidas, a menudo de mucho menor valor, a quienes se les otorgaban honores divinos.

Entre todos los crímenes, este fue el más atroz, dada la naturaleza de la transgresión, ya que no se dirigía contra la autoridad humana, sino contra la soberanía divina.

Lo que se hace evidente de todo esto es que incluso la naturaleza misma pudo haber sido impactada por acciones tan abominables. Aram, el antepasado de la humanidad, fue apartado de los asuntos humanos por la muerte, y esto no fue sin propósito.

En medio de una gran asamblea de malhechores, incluso los inocentes fueron a veces capturados y castigados.

Sin embargo, Dios no puede ser acusado de injusticia en este sentido, pues Él castiga con justicia a los malvados y recompensa con justicia a los justos, elevándolos en honor.

Desde el comienzo de esta veneración idólatra de las criaturas, la situación evolucionó progresivamente con la ayuda de los ingeniosos métodos y engaños de los demonios.

Inicialmente, los caldeos cayeron en la trampa y sucumbieron a esta superstición diabólica, seguidos de cerca

por los sacerdotes de Egipto, quienes, más que otros, cayeron bajo su encantamiento.

Con el paso del tiempo, impulsados por su locura, se hundieron profundamente en la creencia de que la salvación, junto con todas sus bendiciones y beneficios, podía alcanzarse mediante fuegos y estatuas creadas mediante artes mágicas, como si estos les hubieran sido otorgados por Dios.

Mantenían la idea errónea de que las almas eran colocadas en cuerpos por la naturaleza, y no por Dios. En consecuencia, con el paso del tiempo y una terrible plaga de almas infectó a la mayoría de la humanidad, Dios mismo envió a Abraham con la misión de purgar al mundo de esta creencia, a pesar de ser sus parientes.

Su propósito era guiarlos por el camino recto y, si se me permite decirlo así, iniciar la práctica de la circuncisión, una señal que le fue otorgada por el ministerio de los ángeles, un acto que algunos cabalistas atribuyen al ángel Zadkiel.

Esto se llevó a cabo para proteger a Abraham de la influencia corruptora de su asociación, de acuerdo con el adagio:

«Con los corruptos, nos corrompemos». Para asegurar que las promesas divinas, destinadas a cumplirse a su debido tiempo, no fueran completamente borradas de los corazones y las mentes de todos los fieles debido a engaños diabólicos, se estableció un pacto perpetuo con Dios a través de Abraham y sus descendientes.

Este pacto incluía la marca externa de la circuncisión, que debía realizarse en los bebés varones al octavo día de su nacimiento, como si fuera una ofrenda a Dios.

Los demonios, reconociendo que esta señal debilitaba significativamente las llamas de los deseos prohibidos, no estaban dispuestos a dejarla pasar sin oposición. Por lo tanto, incitaron a otras naciones a ridiculizar a los hebreos, quienes estaban apartados del resto, reprochándoles esta práctica como si fuera una fuente de vergüenza y deshonra.

Se referían a ellos despectivamente como "circuncidados" y los llamaban insultantemente "cortados" o "mutilados". Con el tiempo, esta idea despectiva se difundió ampliamente, etiquetando a los hebreos como impíos seguidores de supersticiones.

Como consecuencia, estas naciones incurrieron en la justa ira de Dios, perdiendo toda la gracia derivada del Dios verdadero. Descendieron a un estado de absoluta reprobación, desprovistas incluso de la luz de la naturaleza, volviéndose más parecidas a bestias que a humanos.

Muchos de ellos se entregaron a actos vergonzosos y antinaturales, como tener relaciones con animales, uniones entre personas del mismo sexo y otras prácticas abominables.

Como consecuencia de este comportamiento bestial y absolutamente abominable, que era nada menos que repugnante a los ojos de Dios, todos los involucrados finalmente enfrentaron sus merecidos castigos.

Al mediodía, aparecieron tres ángeles, pero solo dos de ellos entraron rápidamente en Sodoma.

Poco después, llovió azufre y fuego del cielo, reduciendo la ciudad a cenizas como resultado de los atroces crímenes cometidos dentro de sus muros.

Estas cinco antiguas y renombradas ciudades, manchadas por tan perverso

pecado, fueron completamente destruidas y siguen siendo un testimonio eterno de la ira divina.

El lugar donde una vez se alzaron se ha transformado en un lago extraordinario, como ningún otro, donde los seres vivos no se sumergen, contrariamente a las leyes de la naturaleza.

Es tan mortal que cualquier ave que vuele sobre él muere. Algunos cabalistas especulan que estas podrían ser las puertas a los reinos infernales, un concepto que coincide con nuestras propias creencias sobre el mundo subterráneo.

Incluso se dice que la esposa de Lot, cuyo nombre permanece anónimo en las escrituras, fue transformada como castigo por desobedecer la orden de no mirar atrás.

Fue convertida en una estatua de sal, que se mantiene prominente hasta el día de hoy, sirviendo como un solemne recordatorio.

Estas y otras historias divinas similares fueron imitadas tonta y erróneamente por demonios, que buscaban imitar los defectos humanos como monos insensatos. Por ejemplo,

inspiraron antiguos relatos de innumerables metamorfosis, inventados por poetas para desconcertar aún más a los paganos, ya descarriados.

Estos poetas inventaron historias de estatuas que se transformaban en rocas, como Bactro en el monte de Rodas; Filis en un almendro; Narciso en una flor; Aretusa en una fuente; y el pájaro carpintero Pico, e incluso la estrella Arctófilax.

Estas transformaciones ficticias se pueden encontrar en la tradición de diversas naciones.

Por lo tanto, se cree que el recuerdo del diluvio, que Noé transmitió a los etruscos en su afán por alcanzar tanto los reinos más elevados como los más bajos, fue distorsionado por la astucia de los demonios.

Estas entidades malévolas lo atribuyeron falsamente a Pan, tras su ascenso al monte Érix, reflejando el verdadero sacrificio que tendría lugar muchos siglos después.

Además, cuando comprendieron que Dios, como presagio del verdadero sacrificio que vendría en un futuro

lejano, puso a prueba a Abraham ordenándole que ofreciera a su único hijo amado en el monte Moriah (pues los patriarcas consideraban las montañas lugares sagrados), rápidamente convencieron a otras naciones para que les ofrecieran sacrificios humanos.

Esto resultó en una disminución de los sacrificios humanos destinados a su culto. La práctica de ofrecer sacrificios humanos fue inicialmente inculcada entre los tirios por Thanices y posteriormente adoptada por numerosas naciones vecinas.

Con el tiempo, los propios padres creyeron que no debían perdonar a sus propios hijos. Esta locura se evidencia en las Sagradas Escrituras, que relatan cómo el rey de Moab, ante el asedio de los enemigos, sacrificó a su primogénito y heredero como ofrenda al ídolo Moloc para asegurar la victoria sobre los hebreos.

Aunque aborrecible, este acto no resultó en un castigo severo.

En cambio, los hebreos, por mandato divino, enfrentaron el castigo por sus múltiples pecados.

Estos actos increíblemente abominables de sacrificar a sus propios hijos, ¿de

dónde más podrían haberse originado sino del mismo Diablo, el asesino y engañador desde el principio? Este espíritu maligno, el más orgulloso de ellos, no dudó en exigir el asesinato de la creación más excelente, formada a imagen del Dios verdadero.

Convenció a los colonos tirios que se establecieron en Cartago para que ofrecieran sacrificios a Saturno, y más tarde, en Quersoneso Táurico, Arabia y Egipto, continuó engañándolos. No fue hasta que Amasis, el sabio rey de Egipto, abolió este engaño, sustituyéndolo por figurillas de cera.

Este malbado engañador finalmente se infiltró en Alemania, donde a Teutates, su ídolo, se le habían ofrecido durante mucho tiempo sacrificios tan aborrecibles.

Luego se extendió a Suecia, cerca de Upsala. Italia, antaño la dueña del mundo, también cayó bajo su influencia, pero se liberó cuando Hércules, en su misión de purificar el mundo de monstruos, proporcionó una interpretación más precisa.

Rebeló que este sacrificio debía realizarse a través de la luz, como la

propia palabra sugiere. Roma también modificó sus prácticas, dejando de considerar el derramamiento de sangre humana necesario para apaciguar a los dioses.

En consecuencia, en la Galia, Britania y Noruega, entre los druidas, esta costumbre comenzó a decaer. ¿Quién no puede discernir que todas estas prácticas nacieron de los demonios? Sin embargo, durante la encarnación de Cristo, predicha por los profetas, estas prácticas diabólicas cesaron en el Imperio romano debido a la intervención del emperador Adriano, guiado por la influencia divina.

Además, esta peste se extendió aún más en el Nuevo Mundo durante la época de la exploración española, siendo Cristóbal Colón de Liguria el primero en encontrarla.

Ocurría con frecuencia que miles de personas eran sacrificadas anualmente, a menudo acompañadas de diversas gemas, pues eran consideradas ídolos por su pueblo. Esto no se limitaba a los yucatecos, aunque las razones son menos conocidas, sino que también se extendía a los mexicanos, quienes controlaban la región en aquel entonces.

Esta abominable práctica fue erradicada de su tierra en nuestra era por el gran Fernando Cortés, líder de los españoles, bajo el patrocinio de Carlos V, quien es muy aclamado.

Fue erradicada como por otro Hércules.

Además, estos espíritus malignos emplearon su astucia para engañar, lo que llevó al inocente José a ser vendido a los egipcios por sus propios hermanos. Incluso el Faraón fue persuadido a dudar de Moisés, el siervo de Dios, quien fue el primero entre los profetas y, según los cabalistas, profetizó mediante una bestia de dos cuernos. Además, estos espíritus se esforzaron por socabar la autoridad de los milagros divinos mediante diversos medios y artimañas similares, cautivando la mente humana.

Lo lograron no solo mediante sus engaños, sino también atrapando los corazones de las naciones, hasta el punto de incitar a que no solo los cielos y las estrellas, sino también casi todas las criaturas, peces, ajos, cebollas, vegetales, gemas e incluso los elementos probistos por Dios para beneficio de la humanidad, fueran adorados como deidades.

En su misericordia, reconociendo que la humanidad se había desviado del camino

verdadero de muchas maneras, Dios inscribió la ley suprema, consistente en dos tablas de piedra, en el monte Sinaí por medio de Moisés, entre relámpagos y truenos. Entre otros mandamientos, ordenó la observancia del sábado. Sin embargo, estos espíritus engañosos, bajo diversos mitos, abogaron falsamente por la celebración de festividades opuestas.

Difundieron estas falsedades para reforzar su propia superstición. Imitaron a los israelitas, quienes celebraban festividades genuinas en honor al Dios verdadero, instituyendo celebraciones especiales y sacrificios para sus propios ídolos y héroes entre todas las naciones. Lo hicieron universalmente, imitando a Júpiter, Apolo, Dionisio e innumerables otros con sus propias imágenes y héroes.

Rivalizaron con los israelitas en la conmemoración del cordero pascual y ofrecieron diversas libaciones a sus dioses.

Mejoraron aún más la adivinación con una astucia notable, y algunos incluso llegaron a imponer sus propias leyes a sus naciones, suplantando las de Moisés. En Egipto, figuras como Hermes y Apis dominaban, mientras

que los persas tenían a sus legisladores en Oromasis y Bactris.

Los cretenses eran guiados por Minos y Epiménides, los tracios por Zamolxis y los escitas por Anacarsis. Estos legisladores desempeñaron papeles fundamentales en sus respectivas sociedades. Entre los lacedemonios, Licurgo y Triptólemo eran estimados legisladores, mientras que los atenienses estaban influenciados por figuras como Foroneo, Dracon y Solón. Durante muchos siglos, los macedonios fueron gobernados por los cabiros, y los romanos recurrieron a Rómulo y Numa Pompilio para su marco legal.

Los indígenas también tuvieron sus legisladores, entre ellos Sesostris y Somogorbonus, cuya influencia persiste en las prácticas idólatras que se observan en Oriente hasta nuestros días. De igual manera, los Viracoces tuvieron un profundo impacto en los peruanos, y Zuazatlus influyó en los mexicanos.

En la región de Laponia, Amidas y Xaca fueron legisladores importantes.

Finalmente, Maugmectus, como sugieren algunos relatos, surgió de estas diversas influencias, lo que dio lugar a especulaciones sobre su identidad como

el Anticristo, el precursor del caos y la blasfemia.

Este falso profeta afirmó falsamente haber recibido leyes divinas de un arcángel. Explotó y engañó a los sufrientes y oprimidos, al igual que otros de su clase a lo largo de la historia. Para reforzar su autoridad, estos individuos emularon a Moisés afirmando haber recibido leyes de sus respectivas deidades.

Zoroastro afirmó que su ley provenía de una deidad benévola, Minos de Júpiter, Licurgo de Apolo, Zamolxis de Vesta y Numa de la ninfa Egeria.

Recurrieron a la astucia y al engaño, incluso redactando la mayoría de sus leyes en idiomas distintos a sus lenguas maternas, eclipsando la veneración a sus dioses e intentando imitar la verdadera fe en el Dios vivo, observada con profunda reverencia.

Escribieron sus leyes en griego, utilizando la escritura púnica entre los antiguos griegos, o la lengua etrusca entre los romanos, que guardaba similitudes con el arameo y era más adecuada para la interpretación de símbolos.

De manera similar, los antiguos germanos y galos expresaban sus creencias mediante caracteres griegos, mientras que los pueblos de Oriente utilizaban la escritura siríaca para registrar sus supersticiones.

Incluso hoy, bajo la influencia de fuerzas malignas, varios pueblos indígenas, incluyendo griegos, etíopes y ciertas comunidades indias que se identifican como cristianos, aún conservan vestigios de sus supersticiones junto con su lengua cotidiana. Esta práctica es evidente entre los chinos, quienes continúan practicando la idolatría, así como entre los lapones y los peruanos.

Estos últimos incluyen a los habitantes de la recientemente descubierta región báltica, quienes hablan diferentes idiomas entre sí, pero los conservan discretamente.

La influencia de estas fuerzas espirituales también es notoria entre los turcos, asirios, moros, árabes, nubios, egipcios, persas, medos, partos, aracosios, sogdianos y algunos grupos indígenas, junto con los tamum, tártaros, sacas y diversas poblaciones de todo el mundo.

Todos ellos tienen sus leyes escritas en un idioma distinto al suyo, empleando con frecuencia el árabe. Además, ¿no han seguido el ejemplo al observar que los hebreos se abstendían de ciertas carnes según su antigua ley, como si se abstuvieran de consumir ganado egipcio? Esta práctica aún se observa entre los indios e incluso entre los sirios, que se alimentan principalmente de pescado.

Por lo tanto, mediante la adhesión a la ley divina, esta bendita fe ha arraigado no solo entre los judíos, creciendo día a día, sino también entre las naciones afectadas por las profecías sibílicas.

Diez de estos oráculos son famosos, y algunos sostienen que solo hubo uno, conocido con diversos nombres.

En cualquier caso, todos fueron instrumentos de inspiración divina y transmitieron profecías. Aunque las propias sibilas desconocían la trascendencia de sus declaraciones, carentes de la verdadera fe, estas profecías fluyeron en sus mentes como imágenes en un espejo, iluminándolas. Estos oráculos no eran para su propio beneficio, sino para la iluminación de las naciones, y por lo tanto no podían causar daño.

Fueron enviados a estos pueblos, al igual que Balaam fue un instrumento para oráculos y Caifás sirvió como sacerdote, aunque permanecieron ajenos a la naturaleza profética de sus palabras.

Además, a través de estos medios, en un intento de imitar a los hebreos que preservaban los Cantares de los Cantares, las profecías de Ezequiel y la interpretación alegórica de las escrituras para unos pocos elegidos, promovieron la lectura de los escritos atribuidos a estas mujeres y al Hidaspes.

Además, invocaron espíritus malignos y engañosos justo el año en que se profetizó el nacimiento de la simiente bendita entre los hebreos.

Estos espíritus, impulsados por su propia maldad, se percataron del inminente nacimiento y la crucifixión anunciada de esta santa figura. Su intención era obstruir o, al menos, retrasar la proclamación del divino Hijo de Dios por todos los medios a su alcance.

Como resultado, influyeron en numerosos poetas para que crearan obras extensas e impresionantes, representando a la descendencia de Zeus,

quien, en cierta medida, parecía imitar las virtudes y las obras divinas de esta sagrada simiente, presentándola como meras réplicas humanas.

¿Qué esperaban lograr los antiguos videntes con la historia de Perseo, nacido de una virgen, aparte de socavar la enseñanza de los apóstoles sobre el nacimiento milagroso de esta semilla divina de una virgen, presentándola como algo insignificante e indigno de admiración?

De igual manera, ¿cuál era su propósito al crear relatos sobre Mercurio, el mediador entre dioses y mortales, si no era disminuir la importancia del futuro papel de esta semilla como intermediaria entre dioses y humanos? ¿Por qué narraban las hazañas de Hércules, nacido de Júpiter, quien venció a numerosos monstruos, si no era para celebrar su propia liberación de grandes peligros, instituyendo sacrificios y dedicándole diezmos?

¿Qué pretendían con Semítico, el rey que descendió al inframundo y regresó con botín, si no era sugerir que cuando esta semilla sagrada uniera verdaderamente la naturaleza humana con su naturaleza divina en un vínculo inquebrantable, liberaría a la humanidad

del dominio del inframundo, rescatándola de ese abismo donde no había salvación?

Al hacer estas afirmaciones, construyeron estas narrativas, interconectando diversos elementos como si fueran análogos. ¿Qué otro propósito podrían haber tenido con la historia de Asclepio, quien curó diversas dolencias humanas, sino insinuar que, cuando llegara esta semilla de santidad, sus curaciones milagrosas serían insignificantes?

Sus representaciones de Aristeo de Proconeso, desapareciendo y reapareciendo repentinamente, de Cleomedes encerrado en un cofre y desapareciendo sin dejar rastro, y de Adonis, quien roció su sangre sobre plantas hiperbóreas y abarias, o de él surcando los aires. ¿Acaso no pretendían ridiculizar estos relatos como si fueran absurdos?

De la misma manera que conmemoramos la memoria de esta semilla, que reposa en una tumba año tras año, y ellos se burlan de ella, como si hubiera resucitado de entre los muertos por su propio poder, ascendido al cielo en presencia de muchos de sus hermanos, y nosotros la honramos con gratitud y alegría.

Lo tratan con indiferencia, como si fuera un acontecimiento que no mereciera ninguna admiración significativa.

¿Qué hay del sacrificio de Mitra, realizado con pan y agua, y el agua de Mercurio, con el que esperaban expiar sus transgresiones? Por último, ¿qué hay de las numerosas historias de este tipo que inventaron?

¿Acaso creían que lo hacían con otro propósito que no fuera ofuscar y encubrir el brillo de esta magnífica luz enviada del cielo para iluminar a las naciones, ocultándola con la oscuridad y las sombras de sus propios mitos, y percibiendo en ella el poder de extinguirla por completo?

De manera similar y con una estrategia comparable, se esforzaron por imitar a los profetas divinos que llamaban al pueblo al conocimiento del Dios verdadero mediante frecuentes predicaciones y revelaciones.

Ellos también se adhirieron a sus propias falsas profecías, y entre ellas, las más famosas fueron Museo de Atenas, Lico, Báquides, Boecio y el propio Tiresias, Eucleo, Epiménides y Mopso.

Aunque se dedicaban a predecir diferentes eventos futuros, hace mucho tiempo se dedicaban a raptar a sus propios sacrificios o incluso a someterse a ayunos, purificaciones, diversos cánticos y danzas. Estos espíritus impuros, deseosos de honores divinos, manipulaban y dominaban a humanos vulnerables durante un largo período.

Por ejemplo, la profetisa virgen de las Bránquidas no podía dar respuestas ni tocar el agua con los pies a menos que tomara la mano de un hombre y ayunara durante tres días. De igual manera, el oráculo de Colofón no proporcionaba respuestas a menos que se probara primero el agua, oculta a todos los demás.

Además, el propio oráculo de Delfos no emitía respuestas a menos que el sacerdote, sentado en un trípode en la cámara más interna de la cueva, inhalara vapores nocivos en lugar de inspiración divina.

Consideremos también las respuestas de muchos otros oráculos que, guiados e inspirados por los mismos espíritus malignos, inicialmente provenían del roble del templo de Zeus en Dodona.

Más tarde, cuando la voz del verdadero Dios resonó desde el arca, ordenando a los sacerdotes cantar los castigos futuros del pueblo, recibieron estas respuestas.

Así pues, cuando respondieron con estos oráculos falsos y se dedicaron a toda clase de burlas hacia los dioses, una práctica que persistió hasta la época de Pirro, rey de los epirotas, ¿acaso su intención era otra que imitar los versículos de Job y los Salmos de David?

Buscaban introducir una apariencia de notable profundidad en su ambigüedad, esforzándose por hacerse pasar por auténticos.

En realidad, sus acciones fueron constantemente engañosas y engañosas, con el objetivo final de perjudicar a la humanidad.

Por lo tanto, aspiraban a que sus oráculos fraudulentos, contruidos con estricta métrica poética, poseyeran una cualidad atractiva y resonante, similar a las alabanzas cantadas al Dios verdadero en los himnos, que emanaban cierta dulzura.

Sin embargo, con el paso del tiempo, y al no poder esconderse más tras sus falsedades, se vieron obligados a revelar su verdadera naturaleza, se hizo evidente que sus predicciones no provenían de la influencia divina.

Quedó claro que las sacerdotisas pitias y sus entrañas no estaban imbuidas de una visión mística, como algunos creían.

Los oráculos, carentes de verdadero conocimiento, no estaban sujetos a la naturaleza de las cosas ni a ninguna ubicación en particular.

En cambio, la verdadera causa debía atribuirse a una fuente mucho más profunda: un intelecto superior.

Quienes sostienen que la administración del mundo está confiada a estas inteligencias superiores afirman que diversas influencias de los reinos celestiales tocan el plano terrenal, y que los sabios, anticipando los acontecimientos con mucha antelación, perciben a través del reflejo de su esencia interior lo que está por venir.

El cuestionable comportamiento de los sacerdotes, impulsados por la avaricia y a menudo en un estado alterado,

aceptando sobornos, no puede considerarse más significativo.

Se vieron abrumados por el entusiasmo, lo que los dejó inseguros de cómo responder a quienes buscaban respuestas.

Es aún menos apropiado atribuir esto a la falla o enfermedad de los propios demonios, ya que son prácticamente eternos, no sujetos al envejecimiento que aflige a los humanos.

Por lo tanto, es más preciso, tomando prestadas las palabras de un poeta cómico, decir que el quid de la cuestión reside en este hecho: había llegado el momento en que el mismísimo Sol de Justicia, la gloria radiante del esplendor paternal, ascendía de los cielos.

Con la aparición de su luz divina, todos los oráculos del diablo fueron vencidos y silenciados por completo, como las perturbaciones espectrales que dejan de atormentar a la humanidad cuando sale el sol por la mañana.

Por esta razón, tanto los griegos, que consideraban sabios a quienes impartían instrucción, como los romanos, que dominaban el mundo y defendían la ley, consultaban a estos mismos demonios.

Además, estos demonios, al observar que los hebreos en el desierto, como justo castigo de Dios, eran afligidos por serpientes venenosas, pero encontraron salvación con solo contemplar la serpiente de bronce erigida por Moisés por orden de Dios, no dudaron en imitar esta práctica a su manera.

En consecuencia, Nicágoras trajo una imagen del mismo demonio al pueblo de Sición, y los romanos, de igual manera, exhibieron a Esculapio para combatir una plaga.

Además, cuando Salomón construyó el magnífico y hermoso templo dedicado al Dios supremo y verdadero, Sabaoth, este se ubicó en el corazón del mundo.

Se reunieron artesanos de todos los rincones, inspirados por el mismo Espíritu de Dios, para crear un lugar de adoración para todos los hebreos. Sin embargo, ¿acaso los espíritus envidiosos no intentaron inspirar la construcción de sus propios templos en ese espacio sagrado? Evidentemente sí.

El Templo de Delfos surgió para Apolo, Egipto construyó uno para Serapis en Alejandría, Asia construyó templos en Éfeso para Diana, y en

Escandia, un templo para Thor en Upsala, todo a un gran costo.

Cuando la tan esperada promesa al mundo finalmente se cumplió en la forma de la descendencia más sagrada, estos espíritus impuros no escatimaron esfuerzos en sus esfuerzos por contrarrestar esta encarnación mortal.

Incitaron a Herodes a armarse con malas intenciones, sin escatimar ni siquiera su propia sangre.

Augusto, aunque inocente, tubo que soportar que Herodes lo llamara cerdo en lugar de hijo.

Y cuando este inocente cordero, dispuesto a redimirnos con su sangre, se entregó a los pecadores, estos espíritus probaron todo tipo de tormento, utilizando el instrumento que habían implantado en los judíos de aquella época.

Además, persiguieron implacablemente a los santos mártires de Cristo.

Estos mártires, tan numerosos que incluso si se añadieran cinco mil o más cada día, no serían suficientes para todo un año. Los huesos de estos mártires

eran tan abundantes que se podían ver ardiendo por toda la ciudad, como leña.

Sin embargo, a muchos se les impidió presenciar este espectáculo por temor al Senado y a los emperadores, influenciados por estos demonios. Sin embargo, sus esfuerzos fueron en vano.

El emperador Augusto, a pesar de desconocer su nacimiento, buscó apasionadamente su erradicación y la completa destrucción de su memoria, que aún daba testimonio de su vida.

Léntulo escribió sobre su muerte, Tácito sobre su llegada a Judea, Suetonio sobre sus milagros y resurrección, y Josefo dio testimonio.

Además, Plinio documentó terremotos sin precedentes.

De no haber sido por la influencia de estos demonios, ¿no habrían intentado prohibir el estudio de estas enseñanzas, obligando a los seguidores de esta doctrina sagrada a abandonar la exploración de los asuntos divinos por ignorancia?

Sin embargo, quienes intentaron suprimir el estudio de estas enseñanzas no lo lograron. En cambio, surgieron numerosos individuos de todos los

rincones, versados en diversos idiomas, que alababan este linaje sagrado, confirmando su veracidad con sus propias vidas. Estos mismos demonios también intentaron manipular a los artistas para que representaran este linaje sagrado como una serpiente, con el fin de alejar a la gente de su culto.

¿Qué decir de los diversos sofistas, como Celso, Porfirio, Juliano y otros, que emplearon falsedades engañosas en las enseñanzas de muchos herejes?

Sus esfuerzos fueron en vano, pues aquellos a quienes buscaban erradicar solo se fortalecían día a día. En consecuencia, una gran multitud de mártires testificaron voluntariamente la verdad de este linaje santísimo, incluso frente a la muerte.

No solo muchos eruditos persistieron ante la prohibición de sus enseñanzas, sino que también deberíamos, si surge la oportunidad, considerar vivir bajo la protección y la vivificación de este linaje santísimo, siguiendo su ejemplo.

Ahora, volvamos a los temas que discutimos anteriormente. Es tal el grado en que estos espíritus malignos han sido ahuyentados y vencidos por la venida divina y la predicación de Su

Palabra a través de los Apóstoles que ahora están completamente silenciados.

La mera mención de su nombre es silenciada incluso por entidades malvadas. Sus ídolos han sido derribados, como lo ejemplifica un evento significativo en el que el Divino Bartolomé se enfrentó al demonio Astharoth en Albania y el encuentro de Santo Tomás con Meideyo.

Además, ¿qué juicio puede emitirse sobre el pueblo hebreo que, en su miserable estado, anticipa la llegada de otro Mesías? Sus ojos y mentes están tan nublados y perturbados que parece ser obra de demonios.

Debido a estas influencias demoníacas, han descuidado la verdad y abrazado la falsedad.

Se enredan en las minucias de las escrituras y las letras, distorsionando el significado hasta el punto de perder el contacto con la verdad, abandonando su entendimiento y abandonando sus cuerpos.

Estos insectos, maldecidos tres y cuatro veces, son completamente desplazados de su patria. En su afán por recuperarla, imploran a Dios a diario, a pesar de

haber estado sin ella durante tanto tiempo, nunca tanto como ahora.

Sus numerosas idolatrías, el asesinato de profetas y otras transgresiones los han dejado sin rey, sacerdocio, efod ni profetas, de los cuales una vez se jactaron.

Están exiliados con un odio extremo por todas las naciones y en diversos lugares, vagando en la miseria. A pesar de su piedad, sufren esta ceguera, lo que los vuelve más obtusos que los topos. Se acarrean voluntariamente esta ceguera a plena luz del día, como las víboras son cegadas por la luz del sol.

Esto es especialmente cierto cuando sus rabinos no guardan silencio sobre los milagros de este linaje, atribuyendo la ruina y la destrucción de Israel a la muerte injusta de esta santa descendencia, como lo hizo el rabino Moisés de Egipto, una figura muy respetada entre ellos. Actualmente, el Nombre no se permite pronunciar en hebreo.

Pero como este nombre ha sido transmitido a muchos y aún lo invocan, sería más justo presentarlo, ya que también se encuentra inscrito en caracteres hebreos en una moneda

antigua y también lo pronuncian los árabes y los caldeos, con ligeras variaciones en la pronunciación respecto a sus lenguas, algo perceptible para quienes son versados en el arte cabalístico.

Deliberadamente eludo el enigma de este nombre, verdaderamente inefable, y no profundizaré en lo que algunos cabalistas han escrito al respecto.

Bajo este nombre nuevo e indescriptible, la unidad de la divinidad y la humanidad, de la que depende nuestra salvación, se nos revela abiertamente desde el cielo.

Esta revelación no solo es impactante por su singularidad, sino también por su pronunciación distintiva, similar a la de Júpiter entre los latinos y Zeus entre los griegos.

Para quien profundiza en este secreto, resulta tan asombroso y extraordinario que no se podría haber encontrado otro nombre por el cual pudiéramos ser liberados del dominio de Satanás, a quien estábamos esclavizados debido al pecado de nuestros primeros padres, que esta fuente suprema de toda santidad, el santuario de nuestra aflicción.

Además, esta revelación es tan clara como la luz del día en la escritura de esta palabra.

Entre los hebreos, se inscribe con cuatro letras, y entre todas las naciones, el nombre de Dios se pronuncia con el mismo número de elementos.

Esto se puede observar en el gran nombre, el Tetragrámaton, escrito como $\aleph \beth \daleth \hebrew{mem}$.

Cabe destacar que Alejandro Magno, al ver este nombre inscrito en letras doradas en la tiara del sumo sacerdote, desmontó inmediatamente de su caballo, hizo una genuflexión, se golpeó el pecho con la mano y le rindió homenaje.

El nombre de Dios también se pronuncia con el mismo número de elementos: Alá entre los árabes, Teut entre los egipcios y los magos; Orfi entre los griegos, $\theta\epsilon\acute{o}\varsigma$ entre los persas; Sire entre los latinos, Deus; entre los antiguos etruscos, Esar; también Gott entre los germanos, Bouh entre los sármatas; e Istu entre los peonios y tártaros, Itga.

Porfirio, quien se entregaba al culto de los dioses más que la mayoría, podría

haber comprendido fácilmente el maravilloso secreto de esto si no se hubiera apartado de la luz divina.

Gracias al resplandor de esta luz, los demonios fueron tan completamente vencidos que los ídolos dejaron de conceder favores. Una vez que comenzó a adorar este bendito nombre, lamentó profundamente sus acciones anteriores.

Esta historia, y un destino similar de ciertas figuras inventadas como deidades por un paganismo engañoso, es narrada por Plutarco.

Sin embargo, es distinta de nuestras experiencias, ya que depende de la comprensión o implicación, y no puede ser contaminada de ninguna manera, al igual que la nuestra cuando proviene de fuentes externas y requiere un instrumento específico para su comprensión.

Además, no solo por esto, como si los demonios, privados de la gracia divina (que es la muerte genuina), estuvieran en ese estado desde el principio. De hecho, mucho antes, habían caído debido a su transgresión prebía. Su aumento de poder sobre la humanidad se debió principalmente a la pérdida de su gobierno tiránico, que había sido

permitido por la autoridad divina durante un largo período.

Finalmente, impusieron la muerte a la descendencia de Dios, a la que no tenían derecho, ya que era naturalmente impecable. Trajeron la muerte como recompensa por lo que habíamos perdido por medio de Adán, no injustamente, sino con intereses. «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia».

Volviendo a nuestro tema, observamos que estos demonios idearon numerosos métodos para elevarse a la categoría divina, atreviéndose a imitar diversos aspectos del reino divino lo más fielmente posible.

Por ejemplo, eran conocidos por hacer que ciertos árboles produjeran voces humanas, como en el bosque de Dodona, donde se dice que el Señor respondió desde el Arca.

De igual manera, entre los persas, los árboles emitían oráculos, y la gente creía que podía prolongar su vida consumiendo los frutos consagrados al Sol, como el mago Artefius.

Algo casi paralelo a esto ocurrió cerca del lago de las Ninfas. Si bien no implicaba palabras habladas, se utilizaban ciertas señales para obtener

respuestas. Los demonios intentaron imitar a Dios incluso en este aspecto, a menudo llegando a la verdad mediante señales, similares a las experiencias de Moisés, como la zarza ardiente que no se consumía o el bellón húmedo colocado sobre tierra seca. Estas señales indicaban el juicio del Dios hebreo.

Para quienes buscaban vislumbrar el resultado de sus esfuerzos con sus propios ojos, practicaban una forma de adivinación arrojando leña al fuego. Si sus empresas estaban destinadas al éxito, la leña, al ser arrojada al fuego, era consumida instantáneamente por las llamas.

Pero si no, el fuego parecía retirarse, como si ebudara la leña, de forma similar a lo que ocurría en Gnetia. Allí, durante los sacrificios ofrecidos, si los dioses estaban complacidos, las llamas celestiales descendían y consumían rápidamente la ofrenda. Esto se alinea con las creencias de los talmudistas hebreos y es paralelo a las acciones de los sacerdotes de Baal, quienes, mientras discutían con Elías sobre la verdadera religión, vieron cómo sus señales habituales les fallaban antes de finalmente ceder.

Además, en el manantial de Tianeia y el río Escamandro, iniciaron sus propias prácticas, imitando el concepto del "agua de la maldición", empleado para los adúlteros. En estas prácticas, las vírgenes eran examinadas mediante un juramento y un baño posterior. Si habían preservado su castidad en honor a Diana, eran declaradas puras y aptas para el matrimonio.

Además, en épocas de pecados públicos, a veces dejaban de emitir oráculos temporalmente, imitando las acciones del Dios verdadero, quien también retuvo su voz divina desde el Arca cuando los hijos de Elí cometieron transgresiones.

Además, reinos y ciudades al borde de la destrucción afirmaron falsamente que se preservaban gracias a sus propias acciones, intentando imitar el papel de los santos ángeles que velan perpetuamente por los justos.

Muchos otros inventos similares fueron creados por ellos.

Aunque solo hemos mencionado estos ejemplos, deberían ser suficientes para nuestros propósitos.

desconcertantes, como se ejemplifica en el siguiente ejemplo: «Irás, hablarás, no morirás en la batalla, y Apulus Carolus no vencerá».

Esta tendencia no puede atribuirse a la naturaleza de los oráculos, como algunos antiguos creían erróneamente, insinuando que no tenían otros medios de expresión.

En cambio, debe atribuirse a la naturaleza engañosa y a menudo ignorante de los demonios. Si bien los demonios poseían un vasto conocimiento en diversos ámbitos y una notable perspicacia intelectual, gracias a su comprensión innata de los conceptos, que surgía de su esencia, no eran considerados teólogos debido a estas habilidades.

A pesar de su destreza intelectual, eran incapaces de llegar a verdades definitivas y certeras sobre eventos impredecibles.

LIBRO III

Las respuestas de los demonios exhibían un patrón consistente: eran invariablemente ambiguas o extremadamente oscuras.

Esta oscuridad deliberada buscaba atrapar a los humanos en enigmas

Esta incapacidad no se debía a que estuvieran limitados por ángeles, como afirmaba Escoto, pues sería absurdo que el ámbito de los sentidos estuviera al alcance de los sentidos humanos mientras que el ámbito intelectual permaneciera fuera del alcance del

intelecto humano. Lo que realmente los obstaculizaba, como afirmaba Tomás, no era el asunto en cuestión.

También es irrelevante que sus predicciones fueran a veces asombrosamente precisas, como lo demuestra el profeta Marso, quien previó la batalla de Cannas muchos años antes, presentándola más como un relato del pasado que como una profecía del futuro.

De igual manera, Hidaspes, un antiguo rey lidio, predijo la caída del Imperio Romano y la ruina universal del mundo como parte de un juicio futuro.

Cuando se hicieron estas predicciones, no fue como si se originaran en su propio entendimiento o fueran confirmadas por revelaciones de ángeles, como estableceremos más adelante.

Sus profecías se articulaban de esta manera, de forma sencilla y directa, similar a cómo los ángeles las percibían a través de sus facultades intuitivas, aunque, en teoría, podían poseer la capacidad de razonar, siempre que no contradijera fundamentalmente su naturaleza.

Escoto no cuestionó esta posibilidad, pero no se alineaba con su orden inherente.

Estos demonios no habían perdido su conocimiento natural debido a alguna transgresión pasada, como se mencionó anteriormente, sino que lo habían oscurecido. El uso que hacían de este conocimiento no servía al propósito divino de glorificar a Dios, como era el caso de los ángeles; en cambio, a menudo se destinaba a usos viles e innobles.

Por lo tanto, este conocimiento supo, más apropiadamente caracterizado como nocturno que diurno, e intrínseco a los ángeles, proveniente del núcleo de su propia naturaleza, merece ser destacado.

En esta forma de conocimiento, comprenden las virtudes de todas las cosas de una manera que les permite, en un solo acto, comprender la esencia de cualquier individuo, junto con todos sus rasgos distintivos.

Sin embargo, no pueden, por voluntad propia, modificar su inteligencia para comprender las diversas especies de cosas. Si un ser humano poseyera, de alguna manera, incluso una fracción de este conocimiento integral, sin duda le

proporcionaría mayor satisfacción y alegría que percibir el mundo entero.

Los demonios, sin embargo, debido a sus transgresiones contra Dios, se ven privados de este conocimiento, aunque no completamente desprovistos de él.

No obstante, no logran comprender los asuntos que dependen de la voluntad de Dios, de nuestra voluntad o de aquellos que existen únicamente en el futuro.

Por lo tanto, si alguna vez predicen eventos futuros, debe asumirse que primero reciben tales conocimientos a través de la voluntad y la revelación de poderes superiores, orquestados por el maravilloso orden y providencia de Dios.

Esto sirve como medio para llevar a los humanos, quienes, entre todas las criaturas, reflejan con mayor viveza la imagen divina, a precipitarse en el castigo y la autodestrucción. Se contaminan voluntariamente con transgresiones, aun cuando ellos, más que todos los demás, se han apartado del bien supremo e infinito.

No debería sorprender a nadie que los ángeles ocasionalmente dialoguen con demonios, ya que sus mentes no son del todo diferentes y sus naturalezas no son

tan opuestas como para abandonar por completo el amor.

Incluso si han renunciado al amor de Dios, una inclinación que los ángeles ciertamente no comparten, lo hacen para probar y fortalecer su fe. Sin embargo, libran una guerra mutua debido a sus voluntades dispares.

Por un lado, se esfuerzan por magnificar el honor de Dios de todas las maneras posibles, mientras que por otro, se esfuerzan por disminuirlo y actuar en contra de él.

Sin embargo, los demonios, en su profunda obstinación y malicia, no se sienten atraídos por ninguna forma de amor a Dios a través de estas interacciones con los ángeles.

Su naturaleza difiere fundamentalmente de la de los ángeles. Su principal motivación para entablar tales conversaciones es obtener conocimiento de eventos futuros.

Esto se puede ver en el ejemplo del diálogo de Satanás con Dios mismo, como se describe en el Libro de Job, un acto engañoso que ha descarriado a muchas naciones mediante falsas profecías, engañando a algunas incluso hasta el día de hoy.

Al predecir el futuro, el diablo explotó la curiosidad humana natural por dicho conocimiento, que existe en casi todo el mundo.

Sorprendentemente, se descubrieron prácticas similares entre los antiguos druidas de la Galia y los gimnosofistas de la India.

El diablo, astutamente, logró manchar y blasfemar cosas originalmente creadas para el beneficio y uso de la humanidad debido a su mal uso.

Esto fue el resultado de las tácticas engañosas y fraudulentas de los demonios, quienes introdujeron artes supersticiosas y mágicas, derivadas de elementos y otras criaturas, en las mentes humanas.

Como consecuencia, se erosionó la legítima reverencia a Dios y la piedad, y se concibió un sinnúmero de deidades paganas.

Llegó un punto en que casi todos los aspectos de la naturaleza o el arte estaban sujetos a honores divinos.

Por ejemplo, los caldeos, que antaño adoraban al dios de Aretia,

posteriormente se inclinaban ante el fuego.

Incluso individuos como Acán, impulsados por la locura demoníaca, no dudaron en introducir a sus propios hijos en esta falsa adoración. Incluso hoy en día, algunas brujas consagran con frecuencia a esta deidad a los bebés de otros, o incluso a los suyos propios.

Además, en las regiones más remotas de Escitia y en zonas más remotas, muchos realizaban rituales y ceremonias brutales, que a menudo incluían sacrificios humanos y otros actos horribles, como parte de sus creencias supersticiosas.

En las regiones de Etiopía, la gente se inclinaba ante un elemento imperceptible, concretamente agua de una piedra pómez, buscando su ayuda.

De igual manera, los antiguos persas, al ver a los hebreos descubrirse la cabeza durante la luna nueva, alababan a Dios por la renovación de todas las cosas y participaban en su adoración.

También rendían honores divinos al Sol, conocido como "Mitra", y en ocasiones hacían predicciones sobre eventos futuros basándose en su salida

o en el comportamiento de los caballos. Se creía que diversos ídolos, como los adorados por los egipcios, los griegos y otras naciones, proporcionaban respuestas. Incluso hoy en día, ídolos similares no han sido completamente erradicados del mundo.

Esto contrasta con la creencia de Bernardino Andelius, quien, basándose en los textos de los profetas Zacarías e Isaías, aunque sin comprenderlos plenamente, predijo la abolición de todos los ídolos con la llegada del Mesías.

A pesar de su agudo intelecto, su profundo conocimiento de la filosofía y su dominio de las sutilezas lógicas, es posible que malinterpretara esta profecía.

Se refería al Imperio Romano cuando dominaba la mayor parte del mundo conocido, y la gente a menudo se refería a todo el mundo como el "Imperio Romano".

Esta convención lingüística también se siguió en el Nuevo Testamento cuando el Espíritu de Dios, inspirando al evangelista, menciona el decreto de César de registrar el mundo entero, aunque el término «Imperio Romano» denotaba específicamente solo el dominio romano.

Por lo tanto, los ídolos que quedan en el mundo serán gradualmente eliminados hasta que, finalmente, todos, con una percepción más clara de la luz increada, formarán un rebaño unificado bajo un solo pastor.

En Europa, entre los groenlandeses; en Asia, entre los obolorianos y muchos otros; en África, entre algunos nubios; y en el Nuevo Mundo, entre diversos pueblos, los ídolos aún brindan respuestas a través de ciertas estatuas. Sin embargo, volviendo al tema que nos ocupa y dejando de lado otros aspectos de la idolatría que podrían discutirse, ha habido numerosas y diversas formas de adoración a los ídolos entre etíopes, árabes, moros, españoles, galos, germanos, sármatas, escitas, romanos, cartagineses y otras civilizaciones, superando las trescientas según Temístio.

Entre estos, los etruscos veneraban los truenos, los relámpagos, los rayos, las estrellas fugaces y otros fuegos celestiales, incluidos los cometas. A menudo, debido a su falta de comprensión, atribuían los acontecimientos futuros a estos fenómenos naturales, ya que no siempre eran engañosos, pues eran producidos por la propia naturaleza. Se esforzaron

por predecir el número de días y designaron a varios dioses como guardianes de estos sucesos.

Incluso documentaron el arte de predecir los rayos, inspirándose en estos fenómenos naturales. Los etruscos, Thages y la ninfa Begoe fueron algunos de los que escribieron sobre esta práctica.

Mediante este arte supersticioso y pitónico de los demonios, Porfena Larthes, con su astucia, acudió en ayuda de la ciudad de Vulsinii, asediada durante largo tiempo. Invocó un aterrador rayo y desató un fuego destructor, poniendo fin al asedio.

Tulio, el rey romano, aún no plenamente versado en los caminos de tal conocimiento, se enfrentó imprudentemente a un peligro similar, lo que le ofreció la oportunidad de su propia muerte, pereciendo finalmente bajo el impacto de un rayo.

Ahora pasaré por alto los temas de los auspicios y augurios, que se derivaban de diversos comportamientos de las abes, como sus patrones de vuelo, cantos y observaciones de sus hábitos alimenticios y de bebida.

Estas prácticas fueron inicialmente reveladas por los demonios a los

palasitanos y luego difundidas a los pisidios, griegos, etruscos, romanos y casi todas las demás naciones.

Este arte tenía tal importancia entre los antiguos que no emprendían ningún proyecto, público o privado, sin consultarlo. Su creencia se basaba en la noción de que estas prácticas contenían conocimiento de muchas cosas entrelazadas con secretos divinos. Incluso los demonios, superando las capacidades humanas, poseían este conocimiento al indagar en la historia de las naciones.

Un ejemplo de ello es la fama del augur Navius, célebre por su capacidad para discernir y comprender pensamientos ocultos en el corazón de los demás. Lo que parecía imposible por naturaleza se hacía factible mediante una investigación diligente. Por ejemplo, el arte de la adivinación implicaba partir un trozo de madera, y estos presagios se observaban no solo por la llegada de abes extranjeras, sino también por la aparición repentina de animales desconocidos.

Hace unos años, en la provincia de Perugia, una abundancia extraordinaria e inusual de ratones, como nunca antes, infestó los campos, devorando las

cosechas y presagiando sucesos siniestros y funestos. Este acontecimiento presagió la guerra civil entre los españoles, derivada de su inherente avaricia, que había atraído a los roedores.

Fuentes antiguas revelan que muchas formas de adivinación habían caído en desuso, como lo evidencian las prácticas etruscas. Sin embargo, esto no se debió a ninguna nueva configuración celestial, como algunos han sugerido, sino al auge de la iluminación divina que disipó la oscuridad de las artes demoníacas.

Además, buscaban presagios mediante las apariciones repentinas de animales, las diversas expresiones de los humanos y las diversas circunstancias de las mujeres al dar a luz. Algunos creían que podían predecir eventos futuros interpretando las formas y el resplandor de las llamas y los fuegos en el aire, donde estos demonios parecían reinar como en su propio reino.

Además, observaban prodigios a través de diversos fenómenos que ocurrían en la Tierra. En años recientes, un ejemplo significativo fue el abistamiento de un hombre gigantesco en la región de Popayán, con el abdomen partido y dos bebés en brazos. Profirió palabras

amenazantes y luego desapareció, dejando a la gente sumida en un profundo temor.

También hicieron predicciones basadas en las frecuentes inundaciones de los ríos, el comportamiento de las corrientes de agua y el rugido del agua, como lo ejemplificó Velleda, el renombrado vidente entre los germanos.

Las predicciones también se derivaban de diversos sucesos terrestres, sonidos extraños y eventos similares. Es crucial señalar que todos estos fenómenos no eran resultado de nada más que los esfuerzos y acciones de los demonios. Incluso en la actualidad, entre ciertas tribus primitivas, no han cesado en sus esfuerzos por fomentar el culto divino y causar daño a los humanos mediante sus fervientes prácticas.

Mientras buscan incansablemente adquirir el culto divino y participar en prácticas de culto por medios tanto encubiertos como manifiestos, como si pudieran comprarlas con nuestros pecados, parece apropiado recordar brevemente al lector en este contexto, aunque pueda parecer poco relacionado, un método que podría emplearse aquí.

Un enfoque implica la utilización de ciertos objetos aparentemente vanos e inútiles, que, sin que lo sepamos, poseen un poder y una eficacia ocultos, para apaciguar nuestros deseos cuando buscamos intensamente lo que deseamos. Así como empleamos objetos específicos para protegernos de encantamientos y hechizos, debemos esforzarnos por dotar a la mente de previsión, de forma similar a como usamos ciertos objetos para contrarrestar diversas perturbaciones y ruidos.

Por ejemplo, podemos emplear espejos como los de Alecta, junto con materiales específicos, o combinar palabras sagradas con objetos ordinarios y aparentemente insignificantes para cumplir nuestros deseos.

Es como si, en busca de nuestro objeto deseado, recitamos oraciones de santos, salmos y pasajes de los Evangelios. Sin embargo, es importante señalar que estos objetos no deben considerarse aleatorios ni descartarse; de hecho, son los más preciados de todos, otorgados por el cielo.

Sin embargo, en estos objetos aparentemente fútiles e insignificantes no se puede decir que resida ningún poder inherente, ni de Dios ni de la

naturaleza. En cambio, son más bien invenciones impuestas por demonios engañosos. En consecuencia, a los demonios se les asignan todo tipo de nombres desconocidos, que la gente común usa en secreto como talismanes e incluso aparecen en sueños.

Cabe destacar que ninguno de estos nombres se menciona ni tiene significado en las escrituras sagradas. Se les atribuyen nombres como Got, Giber, Gabir, Cadebru y seiscientos más. Es aún más asombroso que estos nombres apenas se encuentren entre quienes son propensos a las supersticiones.

Según su creencia, estos nombres fueron acuñados por los mismos demonios cuando se invocó por primera vez el nombre divino en tiempos de necesidad. Esta era una táctica engañosa diseñada para engañar a la gente, similar a cómo se describe en la ley a Enós, la primera persona que invocó la ayuda divina en el curso natural de los acontecimientos. Se considera que Enós recibió mayor gracia que otros, ya que era la tercera generación desde Adán, e incluso Moisés, divinamente revelado a los hebreos y famoso por numerosos milagros, declaró categóricamente que el Faraón había sido deificado.

En ocasiones, he presenciado muchas cosas concebidas por estos demonios y ocultas al conocimiento humano. Por ejemplo, encontré numerosos anillos de plata usados por españoles, que muchos desinformados portaban con devoción como amuletos protectores contra diversos peligros. Finalmente, desmonté estos anillos, enseñando a los portadores la maldad de tales prácticas.

Es crucial no asumir que estos nombres fueron tomados del lenguaje empleado por los demonios entre sí, ya que no requieren un idioma para comunicarse como entidades espirituales.

Dado que comprenden todas las cosas a través del intelecto en lugar de la percepción sensorial, como se mencionó en ocasiones anteriores, se transmiten sus conceptos entre sí a través de diferentes distancias.

Es más plausible considerar que emplean alguna forma de lenguaje bárbaro entre ellos.

Ciertas personas conocedoras, aunque con cierta reticencia por mi parte, sospechan que podría ser egipcio, sobre todo porque los egipcios se habían involucrado de forma constante y extensa con los demonios, abrazando su culto.

Estos nombres se enfatizaban en estas prácticas supersticiosas debido a su obscuridad. Inmediatamente cautibaron la admiración de personas ya inclinadas hacia tales creencias, lo que llevó a la gente común a atribuir significado a estos nombres enigmáticos y bárbaros, incluso en tiempos anteriores al diluvio universal.

Cabe destacar que ninguno de estos nombres se menciona ni tiene significado en las escrituras sagradas. Nombres como Got, Giber, Gabir, Cadebru y seiscientos más se les atribuyeron para hacerlos más atractivos a ciertas personas supersticiosas, sobre todo cuando estos nombres se combinaban con símbolos antiguos y bárbaros específicos, intercalados con líneas, pentáculos y sellos.

La gente empleaba sus propios instrumentos para diversos fines, no como sustento como los animales, sino como medios para transmitir señales secretas. No podemos obtener evidencia suficiente de estos sellos para afirmar que los demonios usaran letras distintas entre sí, como algunos han conjeturado.

Quien sostiene esta opinión es Ambrose Theisen, autor de un libro sobre diversos alfabetos. En esta obra, afirma que un espíritu específico transcribió una configuración única de letras que difiere de cualquier otra cosa obtenible.

Sin embargo, estos espíritus no dependen de las letras, como tampoco requieren percepción sensorial para sus operaciones. Una vez que reciben algo, nunca lo olvidan. Esto fue demostrado recientemente en Emilia por un mago de Felsina y trasladado a Milán por otro.

Quedaron encantados con la encantadora música que produjeron, habiendo tocado varios instrumentos, y entablaron una animada discusión sobre la naturaleza del alma durante más de dos horas.

Cuando comprendieron las perspectivas de Anerrbois, el mago, las abrazaron con entusiasmo.

No solo citaban los escritos del autor antes mencionado, cuyo descubrimiento permanece desconocido para nosotros, sino que con frecuencia recitaban sus palabras exactas, o incluso las ideas mismas.

En consecuencia, se enfrentaron a un destino lamentable al aferrarse obstinadamente a sus creencias y

comenzar a seguir la guía de los demonios con la esperanza de obtener favores. No dudaron en atribuir casos raros o incluso inexistentes de respuestas falsas a demonios sometidos a una autoridad superior.

Este engaño persistió, ya que creían genuinamente que los demonios no existían en la realidad, sino solo en su imaginación, a la que seguían sin dudarlo.

No debería sorprendernos, ya que los demonios, sujetos a una autoridad superior, rara vez, o nunca, dan respuestas engañosas a quienes están a su servicio. Incluso se convencieron de que estos espíritus los servían constantemente de todas las maneras imaginables.

Volviendo al punto del que nos desviamos momentáneamente, se ha observado que los demonios han inscrito caracteres específicos. No lo hacen por necesidad propia, sino para beneficio de quienes interactúan con ellos.

Estos seres malignos suelen imponer obligaciones solemnes a sus esclavos más desafortunados, similares a la exigencia de fidelidad del señor y la exigencia de infidelidad del vasallo. En

algunos casos, emplean símbolos escritos para lograr este propósito.

Además, buscan obtener honores divinos mediante rituales marítimos.

Estas prácticas distan mucho de los milagros virtuosos y están estrechamente asociadas con los malignos, ya que creen que se atribuye un poder injusto a estos ritos.

Estas costumbres supersticiosas, originarias de Egipto e incluyendo la observancia de días sagrados, han sido denunciadas como impías.

Los demonios también introdujeron la hidromancia, una práctica similar a la de Numa Pompilio, el rey romano que se decía que la practicaba.

Supuestamente, Numa se mostraba de diversas maneras para ser observado por espíritus e imágenes en una piscina consagrada, sumergiéndose en el agua para comprender el futuro.

Esta superstición, que se originó con los griegos y pasó a los romanos, fue iniciada por los dardanios, como se registra en los libros de Dardano.

Numa afirmaba haberla recibido a través de sus interacciones con la ninfa Egeria.

De forma similar, la piromancia, atribuida a su inventor Anfiarao, revelaba el futuro mediante los diversos movimientos de las llamas, los relámpagos, la luz y el sonido.

Recientemente, el diablo engañó a los supersticiosos lituanos y samogitianos que buscaban su consejo sobre el futuro. Creían que si una persona enferma veía su sombra proyectada hacia la luz del fuego, era señal inequívoca de recuperación.

Por el contrario, si la sombra se extendía más allá de la luz, se consideraba un presagio de muerte.

Además, practicaban la aeromancia, un método que los moros aún emplean para la adivinación.

Consiste en interpretar los diferentes patrones de viento, la composición del aire y la apariencia de las estrellas para extraer diversas predicciones.

Así, a través de la geomancia, que atribuye falsamente el poder del alma, esta superstición sugiere que, mediante

el uso de figuras específicas, la mente puede recibir información fácilmente.

Esto ocurre cuando los sentidos están completamente dormidos, ya sea a través de una luz espiritual que emana de la propia mente o mediante una influencia superior. Es como si el aire limpio recibiera los rayos del sol o reflejara las imágenes de objetos tangibles.

Sin embargo, es esencial reconocer que nadie puede adquirir conocimiento de nada a menos que lo haya descubierto de forma independiente o aprendido de las enseñanzas de otros.

También es importante no asumir que los orígenes de la geomancia se encuentran en los movimientos de los cuerpos celestes. Lo que se busca a menudo depende de la voluntad de poderes superiores y no de la inteligencia de Saturno, una entidad astral considerada el instrumento.

Las inteligencias que otorgan virtud a las estrellas, diversas luces y el movimiento de los cielos nunca se apartan de las esferas celestiales.

Se basan principalmente en su propia esencia y voluntad, al igual que requieren la asistencia divina para mover los cielos. Los ángeles inferiores, por

voluntad propia, no se involucran en tales asuntos, especialmente en los supersticiosos, ya que irían en contra de la prohibición divina.

Tampoco es un don de Dios, ya que sus servicios se dedican a propósitos más elevados, como la salvaguardia de los cuerpos y las almas de los justos y otras tareas más significativas. Por lo tanto, la única fuente plausible de todo esto son los demonios.

Recuerdo a un geomántico notable que probaba esto con frecuencia. Renunció a todo lo relacionado con la influencia demoníaca con solemnes protestas y ya no pudo extraer ninguna verdad de esta superstición, a pesar de haberla practicado con diligencia y haber previsto el desenlace de los acontecimientos.

Además, el mundo se ha visto afectado por supersticiones similares debido al vertido de plomo.

Cuando los supersticiosos buscan respuestas a preguntas dudosas de Saturno, a quien atribuyen este metal, fundiendo plomo y suponiendo que revelará información, se convencen de que Saturno, vinculado al metal y a los demonios, responderá.

Creer que fundiendo plomo pueden resolver ciertos hechizos y se han comprometido a deshacer hechizos específicos. Me intriga saber de ellos el origen de tan gran debilidad que les impide mantener el plomo alejado del fuego cuando, en términos de movilidad, obedece sus órdenes sin ofrecer resistencia alguna.

Entonces, ¿cómo podemos afirmar que todas estas prácticas tienen un origen distinto a las artes de los demonios? Lo mismo puede decirse de la aeromancia y la capnomancia, donde escudriñan el movimiento del humo y el flujo del aire.

Consideremos también la cosmología, junto con un conjunto de conocimientos que los árabes denominan erróneamente "Cábala". En este sistema, afirman la capacidad de predecir una amplia gama de cosas basándose en figuras específicas y la secuencia de letras árabes.

También profesan conocimiento mediante la "teofanía", la "onomancia" y otros métodos conocidos por los hebreos. Por ejemplo, mediante la "quiromancia", bajo la cual esta antigua serpiente se oculta astutamente; mediante la "fisonomía";

y, en última instancia, mediante la "astrología", progenitora de todas estas artes.

En particular, la astrología, tras un examen más detenido, se hace evidente que ha sido contaminada por las técnicas demoníacas, que llevaron a los egipcios e indios a la idolatría. Incluso los hebreos, aunque instruidos en la verdadera adoración a Dios, no eran totalmente inmunes a esta influencia supersticiosa. Sin embargo, el piadoso y justo rey Josías la erradicó al eliminar de su seno la adoración al sol, la luna y todas las entidades celestiales.

No obstante, esta no es la misma astrología que Abraham enseñó a los sacerdotes egipcios. Implicaba la interpretación de los cielos, sus movimientos, la determinación de tiempos propicios y la influencia de las estrellas en los asuntos terrenales.

Estos aspectos difieren de la forma en que Dios organiza y gobierna los acontecimientos mediante la influencia de las fuerzas celestiales, la posición de las estrellas, las líneas de las manos, el vuelo de las aves e incluso sus cantos. Por lo tanto, cuando una predicción derivada de estas prácticas coincide con

los acontecimientos reales, se atribuye igualmente a la obra de los demonios.

Por lo tanto, la adivinación a través de los sueños, y posteriormente, cuando el Señor comenzó a aparecer en sueños, se ha infiltrado en la mente de las personas.

Si bien algunos sueños son provocados por factores naturales, la influencia de cuerpos celestiales y revelaciones angelicales, los demonios a menudo logran infiltrarse. Son particularmente propensos a hacerlo cuando son invocados por quienes emplean ayunos, oraciones, la quema de incienso, invocaciones a santos específicos, diversas hierbas, hojas, piedras y el trazado de círculos para facilitar su entrada.

Estos practicantes se adhieren meticulosamente a horarios, días y horas específicos, a los que atribuyen virtudes y malevolencias distintivas. Encienden un número preciso de velas y realizan acciones que nuestros devotos creyentes que rezan con fervor o veneran las reliquias de los santos consideran objetables.

Muchas otras supersticiones de esta naturaleza, aún más reprobables,

persisten hoy en día entre individuos que llevan el nombre cristiano, pero son aún más errantes en su conducta que los mismos paganos.

Esto, como mínimo, representa el aspecto más deplorable de la situación. Pues es una locura absoluta y un profundo trastorno para quienes han abrazado el nombre de Cristo, particularmente en el momento de su consagración a la fe cristiana mediante la bendición del agua bendita, colaborar con el enemigo de Dios y de la humanidad mediante la más vil apostasía.

¿Qué compañerismo tiene Cristo con Belial? ¿Qué asociación tiene Cristo con aquellos a quienes con razón deseamos regocijarnos en su nombre? Además, existe otra categoría de supersticiones, en la que se invoca abiertamente a demonios, conocidos como demonios notarios.

Esta práctica ocurre principalmente cuando las personas se ven influenciadas por una mezcla de supersticiones y rituales, que en ocasiones incluso implican el uso de sangre humana, como se atestigua tanto en tradiciones idólatras antiguas como en las más recientes.

Esta nefasta variante de la nigromancia, denominada así por los griegos, implicaba en su día la reanimación de los difuntos.

Relatos fiables atestiguan que tanto Ulises, tras la muerte de Elpénor, como Eneas, tras la pérdida de Miseno, sus respectivos líderes durante sus peregrinaciones marítimas, consultaban con los difuntos. Simón el Mago, mentor del hereje Menandro, proporciona más pruebas de ello, ya que ofreció en dos ocasiones a su propio hijo, Nicetas, a los odiosos y maléficos espíritus con nombres como Egyn, Paymón, Aymón, Oriens y Hécate.

De igual manera, existía la creencia histórica de que las almas de los difuntos podían ser conjuradas, pero esta noción es errónea, pues solo los cuerpos, animados por su esencia inherente (como se explicará más adelante), tienen la capacidad de movimiento.

Este arte ilícito abarcaba la invocación de los espíritus de los difuntos mediante lo que los griegos llamaban "nigromancia".

Los practicantes solían emplear flores moradas, hierbas aromáticas, diversas

ofrendas de sangre y conjuros, junto con otros rituales que, según creían, harían a las personas más receptivas a la influencia demoníaca.

Un ejemplo de esto se puede encontrar en el cuento indio de Zebacco, donde las almas, manifestándose a semejanza de sus antiguos cuerpos, eran invocadas bajo el apelativo "Zebacco", que corresponde a lo que los hebreos llaman "Mechobal".

Muchas autoridades antiguas compartían esta noción, como se evidencia en los anales de la historia pagana.

Por ejemplo, tenemos un relato de Homero siendo convocado desde el inframundo por Apión el Gramático, quien buscó la aclaración de asuntos pendientes en sus escritos, mucho después de su fallecimiento.

En nuestras sagradas escrituras, hay un ejemplo paralelo cuando, a instancias de la Pitonisa, Saúl mandó convocar el alma del profeta Samuel para profetizar el resultado de una guerra.

Muchos mechubalim entre los hebreos sostienen que se trataba de un fenómeno

genuíno, afirmando que las almas, durante el primer año tras la muerte, sufren un estado de aflicción a menos que se sometan a un ciclo prescrito de oraciones.

Según esta perspectiva, todavía hoy hay personas que, al acercarse al final de su vida, piden al moribundo que extienda su mano derecha.

Lo hacen con la esperanza de vislumbrar al alma que parte, aunque la mayoría de las veces, estos espíritus no se rebelan e incluso pueden engañar a quienes buscan contacto.

Sin embargo, los teólogos contemporáneos se oponen firmemente a esta creencia, argumentando que las almas no pueden ser invocadas de ninguna manera.

Argumentan que, una vez separadas de sus cuerpos terrenales, las almas carecen de la capacidad inherente de percibir de forma independiente y solo pueden hacerlo a través de la esencia divina en el momento de su creación.

Además, estos teólogos sostienen que el alma solo puede adquirir dicho

conocimiento mediante la revelación divina o antes de su unión con lo divino.

Argumentan que quienes fueron devotos siervos de Dios, como el alma de Samuel tras su fallecimiento justo, están fuera de la influencia de los demonios. En cambio, descansan pacíficamente en compañía de los justos, disfrutando del bendito descanso que se han ganado.

El relato literal de la invocación de Samuel en las sagradas escrituras, argumentan, no debe tomarse como un simple suceso, ya que las Escrituras a menudo emplean lenguaje figurado.

Cabe señalar que lo que la gente percibió podría haber sido un engaño de ilusiones demoníacas, y no hay evidencia de que estas manifestaciones tubieran una base real.

Esto podría atribuirse a la percepción de los observadores o quizás a una ceguera deliberada. Una vez que el alma se separa del cuerpo, reunirlos está más allá del arte humano, la fuerza o incluso los poderes demoníacos, ya que reside únicamente en el ámbito de la autoridad divina.

Regresar las almas o reunir las con sus cuerpos no es posible, ni siquiera por medios fantásticos o ficticios.

Incluso los demonios carecen de la capacidad de hacer esto, excepto cuando están afligidos, en cuyo caso la justicia divina los castiga con penas apropiadas, no necesariamente por algún mal que hayan cometido, sino como consecuencias justas y apropiadas, como suelen afirmar los teólogos.

Los demonios son incapaces de representar las almas como si fueran imágenes estáticas. Sus limitaciones inherentes les impiden hacerlo, y esta capacidad está fuera de su alcance. Las almas del purgatorio se someten a diversas formas de purificación y juicio, pero es incorrecto sugerir que los demonios las manipulan o ejercen poder sobre ellas.

Las almas del purgatorio se purifican de sus imperfecciones y, mediante la justicia divina, soportan el sufrimiento como parte de su proceso de purificación. Aunque aún se ven afectadas por las emociones terrenales, su sufrimiento difiere de los tormentos de los condenados.

El papel de los demonios se limita a ejecutar las penas prescritas por la justicia divina, que persistirán hasta el fin del mundo. Si, como algunos afirman, fuera posible invocar almas de diferentes reinos y manipular su presencia a voluntad, la justicia divina se vería comprometida. Esto provocaría constantes perturbaciones en el orden predeterminado, basadas en deseos personales.

Incluso si, por permiso o disposición divina, las almas pudieran regresar para impartir conocimiento sobre su inmortalidad y estado, reforzando nuestra fe, podría ser plausible, en línea con el ejemplo de Samuel en *Eclesiastés*, donde se dice: «Se acostó con sus padres y terminó su vida».

Esta idea también se refleja en la vida de San Martín, a través del episodio de la sombra de un ladrón.

Además, los espíritus malignos existen, influenciados abierta y explícitamente no por el arte humano, sino por la potencia de símbolos dañinos creados intencionalmente con fines nefastos. Se les invoca para causar daño, muerte y destrucción, cumpliendo así las intenciones de quienes cometen actos malignos. Además, las plagas que

afligen a la humanidad a menudo tienen orígenes que escapan a nuestra comprensión inmediata.

Mediante diversas prácticas malévolas y pociones de amor, como se explicará más adelante, se puede inducir a individuos a realizar hazañas extraordinarias con el permiso de Dios.

Ciertos antiguos sacerdotes y sabios, dotados de sabiduría humana, fueron engañados por el engaño y la astucia de estos espíritus. Buscaban la salvación de sus almas mediante una práctica conocida como teurgia, un arte engañoso.

Mediante esto, creían falsamente que podían expiar sus pecados haciendo sacrificios y realizando consagraciones llamadas "Teletas".

Tenían la errónea creencia de que la salvación podía alcanzarse por estos medios.

En consecuencia, todos los males, tanto temporales como eternos, emanaron de esta fuente, lo que los condujo a su lamentable situación.

Es verdaderamente lamentable que pensaran que la salvación podía provenir de tal fuente.

Estos mismos demonios también eran responsables de impartir artes mágicas, pero no aquellas relacionadas con la exploración de secretos naturales, donde los beneficios legítimos a menudo se derivan de aplicaciones activas y pasivas.

En cambio, enseñaban prácticas matemáticas engañosas y dañinas, consideradas tan peligrosas y destructivas que su uso fue prohibido abiertamente tanto por las autoridades antiguas como por las más recientes. Esto condujo a la expulsión de la hechicera Adelruna, a quien se le atribuía el origen de los hunos, y a la quema de los libros dardanios, así como de los atribuidos a Numa Pompilio por la autoridad del Senado. Estos textos contenían este arte vano y supersticioso, y quienes lo practicaban eran justamente consumidos por las llamas.

Nerón, inicialmente interesado en explorar las artes mágicas, las suprimió posteriormente debido a la falta de indicios concretos o pruebas de su eficacia. En su época, Plinio atestiguó que el emperador consideraba estas artes frívolas y completamente falsas.

Como resultado, los judíos y seguidores de Mahoma que se dedicaban a estas

artes también se enfrentaban a la condena y el castigo.

Por otro lado, los egipcios llevaban mucho tiempo inmersos en estas supersticiones, más que cualquier otra nación. Creían que ángeles específicos los ayudaban en sus operaciones teúrgicas, una idea errónea a la que se aferraban en lugar de reconocer la verdadera naturaleza de estas entidades como demonios.

Lo que es particularmente notable es que los santos ángeles, ahora confirmados en la gracia, aborrecen estas prácticas con mayor aversión que un perro a una serpiente, como dice el refrán. Reconocen que estas acciones van en contra no solo de la voluntad divina, sino incluso de los asuntos más triviales. En contraste, se adhieren diligentemente a los preceptos divinos.

Para caer aún más en la trampa de estas vanidades, los egipcios se exponían al resplandor de estos espíritus, creando una ilusión cautivadora, aunque no exenta de escepticismo.

Al igual que miles de artesanos adaptan sus métodos cuando un enfoque falla, aquellos que no logran sus objetivos

recurren abiertamente a subterfugios, incluso disfrazándose de ángeles.

Por lo tanto, no es casualidad que los cabalistas afirmen que estas mismas letras pertenecen tanto al nombre de Dios como al del diablo.

Muchos filósofos, versados en estas artes, se dedicaron a su práctica, incluyendo figuras como Abaris el Hiperbóreo, Empédocles de Agrigento, Pitágoras de Samos (considerado toscano por algunos), Apolonio de Tiana y numerosos platónicos, como Porfirio de Tiro y Jámblico de Egipto.

Creían que una cualidad particular inherente al reino etéreo constituía la base de su sabiduría.

Sin embargo, estos filósofos, confiando en su sabiduría y convicciones personales, a menudo se impedían a sí mismos y a otros alcanzar la sabiduría genuina.

Estos espíritus impuros también han intentado otras actividades mediante las artes de Goetia y Pharmacia.

Estas artes son igualmente peligrosas y dañinas para el bienestar físico y espiritual de las personas.

Mediante estas prácticas, perpetran actos terribles y abominables, causando un profundo daño a la humanidad. Inflaman las pasiones más innobles, como se vio en los casos de Amón y Antíoco, uno de los cuales sucumbió a la lujuria perversa por su hermana y el otro por su madrastra.

Estos espíritus, en contra de la voluntad de sus víctimas, fingieron ofrecer ayuda. Tal engaño no es sorprendente, ya que estos espíritus a menudo se acercan a los humanos mediante la astucia y el secreto en lugar de hacerlo abiertamente o en una confrontación directa.

Esta invención se atribuye falsamente a Salomón, cuando, de hecho, fue descubierta mucho antes por los egipcios y los caldeos. Algunos recurrían a hacer sacrificios a sus espíritus guardianes personales para intentar evitar el mal y buscar la felicidad a través de la tentación.

Lamentablemente, estos individuos con el tiempo cayeron en la locura, hasta el punto de convencerse a sí mismos, mediante lenguajes arcanos y palabras secretas, junto con símbolos específicos, de que podían atar y obligar a estos espíritus malignos contra su voluntad.

Es lamentable que, incluso en esta era iluminada, algunos de los individuos más iluminados sigan interactuando con estas sombras diabólicas. Muy pocos de estos nigromantes, los más pecadores, no sufren una muerte cruel y violenta, en lugar de una pacífica. A menudo son llevados a las profundidades de la desesperación.

Esto deja claro que los demonios no pueden ser atados involuntariamente por estos medios. Además, no se les ha otorgado ningún poder celestial, como algunos creen, como castigo.

Tal creencia tendría un resultado inapropiado: que quienes practican estas supersticiones permanecerían libres de culpa. Esto es completamente falso y solo los envalentonaría en sus crímenes.

Al observar las estrellas, suelen convencerse de que su trabajo debe realizarse bajo una constelación específica. Si bien no niego que algunos de sus esfuerzos estén influenciados por las alineaciones planetarias hasta el punto de que no pueden alcanzar sus objetivos a menos que se adhieran a la estrella prescrita, otros son tan serviles que llevan a cabo sus actos

independientemente de la estrella que elijan observar.

También es plausible que la vigilancia angelical a menudo frustre sus actos nefastos, y finjan confiar en las constelaciones para ganarse el respeto de los humanos. Al hacerlo, intentan proyectar una sombra vergonzosa sobre los propios cuerpos celestes.

En la mayoría de los casos, es de temer que sus actividades secretas alberguen mayor malevolencia que sus operaciones manifiestas. Además, quienes son adictos a tales supersticiones emplean palabras extrañas y oscuras que, a pesar de su singularidad, no poseen el poder inherente de atar a los demonios, como creen.

Mantienen la falsa creencia de que pueden obligar a los demonios a obedecerlos no en virtud de palabras específicas, sino mediante acuerdos y pactos ocultos, ya sean encubiertos o abiertos, hechos con humanos.

No cuestionaré la idea de que nombres hebreos específicos tengan poder sobre estos espíritus, tanto para invocarlos como para desterrarlos, siempre que se pronuncien con precisión.

Orfeo, con razones válidas, abogó por la preservación de estos nombres en su forma original. Sin embargo, es importante señalar que no creía que estos nombres poseyeran este poder inherentemente, como si les fuera infundido por la naturaleza.

Estos nombres no producen sonido ni interactúan físicamente con ninguna sustancia; su influencia reside únicamente en controlar a los espíritus. Si recibieron tal poder, habría provenido de Adán durante su estado de inocencia.

En ese estado prístino, Adán asignó nombres a todas las cosas de acuerdo con su estado natural, ya que ejercía dominio sobre los asuntos celestiales y terrenales en ese momento. Es por eso que incluso los ángeles, al usar una voz tangible, se comunican en hebreo, independientemente de su origen, especialmente al interactuar con los humanos.

No cabe duda de que esto se debe a un secreto divino único, ya que este idioma, que simboliza un estado de integridad prístina, emana de él. Fue otorgado desde el principio, no como castigo por el pecado, como los idiomas posteriores, sino como parte inherente de su condición.

Es posible que los demonios empleen estas palabras bárbaras para buscar mayor notoriedad y expresar un desprecio supremo por Dios. Dios Todopoderoso consagró este idioma para su propia adoración y lo designó sagrado.

En los últimos días, cuando habrá un solo pastor y un solo rebaño, este idioma se volverá casi universal, compartido entre todas las regiones y naciones. Algunos creen que será la lengua materna de todos en la patria celestial, mientras que otros argumentan que perdurará de alguna forma.

Cabe destacar que algunos talmudistas judíos lo han afirmado, dado su origen excepcional, arraigado no en el pecado, como otros idiomas, sino en la condición de integridad inherente.

Las afirmaciones de caldeos y frigios, que falsamente se jactan de su origen como propio, no deben aceptarse en este sentido.

Además, es importante no aceptar la idea, como sugieren los nigromantes, de que los demonios se acercan debido a los caracteres o símbolos que emplean, fingiendo obediencia a estos. Crean apariciones y tormentas horribles y

aterradoras a su llegada, aparentando ser obligados, cuando en realidad bienen voluntariamente, impulsados por el engaño. De hecho, buscan activamente oportunidades para engañar, y nada les complace más.

¿Por qué estos humanos, sus súbditos serviles, les inspiran tanto miedo, como afirman estos nigromantes? El poder de estos individuos es enormemente inferior, hasta el punto de no tener comparación.

Como el propio Apóstol atestigua: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo».

Por lo tanto, no están atados ni confinados a un lugar específico de forma que impidan por completo su partida.

A menudo, se les ha observado partir de allí, aunque regresan por voluntad propia.

Además, no obedecen fácilmente a cualquiera que los inboque, pues son astutos, como quienes lanzan hechizos. Sin embargo, sí obedecen cuando se les inboca según los tiempos de observación

habituales. Quizás lo hacen porque comprenden que los ángeles los obstaculizan o que sus promesas no se consideran del todo fiables, ni siquiera según sus propios principios, como si fueran dignas de confianza.

Es verdaderamente lamentable y digno de lágrimas que una parte significativa de la humanidad se someta voluntariamente a este terrible yugo diabólico en pos de deseos frívolos.

Como se ha dicho, todas las riquezas y los placeres del mundo entero no ofrecen ningún beneficio cuando se comparan con la pérdida o el intercambio de una sola alma.

No actúan así por la influencia de Saturno ni de ninguna otra estrella desventurada, como algunos podrían imaginar, ni están obligados por un planeta maligno. Más bien, se enredan voluntariamente en estas complejidades diabólicas, mostrando una ceguera aún mayor que la de los topos en su juicio.

Estas personas creen erróneamente que estos signos mágicos, ya sea mediante palabras, hierbas o gemas, poseen un poder único proveniente del cielo o del arte, como lo representan figuras como Zoroastro y Zabulón.

Cualquier poder que parezca existir se ha atribuido falsamente mediante engaños diabólicos. Profundizaremos en este tema en su contexto apropiado, en particular en lo que respecta a las imágenes.

Por ahora, basta decir que este poder no es en absoluto inherente a la naturaleza, ya que las cosas corpóreas se nutren de lo incorpóreo, que posee un poder y alcance mucho mayores.

No derivan este poder de ninguna capacidad de obediencia, una capacidad que Dios ha impuesto a otras entidades, para que no parezca que existe la posibilidad de amistad con ellas.

Al contrario, el Apóstol advierte estrictamente contra cualquier trato con ellas, advirtiéndonos que nos cuidemos de toda interacción con demonios. Sin embargo, es cierto que acuden cuando se les invoca y parecen dispuestos a obedecer, por la autoridad y el mandato de poderes superiores cuyos nombres se mantienen en secreto bajo esos sellos y caracteres.

Esto no ocurre porque busquen sustento como criaturas brutas, como se mencionó anteriormente, sino porque

acuden como espíritus a sus símbolos designados e instrumentos ocultos. Otros demonios se someten voluntariamente a estos superiores, adhiriéndose a sus vicios.

Por lo tanto, pueden ser obligados incluso si intentan partir a diversos lugares.

Sin embargo, todos comparten el mismo propósito y un espíritu y una mente unánimes, no por nobleza inherente, sino por su profunda malicia, desarrollada durante su miserable servidumbre.

Cuando se manifiestan, lo hacen a su propia discreción, creando la ilusión de que sirven dentro de anillos, sellos y tablillas para sus propios fines. No debería sorprender a nadie que, en la práctica de obligar a los demonios, se invoquen con frecuencia nombres angelicales.

Sin embargo, algunas personas abusan vergonzosamente de los apelativos divinos y de las oraciones de los santos. Algunos cabalistas afirman que solo nombres divinos específicos, como los nombres de tronos, dominaciones y serafines, pueden disuadir a los demonios. Argumentan que estos nombres representan el amor, la

misericordia, la piedad, la salvación, la libertad y la morada de Dios, y por lo tanto, los demonios son repelidos por ellos.

En cambio, afirman que los demonios no son disuadidos por nombres que representan la justicia y el poder de Dios, ya que a menudo se hacen pasar por ángeles buenos.

Argumentan que Dios emplea espíritus buenos y malos como entidades ministrantes y citan ejemplos como el relato del papa Gregorio sobre un ángel con una espada durante un arrebató divino contra la ciudad santa, lo que llevó a renombrar el Mausoleo de Adriano como el Castillo del Ángel.

Además, afirman que sucesos similares les sucedieron a San Jerónimo, quien tenía un fuerte apego a Cicerón, y al Papa Dino Antonio.

En el caso de los incrédulos, especialmente cuando la justicia de Dios debe enfrentarse a pecadores persistentes y obstinados, la ejecución de la justicia se confía a ángeles malignos. Esto es evidente en casos como el castigo del testarudo Faraón y el malvado Herodes.

En su maldad, los demonios parecen estar influenciados por diversos elementos para atraer a los magos. Se burlan de Dios, representado por el círculo de Egipto, y convencen a la gente de que entrar en un círculo y un pentágono que contienen los nombres de Dios los protegerá del daño demoníaco.

Esta idea blasfema se atribuye a los egipcios y hebreos, que buscaban seguridad incluso de sus propias mujeres, creyéndolas bajo la influencia de demonios capaces de dañar a sus hijos. Dibujaban círculos en sus dormitorios con caracteres hebreos específicos que representaban nombres divinos, pensando que invocar diferentes nombres divinos produciría los efectos deseados.

Además, existen otras prácticas supersticiosas que involucran demonios entre la gente común. Instruyen a las mujeres a preparar diversos platos para demonios conocidos como "hombrecitos", creyendo que al hacerlo se asegurará la prosperidad de sus hijos y se purificarán. No está de más mencionar otras malas acciones asociadas con quienes fingen estar inducidos por demonios en este arte supersticioso, cometiendo abiertamente tales actos.

Esto ha dado lugar a historias sobre el cierre de la cueva de Salmática, la vigilancia del lago de Nurfi y la utilización de la cueva de Visingius como refugio secreto para los practicantes de este arte debido a sus consecuencias.

Estos espíritus malignos no tienen una inclinación inherente hacia todas las formas de maldad, como algunos podrían haber creído.

Son seres inteligentes de naturaleza y sustancia fundamentalmente buenas, ordenados para servir al bien común del universo.

Desean inherentemente el objeto de su voluntad, que es el bien universal, y nunca han sido causa ni ocasión de ningún mal, ni aquí en la Tierra ni en el cielo.

La maldad ha sido perpetrada por sus propios creadores, como se vio en la caída de Adán, que resultó en la ruina de toda la raza humana.

Sin embargo, esto no significa necesariamente que no cometamos pecados, a menos que nos inciten por nuestra propia voluntad.

Cuanto más intensamente los odiamos y aprendemos a protegernos de su influencia dañina, más permite Dios que se manifiesten en formas horribles y temibles.

Esto se permite como una guía única para que podamos ser instruidos al presenciar la naturaleza aterradora de estas apariciones en el más allá.

Por lo tanto, aparecen con frecuencia en diversas formas aterradoras y pueden transformarse en diferentes objetos aterradores. Al ser vistos, pierden momentáneamente su verdadera forma.

A diferencia de los seguidores de Platón, algunos argumentan que estos espíritus, aunque sujetos a la corrupción en sus cuerpos y no compuestos de materia densa, siguen siendo incorruptibles, especialmente en su esencia.

Creer erróneamente que las almas están rodeadas por estos espíritus.

En consecuencia, la mayoría de los teólogos latinos, especialmente los escolásticos, difieren de ellos, afirmando que estos espíritus no están naturalmente unidos a los cuerpos, ya que carecen de sustancia material.

Argumentan que si estos espíritus estuvieran unidos a algún cuerpo, sería imposible que hubieran existido muchos siglos antes de la creación de la naturaleza material, especialmente considerando su coherencia con la filosofía griega.

Los cuerpos, según esta perspectiva, no pueden existir sin una ubicación física. Por lo tanto, es evidente que estos espíritus no están conectados a ninguna forma física.

Se podría objetar, sugiriendo que tal vez fueron sometidos a tal castigo tras cometer sus transgresiones iniciales, y que fueron dotados de cuerpos desde la creación del mundo, experimentando tormentos más severos.

Sin embargo, intentar evitar un problema conduce a otro, como si solo estuvieran asociados con cuerpos como agentes y, por lo tanto, sufrieran a causa de nosotros, como afirman, como prisioneros de un carcelero. Esto contradice la verdad del Evangelio.

El Evangelio deja claro que siete demonios fueron expulsados de María Magdalena y que un demonio llamado Legión fue expulsado de un hombre

poseído. Por lo tanto, si estaban ligados a una conexión indivisible con los cuerpos, ¿cómo podría un solo individuo albergar tantos?

En consecuencia, es razonable concluir que estos demonios no están ligados a ningún tipo de cuerpo físico, ya sea denso o etéreo. Incluso San Agustín, en su análisis de los ángeles, parece coincidir con esta visión, que es mucho menos oscura o densa.

Tampoco tiene importancia afirmar que los demonios pueden manipular y alterar cuerpos a su antojo, pues si así fuera, requerirían espacio debido a su número, como cualquier entidad material, incluso de naturaleza etérea.

Por muy comprimido que esté el cuerpo, sería imposible que una legión de ellos estuviera contenida en un solo cuerpo humano.

Además, este argumento no se ve corroborado cuando se propone que los demonios solo pueden ser atados dentro de anillos huecos debido a las características inherentes de sus cuerpos.

Algunos talmudistas afirman que estos seres son corpóreos, y ciertos rabinos alegan haber presenciado a múltiples demonios suspendidos de un solo nudo en una cuerda, posiblemente ejecutados para engañar con mayor eficacia mediante la imaginación.

La afirmación de los antiguos etruscos de que estos seres dejan cenizas cuando son obligados por otros tampoco presenta un argumento convincente.

Esto podría ser fácilmente una ilusión, ya que los demonios son excepcionalmente hábiles para asumir diversas formas.

Con frecuencia se manifiestan durante el sueño, empleando diversos trucos, cambios de forma rápidos y acciones veloces.

También es irrelevante que algunos hayan inventado la idea de que, como los benditos tras una hipotética resurrección general, los demonios ocuparán lugares específicos.

Si este fuera el caso, no se originarían de ningún principio interno de la naturaleza, sino de un estado de gloria en el que los demonios nunca han existido ni existirán.

Por lo tanto, cuando estos espíritus engañosos se manifiestan ante nuestros ojos, adoptan cuerpos de otros lugares.

Sin embargo, no están en absoluto unidos permanentemente a estos cuerpos como materia a la forma ni como meros impulsores del móvil.

En cambio, utilizan estos cuerpos como recipientes para representarse a sí mismos.

Se observan con más frecuencia durante la noche que durante el día y se esfuerzan por infundir miedo mediante diversos engaños y cambios repentinos de apariencia.

Nada en estos cuerpos puede percibirse, a diferencia de las imágenes de piedras, plantas o animales, que son visibles.

Aunque el Nuevo Testamento no sugiere que reciban lágrimas externas de los humanos, esto no se debe a su falta de poder para hacerlo, sino a que los ángeles se lo prohíben.

Es probable que esta prohibición surja de la reverencia al Verbo encarnado.

Los ángeles no se dejan adorar en su presencia, como leemos en el Apocalipsis. Sin embargo, esto parece

diferir de la situación en el Antiguo Testamento, donde Abraham se encontró con tres ángeles, reconoció una trinidad bajo la unidad de la luz divina, adoró a uno de ellos y se inclinó ante él.

Sin embargo, no les está permitido rebelar su astucia interna ni la naturaleza grotesca de las formas que adoptan, que son aún más desagradables que su apariencia externa. Por lo tanto, cuando se manifiestan con apariencia humana, imitan a los ángeles que se aparecieron a Abraham.

Al asumir esta apariencia humana, parecen aludir a la encarnación del Hijo de Dios, insinuando una alianza con nosotros.

Con frecuencia, se fabrican pies de cabra y de cierbo, atributos que se han acostumbrado a ocultar adoptando una forma más alargada y etérea.

Hay registros de apariciones en tales formas a individuos como Alejandro, un monje de Genialia, así como bajo la apariencia de centauros, faunos y sátiros en zonas boscosas, bosques y lugares desolados.

San Antonio, figura reconocida por su santidad y erudición en el Alto Egipto,

se encontró con un demonio en esta forma, lo que sobresaltó enormemente al monje.

Se dice que el demonio se dirigió a él de una manera que recordaba a la serpiente engañosa y afirmó: «Soy uno de aquellos a quienes los gentiles engañados adoraban como dioses».

En Escocia, tres hombres llamados Macabeo, Manchú y Duncanus, que gozaban de gran estima, fueron visitados tres veces por demonios disfrazados de ninfas.

Estos encuentros estuvieron marcados por predicciones que posteriormente se confirmaron, para gran satisfacción de los involucrados.

El historiador escocés Boecio da fe de la notable naturaleza de estas predicciones entre los escoceses.

También se sabe que los demonios adoptan la apariencia de animales, una práctica que cobró prominencia después de que el Señor mismo les mostrara señales simbólicas y manifiestas. Anteriormente, tenían la capacidad de cambiar de forma, pero esto se volvió más frecuente tras la manifestación de Cristo.

Por ejemplo, Él se apareció como un carnero a Baco, llevándolo a beber agua en los áridos desiertos de Libia cuando sufría de sed.

También tomaron la forma de cuervos en las Islas Diomedeadas, rebelándose como griegos a todos los que llegaban allí.

De igual manera, asumieron la forma de cuervos dentro del templo de Júpiter Hamón, que Alejandro Magno anhelaba visitar.

Incluso hay relatos de apariciones como pájaros negros, guiando el alma de un hombre al inframundo.

En una ocasión, incluso se manifestaron a cierto español, adoptando la apariencia de un hombre de piel muy oscura que frecuentemente recurría a su invocación para aliviar su dolor de muelas.

Al igual que uno se abstendría de pronunciar el nombre de un caballo desventurado, él no se atrevió a pronunciar el nombre del hombre afligido al que pretendía maldecir.

En cambio, se comunicó no con palabras, sino con simples gestos, dirigiendo su mirada.

De igual manera, los demonios se le rebelaron a San Edmundo durante su viaje a Aberdeen, hace apenas unos años. Adoptaron formas grotescas y deformadas, apareciendo como un perro amenazador ante ciertos cántabros a quienes habían atraído a la adoración secreta de Satanás.

También han adoptado la apariencia de muchas otras criaturas. Sin embargo, su elección más común es la de animales temibles, una forma que les fue otorgada únicamente por el amor único de Dios.

A través de estos aterradores rostros, se nos recuerda su verdadera naturaleza. Si bien su maldad interna y su deseo de hacernos daño son infinitamente peores, si su maldad fuera visible a nuestros ojos, sería aún más aterradora.

Estos seres demoníacos no siempre parecen tener la misma edad, incluso cuando asumen formas humanas. En ocasiones, se presentan como hombres jóvenes y, en otras, como ancianos. Incluso pueden adoptar la apariencia de niños. Sus apariencias son

increíblemente diversas, y reconocen que las diferentes formas les brindan mejores oportunidades para engañar.

A menudo emplean esta diversidad, no como entidades individuales, sino como un colectivo, presentándose como múltiples seres con diferentes condiciones, lo que sugiere que uno de ellos tiene un rango superior al de los demás.

A veces, incluso optan por presentarse como si se tambalearan al borde de la muerte, en un esfuerzo calculado por encender en nosotros la llama de la salvación, tal como lo han hecho astutamente con ciertos filósofos heréticos y seguidores de Mahoma.

Sin embargo, estos espíritus esquivos no se limitan a una naturaleza fija; a veces adoptan la apariencia de mujeres y otras, la de hombres.

De lo contrario, ¿cómo podrían estos espíritus comunicarse con animales, aves, peces, plantas, rocas y piedras, cuyas formas a menudo han adoptado? La respuesta es que no pueden. Entonces, cuando la situación lo exige, ¿cómo logran esta hazaña?

No obstante, no niego que con frecuencia han adoptado diversas formas que corresponden a sus diversos grados de sustancia, al igual que su elección de apariencias según los lugares que habitan.

Por ejemplo, pueden aparecer como criaturas terrestres, con rostros más oscuros, o como seres acuáticos, con rasgos transparentes y más claros. Además, al asumir una presencia etérea, exudan un semblante radiante e imponente.

Por ejemplo, cuando se manifiestan como seres etéreos adornados con una luminiscencia celestial, aparentemente más majestuosos y venerables que otros.

Es importante aclarar que no obtienen este resplandor de las estrellas, como algunos han creído erróneamente, pues los cielos no poseen nada que pueda extraerse de ellos, ni pueden recibirlo del fuego que podría consumirlos.

Estos espíritus no ejercen dominio sobre las propiedades de los elementos, que son dominio exclusivo de Dios, tal como Él ordenó que los jóvenes arrojados al horno de fuego fueran visibles, pero permanecieran ilesos.

Sin embargo, la naturaleza de estos espíritus guarda cierta similitud y alineación con estos elementos, que, ya sea por sus formas inherentes u otros atributos, sirven para revelar con mayor o menor claridad su esencia.

Quienes desean presentarse con frecuencia como ángeles de luz, con el único fin de seducir con mayor facilidad, adoptan esta fachada momentáneamente. No lo hacen durante largos periodos ni con gran frecuencia, pues no anhelan ser vistos como tales, aunque sí anhelan ser vistos de una manera que muestre su aparente superioridad sobre los mortales en virtud de su naturaleza.

Cabe destacar que dos de estos seres se rebelaron en una ocasión a un libertino de Plinio, hombre de no pocos conocimientos.

Mientras el hombre se afeitaba, vio a dos jóvenes vestidos de blanco salir de una puerta mientras se quitaban los zapatos.

En otro caso, uno de estos espíritus se apareció al rey Rathbod de Frisia bajo la forma de una resplandeciente casa dorada, adornada con multitud de

pedras preciosas y perlas, reluciente de oro. Mostraba mesas cargadas de oro.

También existen relatos de que estos espíritus se aparecieron a algunos seguidores de Mahoma, adoptando la apariencia de ciertos santos en momentos de necesidad y angustia, ataviados con las vestiduras de los santos.

Sin embargo, los teólogos afirman unánimemente que estas apariciones no están compuestas de sustancia terrenal o acuosa. Esto no se debe a que carezcan de la capacidad de desaparecer de nuestra vista a voluntad, sino a que no pueden dispersar estas imágenes abruptamente sin revelar su esencia, como si fuera el poder de los propios espíritus. Esta revelación les impediría reaparecer.

Es incierto que puedan simplemente pensar o hablar para disipar estas apariciones, como algunos han sugerido.

Tal razonamiento es frívolo e inútil porque, en este contexto, su naturaleza no socaba su control; al contrario, se adhieren a él. Esto se debe a que estos dos elementos, por elementales que sean, no pueden persistir cuando no están en

un estado combinado, y no pueden soportar las características de estos espíritus.

Estas representaciones de entidades físicas, con la misma facilidad con la que se materializan, son condenadas y dispersadas por evaporación.

No controlan todos los elementos ni dictan su grado de movilidad, sino que los influyen parcialmente, asegurando que el orden natural se mantenga inalterado y se cumpla.

Por lo tanto, todos los efectos provenientes de seres superiores o benévolos solo se manifiestan con la participación de los ángeles y la aprobación de Dios.

Continuando con nuestra discusión: los demonios, a su discreción, asumen estas formas por voluntad propia.

Sin embargo, es esencial aclarar que no lo hacen simplemente manipulando el aire sutil y delicado que puede moldearse por color y forma, como algunos han creído erróneamente.

Tampoco proviene únicamente de una sustancia más densa, como otros han sugerido.

Como lo han dejado claro Escoto y algunas opiniones opuestas, se trata de una combinación de estos elementos, una mezcla incompleta de atributos activos y pasivos.

Existen bajo su propio aspecto celestial, asumiendo y combinando como les parece. Esto es una certeza.

Además, cuando los espíritus malignos se manifiestan, dejan un residuo sulfúrico y fétido, como muchos han experimentado, incluyéndome a mí mismo, mientras escribo esto. Mientras dormía, experimenté una prueba en este sentido.

Una noche, un incubo me oprimió, experimentando gran dificultad y pesadez. Me pareció agarrar algo suave con la mano, y al examinarlo, detecté un olor fétido intenso.

Era tan penetrante que rivalizaba incluso con mis experiencias en Pozzuoli.

Durante los dos días siguientes, sufrí la persistente pesadez de este olor cada vez que me sonaba la nariz.

A medida que los demonios adoptan estos cuerpos, asumen diversas

apariencias ante nuestros sentidos, alterando sus extremidades y adornándose con colores y formas a su antojo.

Parecen hacerlo con rapidez, a menudo inalcanzable para nuestra imaginación, ya sea presentándose con una especie de transparencia, haciéndolos completamente imperceptibles, o bien obstruyendo el medio a través del cual sus formas llegarían a nuestros ojos.

Obstruyen su propia imagen o las imaginaciones profundas donde todos los sentidos, externos e internos, quedan anulados. De esta manera, llevan a cabo sus acciones, manifestándose a través de diversos cuerpos, pero sin control real sobre las facultades sensoriales, ya sean negativas o sensitivas, del alma o sobre los aparentes miembros externos que asumen.

Por su propia naturaleza, carecen de la capacidad de moverse orgánicamente, ni poseen carne, como afirma la verdad, pues «Siente y ve, pues un espíritu no tiene huesos ni carne». Demuestran así que nada antinatural puede perdurar. Por lo tanto, los oídos, ojos y narices que adoptan no les sirven como a nosotros.

En cambio, los emplean de otra manera: para hacerse pasar por falsos humanos o para engañarnos con estos órganos sensoriales y confundirnos. En realidad, se parecen mucho a imágenes pintadas en una pared o estatuas talladas en mármol, pues los demonios no poseen órganos físicos ni un cuerpo entero; más bien, funcionan como una esponja o, más acertadamente, como un espejo que refleja las imágenes de las cosas, como Pselo y muchos otros han explicado a menudo.

Lo que parece actividad sensorial es, en realidad, el resultado de su intelecto y voluntad, como hemos afirmado constantemente.

Por eso, gracias a su conocimiento exhaustivo de todas las cosas, pueden deducir los detalles en orden inverso y realizar algunas tareas, de forma similar a como lo hacemos nosotros.

Es irrelevante que, cuando hablan, sus palabras no provoquen en nosotros señales físicas de respuestas emocionales, ni que, como nosotros, puedan manipular el aire mediante los pulmones, un mecanismo esencial para articular el habla mediante la exhalación y la inhalación.

Sus construcciones mentales tampoco se ajustan a nuestro modelo, y es irrelevante que sus sonidos, aunque no significativamente distintos de nuestras palabras articuladas, emanen de un cuerpo ficticio creado e introducido en el aire, para luego ser expulsado.

Lo manipulan para sus fines, permitiendo que el tacto y el impacto externos resuenen en los oídos humanos, realzando las voces humanas. La mayoría de las veces, lo logran dentro del propio oído.

De esta manera, Simónides, al ser llamado a salir de su casa, partió rápidamente justo antes de que se derrumbara, una huida verdaderamente notable y significativa de la multitud.

Sirve como un claro testimonio del profundo cuidado y sabiduría con que están dotados los individuos guiados por Dios. Además, los demonios no perciben nuestras voces como nosotros.

En cambio, emplean una facultad distintiva, aplicándola desde el ámbito de las ideas y su propia esencia, de forma similar al uso de otras habilidades, aunque de una manera diferente, adaptada a la idoneidad de su

naturaleza, superando nuestra capacidad de imaginación.

Por lo tanto, se hace evidente que cuando los demonios adoptan estas formas, sus acciones se limitan al ámbito del movimiento. Sin embargo, cuando se manifiestan con apariencia humana, un privilegio que Dios concede solo para la máxima utilidad, su principal intención no es infundir miedo, sino engañarnos. Su enfoque está diseñado para pillarnos desprevenidos, facilitándonos la consecución de sus deseos.

A menudo se presentan como desconocidos, figuras religiosas o incluso personas fallecidas de nuestras propias familias o conocidos, imitando sus apariencias y comportamientos.

Algunos poseen un resplandor misterioso, no por una contradicción de su naturaleza, al ser seres incorpóreos, sino más bien debido a transgresiones más atroces cometidas.

Se les conoce como los precursores de siniestras criaturas nocturnas, que se presentan de forma aterradora. Tienen la capacidad de apagar velas y antorchas encendidas con su aliento. Esta raza subterránea de demonios habita en

lugares ocultos y con frecuencia somete a los cuerpos humanos a sus efectos escalofriantes.

Otros no son reacios a la luz y aparecen tanto de día como de noche. No son tan formidables y se consideran espíritus aéreos.

A veces, se vuelven tan familiares y aparentemente domesticados con los humanos que imitan nuestro comportamiento fingiendo comer y beber, aunque en realidad solo rompen y consumen su propia sustancia.

Algunos creen erróneamente que en realidad consumen alimentos físicos, lo cual es un grave error. Hacen una falsa alusión a las opiniones de los talmudistas sobre Hazazele, a quien los cabalistas atribuyen el dominio sobre los cadáveres. Afirman que Hazazele consume la carne de los vivos y se deleita con los cuerpos de los difuntos, como documenta la tradición demoníaca.

Describen cómo dos individuos, Aisutus y Edmundus, quienes fueron amigos íntimos durante su vida y desearon vivir y morir juntos, hicieron un pacto.

Tras la muerte de uno de ellos, el otro fue encontrado vivo, pero parcialmente mutilado, junto al cuerpo del difunto.

Algunos platónicos también parecen afirmar una creencia similar, sugiriendo que estos espíritus a menudo devoran la carne de jóvenes y niños excepcionales.

Afirman que estos espíritus están impulsados por una furia insaciable y el deseo de realizar un acto divino mientras las víctimas están vivas, similar a las violentas transformaciones de cadáveres en bestias salvajes y perros molosos.

Quienes creen en estas afirmaciones se equibocan un poco porque, como se mencionó anteriormente, los demonios son incorpóreos y no tienen apetito por la comida como las criaturas corpóreas.

No debería sorprender a nadie que se deleiten con los cadáveres, ya que fueron maldecidos divinamente, tomando la forma de una serpiente, y estaban destinados a alimentarse de la tierra a lo largo de sus días.

Por lo tanto, se dice que el ángel Miguel disputó con un demonio por el cuerpo de Moisés. El ángel argumentó que el cuerpo le pertenecía, ya que Moisés se había ganado el privilegio de

ver el rostro de Dios y hablar con Él cara a cara.

Por consiguiente, es aún más apropiado que los demonios se abstengan de los cuerpos de los difuntos. Los antiguos padres establecieron la costumbre de rociar periódicamente sus tumbas con agua purificadora, creyendo que esto alejaba al gobernante de estos cuerpos (pues los cabalistas se refieren al diablo con este nombre).

Siempre que adoptan cuerpos, lo hacen gracias a su poder único, al igual que los ángeles.

Tienen la capacidad de transportarse sin esfuerzo a diferentes lugares desde donde tomaron su forma, ya que la materia, por su propia naturaleza, es móvil y puede experimentar cambios instantáneos según se les permita.

Enbueルト en estas apariencias engañosas, a menudo habitan zonas desoladas o casas específicas, especialmente aquellas famosas por sus maldades pasadas.

En estos lugares, buscan infundir miedo en la gente en todo momento. Como resultado, se escuchan con frecuencia apariciones aterradoras, voces escalofriantes y gritos lastimeros,

especialmente de noche y a ciertas horas, causando un terror considerable.

Una de estas horribles apariciones se manifestó al filósofo Arbenodoto en Atenas. Tenía una presencia amenazante y emitía un grito aterrador. Llevaba a cabo rituales como si honrara a ciertos espíritus difuntos, como si siguiera las costumbres supersticiosas de los pueblos paganos.

Insistió en persistir en esta práctica, considerándola sagrada y religiosa, y luego desapareció tras el entierro de los huesos. Por lo tanto, existe una razón válida para purificar continuamente estos lugares frecuentados por demonios mediante oraciones devotas y agua consagrada.

Esta es una tradición transmitida de nuestros antepasados, que debemos mantener tanto en nuestras creencias como en nuestra forma de vida.

Cuanto más cerca estaban los santos maestros de la época de Cristo, la verdadera fuente de toda bondad, con mayor razón se les considera poseedores de una mayor porción de la luz de la sabiduría divina que otros.

Además, dado que estos demonios no poseen todos el mismo poder, como se mencionó anteriormente, y aunque todos comparten una inclinación solo por la destrucción, sus malas acciones varían en magnitud.

Cuanto más malvados son, según la maldad que han cometido, con mayor fervor nos persiguen con sus malas intenciones, causando mayor daño según su fuerza.

En consecuencia, algunos de ellos vagan entre los humanos, causando daño únicamente mediante ilusiones y trucos.

No son particularmente malévolos, y la gente los encuentra con risas y diversión. Muchos de estos seres se observan en las montañas de Noruega y los bosques de Norland, donde numerosas montañas emiten llamas peculiares. A menudo, aullidos y gritos espeluznantes emanan de debajo del hielo, lo que lleva a muchos a especular que la entrada o salida del inframundo está cerca.

Estos espíritus, imitando la costumbre de los saludos amistosos, desaparecen repentinamente, frustrando a quienes intentan saludarlos. Algunos los llaman "bos" y se cree que temen el

castigo, salvo el daño o, como mínimo, una retribución futura.

También aparecen al simular las almas de los difuntos. Se dice que desaparecen al regresar al monte Hechlam, que emite continuamente llamas similares a las del Etna. Sin embargo, quienes parecen poco guerreros y pertenecen al rango más bajo entre los espíritus se perciben erróneamente como ángeles nacidos de la contaminación humana, al igual que la creencia talmudista en la existencia de los incubos. Se manifiestan en formas diminutas, parecidas a enanos, y emiten una luz tenue debido a su existencia. En su propia percepción, son similares a las estrellas.

Debido a la escasez de aire que habitan, son extremadamente fríos. Muchos han experimentado esto en sueños, y yo también los vi hace cuatro años en Nápoles. Mientras yacía en la cama, justo antes del amanecer, me invadió repentinamente esta aparición y extendí la mano para tocarla, esperando que estuviera fría como el hielo.

Para mi sorpresa, la sentí aún más fría de lo que esperaba.

Los griegos se refieren a estos espíritus como "efialtes", como si fueran jinetes montados sobre personas.

En latín, se les llama "incubos", derivado de "incumbere", porque presionan a las personas dormidas con tal fuerza que no pueden moverse, y mucho menos pedir ayuda.

En el dialecto toscano, a menudo se les llama "folletos", ya sea por su susceptibilidad al delirio o porque se dedican a otros engaños.

Los médicos atribuyen la causa de esta aflicción a su propia experiencia. Afirman que surge de una flema o melancolía más densa, que no se localiza en el cerebro, sino que se adhiere al corazón.

Cuando esta sustancia se hincha debido a la ingesta excesiva de alimentos o a la indigestión, presiona el diafragma y los pulmones, y el vapor denso asciende desde allí hasta la garganta y el cerebro.

Como resultado, la voz se ahoga, los sentidos y la mente se perturban, y visiones sombrías inundan la vista.

La mayoría de los médicos no atribuyen el fenómeno de los incubos a esta

causa, sino que suelen atribuirlo a ilusiones.

Esto es evidente cuando estos espectros perturban a varias personas simultáneamente en viviendas espaciosas.

Si, como se suele afirmar, rondan un lugar en lugar de a individuos específicos, pueden indicar algún mal que ya se ha cometido o está a punto de cometerse allí.

También hay otros que tienen la peculiaridad de destacar por su aparentar grandeza, como la santidad, la religiosidad y toda clase de bondad, en lugar de maldad.

A pesar de este engaño, su verdadera naturaleza es extremadamente malvada, ya que simulan virtudes mientras ocultan sus fraudes. En la antigüedad, se les llamaba "lares" porque solían frecuentar grandes salones.

Las sociedades antiguas, engañadas por estos seres, no dudaban en recurrir a diversos rituales y sacrificios para intentar ganarse su favor, empleando para ello el arte de Zoroastro.

En esta era profundamente cristiana, es crucial que el público desprevenido no caiga en la creencia de que estos

espíritus, al insinuarse a través de cierta familiaridad con amigos fallecidos, son las propias almas, cuando en realidad están engañando. Sin embargo, rara vez se van sin causar un gran daño, como se explicará más adelante.

Esto se alinea con su naturaleza, ya que constantemente infligen más daño con su partida del que prometen en su aparición inicial.

Si bien se destacan por engañar astutamente a quienes sufren, fingiendo ser la causa de su angustia, al partir, a menudo no dejan más que tristeza, pena e incluso rastros de extrema desesperación.

En cambio, los ángeles buenos brindan consuelo a todos los que encuentran desde el principio.

No niego que, a veces, estos espíritus puedan ser almas genuinas, apareciendo por permiso divino, ya sea como sombras de sus propios cuerpos o en cualquier forma que deseen; sin embargo, nuestra ayuda y asistencia son necesarias para que lo hagan.

Un ejemplo de esto se encuentra entre los galos, donde el alma de cierto William Coru se aparecía con frecuencia a su afligida y doliente viuda.

Finalmente, se vio obligada a responder mediante exorcismos realizados por el reverendo hermano Jean Gobo, quien buscó comprender por qué se aparecía, qué necesitaba y por qué la afligía de esa manera.

El alma ofreció muchas respuestas y, tras concederse algunas peticiones, dejó de aparecer. Se dice que algo similar ocurrió entre los apulianos, como testificó Bartolomé Sibila, quien afirmaba que un alma, debido a los pecados cometidos allí, sufría un sufrimiento prolongado.

Sin embargo, dado que los demonios suelen aparecer disfrazados de almas, se debe dar menos crédito a quienes hacen tales afirmaciones.

Por lo tanto, se debe proceder con cautela, recurriendo a protestas y abjuraciones para determinar si son espíritus benévolos o no, hasta que se rebele la verdad.

Utilizando este método, Satanás engañó una vez a una joven de Cassano, apareciéndose en la forma de San Francisco.

Cuando se descubrió el engaño y él dejó de obedecerla, ella sufrió tal tormento que asombró a todos los habitantes.

En la antigüedad, a estos espíritus se les llamaba a menudo "larvas" y "lémures", y con frecuencia causaban grandes perturbaciones a los viajeros.

Apolonio de Tiana se encontró con uno de ellos en la India mientras viajaba con su discípulo Damis. Al oír los silbidos y aullidos del espíritu alrededor de enormes rocas y profundos valles (habiendo sido advertido previamente por Damis sobre lo que le esperaba), Apolonio empleó una combinación de gritos, amenazas y contraataques, como si burlara al espíritu con su propia astucia, y logró expulsar y alejar a su compañero.

Se cree que esto lo hizo con la ayuda de demonios superiores con los que tenía una estrecha conexión, y con su ayuda, logró muchas otras hazañas que superaron las capacidades humanas.

Se observó que estos espíritus no huyen de las amenazas y los gritos como criaturas tímidas, como imaginan los platónicos, sino que este castigo les es infligido debido a su maldad.

Quienes adoran a los ídolos de Laponia y Sina, creyendo que ciertos demonios los protegen del resto de los espíritus, recurren con mayor frecuencia a los gritos e incluso a los azotes con varas si no han cumplido adecuadamente con su deber de protegerlos.

Cuando sus oraciones y promesas no dan los resultados deseados, atacan y maltratan a los ídolos.

Algunos han imitado este acto diabólico de los bárbaros en nuestros tiempos, cometiendo un crimen abominable al arrojar insensatamente las reliquias de los santos, e incluso la imagen del Santísimo, a los ríos, sin ningún respeto por su santidad.

Dejaron la imagen intencionalmente al aire libre por la noche para que se mojara, con la esperanza de atraer el rocío, y luego se la dieron a una mandrágora para que la comiera o se la ofrecieron a un asno. Si los humanos, en su depravación, la comían, blasfemaban horriblemente.

Este vil acto, a veces incluso cometido por cristianos, suele ser resultado de la ignorancia de ciertos pastores o de las vanas búsquedas de la filosofía, los estudios vanos de poetas, la indulgencia en festines y juergas, y,

desafortunadamente, la avaricia excesiva de algunos.

En este escenario, son como ovejas abandonadas a los lobos mientras los pastores lloran o están ocupados en otras cosas, dejándolos expuestos y vulnerables a la astucia de los demonios.

Lo que el devoto debería pedirle a Dios mediante oraciones fervientes, ayuno, limosna y penitencia sincera se le exige con fuerza mediante el abuso nefasto de reliquias y la superstición, una práctica no menos horrenda que las costumbres paganas.

Si siguiera el ejemplo de Moisés, quien endulzó las aguas amargas echándoles leña, puede respaldar este comportamiento.

Es evidente que este acto pretendía ser simbólico, reflejando su intención. Nuestra deidad verdadera y viviente, que no se basa en meras apariencias sino en la mente, no se conmueve ante las amenazas. Más bien, es sabido que responde a las oraciones piadosas, que el símbolo representa. Nuestra deidad verdadera y viviente suele inclinarse a conmoverse ante las oraciones de los devotos, especialmente cuando se

enfrenta a la obstinación de los desafiantes.

Además, existen ciertos demonios, más malévolos e impulsados por un deseo implacable de causar daño, que atacan a los transeúntes a distancia, sometiéndolos a terribles aflicciones y tormentos.

Son similares a los mencionados en el Evangelio, que causaron gran daño a los gerasenos, y a los registrados en las antiguas historias gentiles, que acarrearón numerosas calamidades sobre el renombrado pueblo de Téspis, en las costas de Britania.

Sus acciones fueron tan severas que abatieron a un número considerable de personas, como si hubieran transgredido las leyes de la hospitalidad.

De hecho, en ciertos lugares se han producido acontecimientos de gran asombro, donde se amplifica el poder de los demonios para cometer graves ofensas.

Dios permite estos sucesos para que las personas aprendan de ellos y se disuadan de cometer actos tan abominables.

El concepto del Tártaro, que representa el castigo por los pecados, no es una mera superstición, como se cree que existe en algunas regiones.

Gracias a estas graves transgresiones, pueden adquirir conocimiento y desistir.

Por otro lado, algunos demonios están tan imbuidos de falsedad que tienden a decir mentiras sin razón aparente. Estos espíritus engañosos no son dignos de admiración. En su presencia, ejercen su influencia sobre los pecadores, como si fueran sus títeres, como se describe en el Antiguo Testamento.

Por ejemplo, leemos sobre espíritus engañadores enviados para extrabiar a los egipcios y espíritus enviados para vengarse del rey Acab de Israel por boca de falsos profetas. También hay relatos de espíritus que siembran enemistad entre Abimelec y los hombres de Siquem.

Además, los mismos lugares habitados por estos demonios pueden contaminar y corromper a las personas por contacto, de forma similar a como las arpías de la Eneida contaminaban y perturbaban a las abes del Estínfalo, transformando a cualquiera que pasara por allí en un lunático delirante.

Un suceso similar ocurrió no hace mucho tiempo en Roma, dentro de un orfanato donde, en una sola noche, más de cincuenta niñas fueron poseídas por demonios. También hay otros, tanto entre animales brutos como humanos, que, afligidos y poseídos por una disposición melancólica, que a menudo consideran un instrumento adecuado para tan vergonzosos y miserables propósitos, se acostumbran a usarla de esta manera vil y miserable.

Como resultado, durante sus períodos de descanso, experimentan visiones aterradoras y dolorosas.

Cuando están despiertos, los atormentan pensamientos impuros, ansiedades excesivas, palabras obscenas y actos malvados que brotan con frecuencia. Así, estos cuerpos se convierten en la morada de los demonios, destinados a ser templos de Dios.

Sin embargo, estos demonios no solo invaden la sangre de los animales, sino que también se infiltran en la morada de las almas y los espíritus formados a partir de los cuerpos, como si percibieran allí algún tipo de consuelo, como si fuera corpóreo, debido al calor vital que ofrece.

Esta perspectiva fue sostenida por ciertos platónicos, y en particular por Pselo, a pesar de que estos demonios son genuinamente incorpóreos y no tienen una conexión real con nuestros cuerpos. Más bien, parece que, al habitar en los humanos, experimentan una especie de rejuvenecimiento mediante la posesión de cuerpos.

Al hacerlo, nos infligen más daño y castigos severos, ejerciendo este poder sobre nosotros como si fuera su derecho. Lo hacen en respuesta a la transgresión de Adán y a nuestros pecados cotidianos.

En consecuencia, contaminan la carne, rechazan al Señor, maldicen la majestad divina, corrompen los espíritus del cerebro, distorsionan las acciones y, en última instancia, alteran los cuerpos hasta tal punto que pueden distinguirse fácilmente de los demás por sus ojos contorsionados y su rigidez.

Al ocupar cuerpos humanos de esta manera, reclaman la sustancia corpórea y no entran por una caída, como lo harían a través de un contacto sombrío. Nunca pueden dejar de participar en acciones perwersas, si no por voluntad

propia, ciertamente dentro de su capacidad.

Cuando poseen a alguien, no solo infligen los daños mencionados, sino que van más allá. Sin embargo, no atormentan a sus víctimas continuamente, ya que esto conduciría a su destrucción total.

En cambio, emplean tormentos intermitentes, perturbando sus pensamientos y privándolas de sus sentidos. Para lograrlo, suelen emplear una táctica engañosa: fingen ser las almas de personajes ilustres ejecutados por algún crimen extraordinario.

Este engaño ha llevado a algunos filósofos pitagóricos y magos persas a abrazar la creencia en la transmigración de las almas.

El propio Pitágoras, el filósofo más destacado de su época en Italia, defendió abiertamente esta creencia y prefirió ser conocido como filósofo antes que como sabio. Instruyó a sus discípulos a hacer juramento por la Tetractys y a guardar silencio, entendiendo el nombre de Dios a través de esta pronunciación.

Mediante este juramento, pretendía extraer de sus discípulos al verdadero

Dios, influenciado por la instigación de los demonios.

Apolonio de Tiana también aceptó la doctrina de la transmigración de las almas, conocida como "ΠΕΤΟ Ίουβ". En su búsqueda de sabiduría, se relacionó con los gimnosofistas y brahmanes, al igual que Demócrito, Platón, los egipcios, los caldeos y otros.

Los persuadió presentándoles un león que, según él, estaba poseído por estos espíritus, animándolos a creer que Amasis contenía el alma de un difunto. Esperaba que, al promover esta creencia, evitaría que las mujeres fueran engañadas en su época. Estas mujeres, convencidas de poder percibir los espíritus de ciertos difuntos, creían poder descubrir los secretos de quienes representaban.

También creían poder revelar los misterios de quienes habían cometido asesinatos y buscaban diversos beneficios aparentes.

Se mantubieron firmes en esta idea, convencidos de la existencia de las almas a las que se referían.

Nunca puede darse el caso de que estas almas existan realmente, y no tienen

poder para oprimir a nadie después de abandonar el cuerpo. Según los teólogos,

una vez que el alma abandona el cuerpo, se enfrenta al escrutinio inmediato de Miguel y el demonio de la pesadez de la mano izquierda.

Este escrutinio puede resultar en tormento eterno si el alma es hallada incompleta o en ser colocada a la derecha con un ángel para soportar un sufrimiento temporal. Alternativamente, el alma puede ascender según su naturaleza inherente, contemplando a Dios por toda la eternidad.

Es importante señalar que, aparte de la fuerza que anima el cuerpo, ninguna otra entidad posee el poder de moverlo con mayor fuerza. El alma y la forma no pueden coexistir simultáneamente en un cuerpo, ya que una sirve como motivadora mientras que la otra encarna la forma. Por lo tanto, si buscan secretos ocultos o alguna forma de bien, es irrelevante.

La naturaleza de la maldad es tal que los demonios la conocen bien y a menudo se disfrazan de otra cosa.

Por lo tanto, la obra de estos espíritus engañosos, especialmente aquellos a quienes la voluntad de Dios les permite

permanecer entre nosotros, tiene como objetivo evitar la ociosidad y, en cambio, fomentar el debate continuo con ellos.

El objetivo final es lograr una victoria gozosa y, con mayor mérito, alcanzar la vida eterna. De hecho, estos espíritus, al entrar incluso en animales, rara vez dejan de cometer grandes maldades, como lo demuestra el ejemplo de los cerdos del Evangelio, quienes, antes de recibir tal poder, fueron arrojados de cabeza al mar cercano por el Señor.

A veces infligen gran daño, incluso la muerte, a los humanos, como lo demuestran sus acciones documentadas en textos como el *Malleus Maleficarum* y *Etor*.

Un incidente notable involucra a Jerfos, quien sometió al profeta Eliseo a diversas indignidades y humillaciones.

Incluso despedazaron a los niños que se burlaban de él y desataron leones contra los samaritanos que no adoraban al Dios del cielo según sus costumbres.

Además, existe otro relato de un león feroz que se abstuvo de atacar a un hombre justo que no cumplió los mandamientos de Dios como se esperaba.

Este león solo se fue cuando el hombre notó que lo miraba.

Finalmente, en un suceso inquietante, tomaron la forma de lobos cerca de Viena, lo que siempre se consideró una señal ominosa en la antigüedad. Esto provocó la muerte y la destrucción de muchos humanos, lo que impulsó al obispo Mamercus a establecer súplicas para apaciguar a Dios y prevenir desastres inminentes.

Eventos similares ocurrieron en varios lugares, involucrando espíritus que habitaban en el ganado, los cuales sirvieron como instrumentos de demonios y llevaron al derramamiento de sangre humana.

En consecuencia, todos los involucrados, incluyendo la serpiente antigua, enfrentaron el castigo del justo juicio de Dios.

Además, los espíritus de los apóstatas persisten en cometer atrocidades similares, e incluso más atroces, día tras día.

Serían reprimidos por el poder divino y la fuerza de los ángeles si no fuera por ciertos individuos poseídos, conocidos en griego como "energúmenos".

Los cuerpos de estos individuos son utilizados de manera maléfica y vergonzosa para dañar a otros. Sin embargo, es esencial señalar que no todos los espíritus son igualmente problemáticos y malévolos, como se mencionó anteriormente.

Se aprovechan de los pecados de los poseídos, cuya gravedad varía considerablemente.

Además, la maldad y el poder de los demonios que habitan en estos individuos varían. De acuerdo con el juicio justo de Dios, a algunos demonios se les permite causar más daño a una persona que a otra, dependiendo de la naturaleza de sus transgresiones.

Por eso, en esta vida, algunas personas pueden no parecer afligidas y, en cambio, parecen disfrutar de tranquilidad y felicidad, aunque en el más allá se enfrentarán a un castigo perpetuo y eterno.

Estos endemoniados, a veces tan violentamente agitados por la furia de los espíritus poseedores, están tan perturbados que una persona, incluso robusta, difícilmente puede evitar causar

daño a otros cuando está rodeada de tres o cuatro de ellos.

Estos espíritus pueden hacer temblar de miedo a otros, inflando las extremidades de algunos a voluntad y ordenándoles que profieran maldiciones al azar.

He presenciado personalmente a una mujer poseída tan audaz que no podía mirar a nadie sin proferir abiertamente insultos ocultos y diversas ignominias, lo que podría haber tenido consecuencias indeseables.

En consecuencia, creció una fuerte sospecha, y solo quienes ya se habían confesado se atrevieron a acercarse a ella.

Los que se habían confesado recientemente y eran miembros del clero eran los únicos a salvo de su influencia. Esto ilustra que los pecados, que los herejes denigran injustamente como simples sacramentos, están, en efecto, ocultos y disimulados de los demonios.

Al observar esto, el Profeta real, inspirado por el espíritu divino, exclamó con gran emoción: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas y cuyos pecados son cubiertos».

De esta manera, infligen gran sufrimiento a los poseídos, dejándolos mudos, como se desprende del Evangelio, donde leemos sobre la expulsión del demonio mudo.

También les atan la lengua y les ciegan los ojos, impidiéndoles ofrecer alabanzas a Dios, ver objetos sagrados, sumergirse en agua bendita o ungirse las manos. Mantienen cautivas el resto de sus facultades.

Presencíé esto personalmente en una mujer de Macherata en el año 1579, en Confluentes, un pueblo de Calabria.

Había viajado allí con el sincero deseo de presenciar los milagros atribuidos a la Santísima Virgen, quien se creía inmaculada.

Durante mi estancia de tres días, no puedo enfatizar lo suficiente los milagros que presencié.

Una persona con hernia fue sanada, una persona afligida por una enfermedad de larga duración recuperó la salud, y otra que sufría de gota fue curada.

Vi a una persona muda recuperar el habla, a personas paralizadas ponerse de

pie y a muchas personas cojas recuperar la movilidad.

Planeo analizar estos notables acontecimientos con más detalle en otra ocasión, ya que sería más apropiado.

Volviendo a mi punto original, cabe destacar que múltiples espíritus de este tipo pueden habitar en el mismo individuo poseído, ejerciendo diversas formas de malevolencia.

Por eso se usó el término "legión" para describir la multitud de demonios que habitan en el poseído.

Por otro lado, engañan a algunas ancianas vulnerables y a niños ingenuos, convenciéndolos de que en noches específicas y bajo ciertas condiciones, las almas abandonan sus cuerpos para unirse a los difuntos. Este engaño surge únicamente de la influencia engañosa de los demonios, que corrompe sus mentes mediante su incredulidad.

Algunas mujeres de la gente común y crédula adoptan estas creencias y hacen predicciones sobre la muerte de ciertos individuos.

En ocasiones, estas predicciones se cumplen por casualidad. Sin embargo, es difícil exagerar la magnitud de la red

de errores que teje esta creencia infundada y errónea, que los propios demonios promueven mediante engaños. Algunos incluso afirman que se trata de sus propias almas, una noción que no puede afirmarse de forma realista ni veraz.

Todo se deriva de los engaños de los demonios que distorsionan su imaginación. Lamentablemente, este error también se ha infiltrado en las mentes de personas que no pertenecen a la gente común.

Hace muchos años, un suceso similar ocurrió en Fossombrone, donde algunas personas cayeron presas de las pasiones e ilusiones forjadas por los demonios.

Entre ellos, un individuo llamado Maestro Antonio de Carolei, famoso por su veracidad y rectitud, quedó tan atrapado por esta condición que a menudo decía verdades en lugar de falsedades, especialmente en relación con ciertas personas cercanas a la muerte.

El reverendo sacerdote Giovanni Antonio Anania, hombre virtuoso y diligente, reconoció la situación e intentó persuadir a este desafortunado hombre, atormentado por una creencia errónea, para que se distanciara de ella. Enfatizó

que no se trataba de las almas de los difuntos, sino de demonios. Al creer en estos espíritus engañosos, pecó gravemente contra Dios.

Por lo tanto, con la salvación de Dios y su propia alma en juego, imploró a su amigo. Le pidió que, en previsión de los futuros ataques de estos demonios (pues los preveía), o cuando comenzaran a atormentarlo, no cediera más a su influencia.

Profesó solemnemente que debía orar fervientemente a Dios, haciendo votos fervientes para liberarse de esta ilusión diabólica y de la red de engaños.

El hombre, profundamente conmovido por estas desesperadas súplicas, creyó y prometió solemnemente hacer todo lo posible por obedecer.

Recibió del respetado clérigo una cera especial y una imagen consagrada conocida como el "Cordero de Dios" con un corazón alegre, luego regresó a casa.

Cuando llegó el día habitual, en el que previamente había sido atormentado por estas ilusiones, y no fue dominado por ellas, dio gracias a Dios con inmensa alegría por esta bendición.

Sin embargo, otro día y a una hora inesperada, pues no todos los días de la semana eran iguales, sino que, debido a un mayor desprecio por Dios y a su propia vergüenza, estas artimañas demoníacas lo asaltaron el martes y el jueves, una vez más se enfrentó a la recurrente aflicción de estos espíritus inmundos.

Reconociendo las señales y lleno de profunda tristeza y dolor, clamó con vehemencia.

Confesó que nunca tubo la intención de aliarse con estos espíritus rebeldes e impíos. Casi todos los miembros de su familia, que no eran pocos, corrieron a su lado al oír sus gritos, pues conocían bien la situación. Narró el incidente sistemáticamente y, con muchas palabras, explicó que se había librado por completo de él. Él expresó su más profunda gratitud a Dios.

Al comprender esto, yo mismo, deseoso de investigar estos asuntos de primera mano, frecuenté a cierto hombre sencillo e ingenuo que, según se rumoreaba, había sido afligido por este engaño.

De él obtube información, parte de la cual, sin embargo, no coincidía con los eventos tal como él los había descrito inicialmente, a pesar de haber

compartido muchos otros sucesos verdaderos.

Más tarde, cuando nos encontramos por casualidad, le pregunté: "¿Has contactado conmigo recientemente o has sido engañado por el diablo?"

"Claro que no", respondió. "Porque su cálculo del tiempo difiere del nuestro. Sus días, semanas, meses y años a menudo son más largos de lo que calculamos".

¿Qué más puedo decir? Llegué a aprender muchas creencias peculiares sobre el tiempo angélico, que descubrí que no eran más que puros disparates.

Me dejó profundamente atónito darme cuenta de que este pobre hombre desconocía las diferencias entre los lupinos, como se les conoce comúnmente.

De igual manera, entre los lapones, la mayoría de los cuales aún practican el culto al fuego y creen que, mediante encantamientos mágicos y golpes específicos, incluso con la ayuda de criaturas como ranas o serpientes, pueden vislumbrar verdades ocultas de aquellos a quienes buscan información.

Tristemente, creen que cuando estas criaturas yacen sin vida, sus almas errantes emergen, como el cuervo de Armónocrates de Clazómenas.

Creen que estas almas salen de sus cuerpos, lo que da lugar a numerosos cuentos y a la atribución de señales deseadas.

Sin embargo, todas estas nociones provienen de las artimañas de los demonios que manipulan su imaginación.

Del mismo modo, entre los cumanos, habitantes del Nuevo Mundo, que caen bajo el dominio de lo Oculto, el nombre que usan para los demonios en su lengua secreta, conocido por los españoles y sus sacerdotes como "Piaches".

Estas personas realizan elaborados actos de expiación, convencidos de su necesidad.

Espíritus malignos, impulsados por su intensa malicia y un deseo incesante de causar daño, parecen vagar incesantemente, devorando a cualquiera que encuentren, como leones voraces.

Estas entidades no solo incitan a los individuos a oprimir a otros, sino que también se esfuerzan incansablemente por frustrar el propósito eterno del Dios Todopoderoso siempre que es posible.

Incluso manipulan los propios elementos, imbuyendo de poder a estas fuerzas, por lo demás lentas e inertes, estableciendo un refugio para su maldad y abusando así del poder divino que les ha sido otorgado.

Através de estos elementos, diligentemente y con frecuencia, logran obtener honores y adoración divina de diversas naciones. Al exhibir asombrosos prodigios derivados de estos elementos, estos espíritus malignos logran engañar a las naciones que están muy alejadas del conocimiento del Dios verdadero.

Como resultado, la gente, fascinada por estas exhibiciones, crea una multitud de dioses y deidades, cada uno alineado con las distintas regiones de donde provienen estos prodigios. En

consecuencia, a estos espíritus se les atribuyen diversos títulos, como dioses celestiales, seres etéreos, héroes, entidades marinas, espíritus terrestres, espíritus de fuentes, espíritus de ríos, driades, hamadriades, ninfas, oréades e incluso la apariencia de niñas, un concepto notablemente ausente del Antiguo Testamento debido a su imperfección.

Por esta razón, también se les excluye del sacerdocio. En contraste, se les representa como ángeles, similar a la creencia del Nuevo Testamento de que la Virgen María, dotada de la gracia suprema, posee una forma femenina, que se distingue no por su naturaleza, sino por su excepcional ternura.

En un nuevo intento por engañar y desorientar, estas entidades malévolas adoptan la apariencia de dioses y diosas, reflejando los relatos de los poetas, en particular los relativos a las míticas seiscientas nobias celestiales.

Además, estos astutos espíritus, que a menudo asumen la apariencia de ninfas, sobre todo entre los viornos y los finlandeses, interceden ocasionalmente en favor de los humanos.

Al igual que los espíritus domésticos, protegen a las personas de diversas desgracias, a las que todos somos vulnerables, como ilustra el relato de Saxo Grammaticus.

Cuenta la historia de un tal Frontón que, gracias a estos espíritus, permaneció inmune a cualquier arma o hierro.

Estos espíritus son conocidos por varios nombres, como Celesti, Penates, Lares, Indigetes, Semidei, Sumani, Cabiri, Curetes, Coribantes, Telchines, Anthidei, Patellarii, Medioxumi, Anculi y, en la lengua de los driopes, Pappi.

En tiempos antiguos, estos ángeles engañosos eran convocados a Roma o se manifestaban a través de estatuas, como se dice que ocurrió en Veyes.

Se creía que la luz divina brilló en el momento de la partida de Adán y, de acuerdo con las señales reveladas por los ángeles y predichas por los profetas, toda la oscuridad se disipó, iluminando el mundo entero gracias a la victoria alcanzada por Pablo y Pedro, los dos faros del mundo, mediante su propio sacrificio.

Desde este punto, todas las doctrinas sagradas de la religión se extendieron a lugares donde la oscuridad era más profunda, y el resplandor de esta luz se abriría paso sin duda, aunque no pudiera rebelarse abiertamente debido al temor a los tiranos, hasta la aparición del hijo de la iniquidad, quien traería su misteriosa malevolencia al mundo.

Continuando con el resto: Entre estos espíritus, un número significativo opera bajo el manto de la noche, residiendo en cámaras ocultas y en lugares descritos como húmedos, razón por la cual, según se dice, nuestro Salvador, Jesús, el Salvador del mundo, se negó a beber el vinagre que se le ofrecía en una caña.

Otros se involucran con frecuencia en violentas tormentas y tormentas eléctricas, orquestando sus fechorías lanzando poderosos rayos.

Para asegurar que sus ataques sean precisos y no esporádicos, ya que se originan en el movimiento natural de las estrellas, apuntan directamente. En consecuencia, abaten y a menudo matan incluso a quienes se encuentran en los valles más profundos, por no hablar de las cimas de las montañas más altas.

Se registraron sobrevivientes de estos ataques en la antigüedad, y esto fue resultado de la extraordinaria providencia de Dios y la astucia de los demonios, como se explicará más adelante.

Además, cuando se abecinan grandes calamidades, estos espíritus suelen exhibir diversos prodigios, como si se deleitaran con estas desgracias.

Esto ocurrió hace no muchos años entre los germanos, quienes tenían la costumbre de teñir sus vestimentas con diversas cruces, según lo permitía la tela de sus ropas, casi como si usaran tonos rojo sangre, todas las mañanas durante todo un mes.

Entre los insubres, antes de que los galos fueran expulsados de Italia, se dice que incluso llobían grandes piedras, como también ocurrió hace casi treinta años cerca de Sinola, en el Nuevo Mundo.

Los españoles suelen relatar impactos aterradores de armas de guerra atribuidos a estos espíritus. En el año en que escribo esto, el fenómeno se ha atribuido ampliamente a un volcán, pero esta es una atribución falsa, según me parece.

Es evidente que estos sonidos ocurren con mucha más frecuencia, se escuchan desde todas las direcciones, ya sea cerca o lejos, y con mucha mayor regularidad que las erupciones volcánicas, ya que resuenan en diversos lugares.

Las ilusiones creadas por demonios en el aire, que analizaremos con más detalle en otro lugar, se han atribuido a diversos autores.

También existen relatos históricos de ejércitos celestiales, como el que se presenció en el cielo durante la época de los Macabeos en Jerusalén y antes del asedio liderado por Tito.

Un suceso similar ocurrió hace unos cincuenta años entre los cimbrios, concretamente en Sleufuici, y en Apulia antes de la llegada de Carlos VIII.

Otro caso tubo lugar entre los sármatas en Cracobia, donde se vio a un monje en una competencia con el rey, que finalmente cedió.

Más recientemente, se observó un fenómeno similar en México poco antes de su conquista. Hace unos cinco años, durante los casi seis meses previos al

asedio de Tama en Turquía, se produjo un fenómeno similar.

La ciudad se conocía anteriormente como Nicópolis, como insinuaron los poetas en sus relatos de diversas batallas y luchas divinas durante la caída de Troya.

En el pasado, durante las guerras cimbrias, los historiadores obserbaron que el choque de armas y el relincho de los caballos presagiaban guerras civiles, e incluso el mugido de un buey era visto como un presagio.

También existen relatos de espíritus que producen sonidos parecidos a tambores entre los mercaderes que nabegan hacia Catay.

Estos sucesos se reportan con frecuencia en Lopus, una región excepcionalmente desolada, ahora conocida como un paso particular de Imaus.

Algunos afirman escuchar a estos mismos espíritus tocando trompetas en desiertos árabes específicos.

Un escritor confiable, Marco Véneto, atestigua que cerca de los desiertos de Carmania y Corasmia, más allá de la

provincia del Cáucaso, la oscuridad es tan densa que parece ser de noche al mediodía.

No es del todo sorprendente que estos espíritus se manifiesten a menudo en lugares remotos y desolados.

Algunos de estos espíritus han sido atados por la intervención de ángeles, impidiéndoles causar daño en ciertos momentos, de forma similar a como el ángel Rafael ató al demonio que afligía a Sara en el Alto Egipto, como atestiguan las Sagradas Escrituras.

Estos espíritus también tienden a manifestar otros fenómenos extraordinarios en la atmósfera, como antorchas, lámparas, rayos, bolas de fuego y abismos.

En ocasiones, incluso crean la ilusión de que las estrellas e incluso la propia luna caen del cielo mediante engaños, como encontramos en los escritos de poetas sobre las hazañas de los hechiceros tesalios.

Relatos similares se encuentran en fábulas árabes sobre los actos de Mahoma, un mago notablemente nefasto, que convirtió la luna en un símbolo de su secta.

Han retratado todos estos sucesos como ilusiones y fantasmas ante el público, llevando a la gente común a creer que han presenciado estos eventos, a pesar de ser más fantásticos que lo que supuestamente ocurrió en Saggara, como dice el refrán.

En este contexto, los poetas antiguos no escatimaron en su oficio, describiendo cómo los encantamientos podían hacer descender la luna del cielo, y la luna, en su lucha, intenta descender, incluso intentando atraerla mediante canciones, solo para ser frustrada por los altares.

El marcado contraste entre esta narrativa y la realidad radica en que, por muchos esfuerzos que hagan, los demonios nunca pueden alterar el orden natural.

Sin mencionar que la luna, debido a su naturaleza celestial, jamás podría caer, pues el cielo, del que forma parte, no posee peso ni masa. Si descendiera sobre la Tierra, perturbaría la exquisita armonía del universo, que no tiene ningún propósito para ninguna criatura.

Solo Dios, autor y creador de toda la naturaleza, posee el poder de alterarla a su voluntad.

Por eso, aunque los espíritus malignos puedan transgredir los límites naturales, no pueden alterarlos ni destruirlos por completo. De ahí el intento de Satanás de probar si Jesús, el verdadero Hijo de Dios, podía transformar las piedras en pan.

Además, entre los espíritus que habitan los reinos acuáticos, hay muchos a los que los griegos llaman «Pan» y los galos «Dufios».

Se dice que estas entidades a menudo se transforman en incubos y súcubos, y afirman que esta unión impía comenzó mucho antes de la época de Noé, cuando surgieron tales relatos.

Algunos incluso creen que esta abominable relación sexual es anterior al Diluvio Universal.

La idea es que espíritus impuros, parecidos a toros, se infiltraron en mujeres sumamente lascivas y libertinas a través de los hijos de Dios, quienes se aliaron con las hijas de los hombres.

Se creía que esto ocurría debido a las astutas maquinaciones de los demonios,

quienes, al mezclarse frecuentemente con los humanos, formaron una estrecha relación con ellos.

En consecuencia, a muchos dioses falsos se les llamó erróneamente "hijos de Dios", aunque sería inverosímil que estos espíritus, a quienes se identifica más a menudo como demoníacos, fueran así. Sin embargo, estos espíritus posteriormente adquirieron notoriedad por ciertas prodigiosas hazañas y, a pesar de sus crímenes y atrocidades, fueron elevados a la categoría divina mediante la apoteosis.

La gente entonces buscaba su ayuda en momentos de necesidad, como si fueran deidades.

Con el tiempo, esta locura, fruto de la influencia demoníaca, condujo a la profanación no solo de criaturas mudas y reptiles, cuadrúpedos y todos los animales terrestres y anfibios, sino también de frutas, flores, hierbas, gemas, perlas, metales y demás.

Incluso la carne de los seres humanos, creados a imagen de Dios y consagrados como templos de Dios, fue malbadamente consagrada a estos ídolos inmundos y pecaminosos, lo que resultó en su vergonzosa destrucción.

En consecuencia, en ocasiones han ocurrido sucesos verdaderamente asombrosos, con el permiso de Dios.

A través de estas apariciones (así se les llama a veces a estos espíritus cuando aparecen en forma de fantasmas o semejanzas corpóreas), mujeres, e incluso niños, han sido ampliamente seducidos, cometiendo un crimen horrendo que ni siquiera la mayoría de ellos ha cometido debido a su excelencia natural.

A veces fueron engañados hasta el punto de creer en muchas cosas inverosímiles, como la idea de que de esta unión impía entre espíritus y humanos nacieron héroes como si fueran de dos especies diferentes, similares a las mulas.

Es importante señalar que los espíritus no pueden emitir nada de sí mismos a las mujeres, como algunos platónicos imaginan falsamente, pero se unen de tal manera que esta unión perversa ha desviado a las naciones del camino recto.

Esta unión detestable y vergonzosa continúa hasta nuestros días, con demonios engañando a las naciones.

Algunos lamentan la pérdida de ciertas mujeres e incluso de algunos seres humanos, quienes, de hecho, son víctimas lamentables.

Es una grave desviación de la racionalidad que los seres humanos, obligados por Cristo mediante el bautismo o el juramento, se esclavicen hasta tal punto por las tentaciones de estas furias infernales que sus almas quedan expuestas a un peligro extremo, enfrentando la condenación eterna debido a las causas de estas seducciones demoníacas.

Para engañar a estas desafortunadas mujeres con sus astutas artimañas, los demonios reclutan a mujeres particulares, inflamadas por un intenso deseo.

Estas mujeres, atrapadas por la engañosa seducción de estos demonios, son conocidas entre los eruditos como lamias.

Se ganan este apelativo ya sea por su parecido con cierto monstruo o por su aspecto de niña. El resto, ya sean criaturas bestiales o de cierta especie demoníaca, se alimentan de la sangre de niños.

Los poetas también han hecho observaciones al respecto. Por eso, Horacio dice: , "Para que no les sea arrancado un niño vivo de sus vientres hinchados.

Ah, aquellos que se inflaman con las llamas más feroces del deseo, aún más que si estuvieran unidos a la juventud más vigorosa, arden, aunque sin liberar la semilla".

Sin embargo, se ha confesado que en algunos casos de esta perversa unión, al ser descubierta, se obtuvo mediante un arte particular o se extorsionó a los hombres, pues estos demonios emplean a individuos de ambos sexos.

Sin embargo, aunque no pueden dirigir este semen cuando es necesario para la formación de nervios, venas, arterias y huesos, en los que Dios tiene mínima participación, bajo cierta disposición de la naturaleza e influencia directa del cielo, no se puede negar que algunos son engendrados, y la mayoría de los nacidos nacen de él.

Si bien estos individuos no son genuinamente propagados de espíritus, han adquirido conocimiento de sus engañosas artimañas.

Afirman que Eneas nació de Venus y Anquises, Baco de Júpiter y Semele, Rómulo de Marte y muchos otros héroes antiguos. Incluyen a seiscientos individuos que, según dicen, fueron concebidos de manera similar.

Por ejemplo, se dice que Alejandro Magno fue concebido de una serpiente, al igual que los sacerdotes de Amón. Incluso el emperador Nerón, según algunos, fue concebido de un dragón.

Esta creencia es similar a los anales británicos, que narran historias de Merlín, y a los mitos japoneses sobre su propia Xaca. Muchos de estos personajes han sido autores de idolatría y herejía, incluyendo a Lutero, el archihereje, y Mahoma.

Por lo tanto, como consecuencia del maravilloso juicio y providencia de Dios, cuando nacen estos individuos, no solo faltan los acontecimientos buenos y alegres habituales, típicos de los cumpleaños de los santos de Dios, sino que, en cambio, se producen una miríada de males desafortunados y horrendos, acompañados de prodigios. Estos individuos son aún más temidos y temidos porque sus vidas y acciones son más pestilentes, y la gente debe protegerse de ellos como si fueran el veneno espiritual más venenoso.

En esta unión impía, los demonios a veces se relacionan coercitivamente con mujeres renuentes y desafortunadas.

Sin embargo, obtienen especial satisfacción de las mujeres que albergan pensamientos impuros y los expresan abiertamente a través de diversas acciones externas.

Estas mujeres se peinan con intrincados detalles y se esfuerzan mucho en adornarse con piedras preciosas y perlas, maquillarse el rostro y modificar la forma de las cejas, cambiando constantemente su apariencia.

Por ello, no en vano se les instruye a las mujeres a entrar en los templos con la cabeza cubierta, ya que a menudo cautiban y tientan aún más a los demás cuando se presentan de forma muy adornada y engañosa. Por lo tanto, estos repugnantes y aterradores espectros de demonios deberían incurrir en castigo.

No es de extrañar que la sabiduría divina se ofenda tanto por esta transgresión, donde rostros, labrados con arte divino, son profanados vergonzosamente.

Además, junto con su lujuria insaciable, los demonios, en colaboración con algunos jóvenes y doncellas excepcionalmente hermosas, a menudo participan en actividades inmorales, como

es sabido, tal como está documentado en la historia de Escocia: hace unos años, una joven de noble cuna, reconocida por su belleza, se opuso vehementemente al matrimonio y se descubrió que estaba embarazada.

Cuando sus padres indagaron diligentemente sobre la identidad del responsable de este escándalo, la propia joven admitió con valentía haber mantenido relaciones sexuales, día y noche, con un joven no identificado, sin saber nada sobre su origen ni identidad.

Los padres se sintieron profundamente angustiados cuando un sirviente les informó que cierto hombre se encontraba en la habitación de su hija. Sin demora, acudieron al lugar, con antorchas, pues era de noche.

Tras abrir las puertas selladas, se encontraron con una visión horrible e inimaginable que desafiaba toda creencia humana, particularmente escalofriante al ver al hombre separarse de su hija, emitiendo olores nauseabundos. Llamaron urgentemente a un sacerdote virtuoso, conocido por su carácter recto, quien, mientras recitaba el Evangelio de San Juan, pronunció las palabras: «El Verbo se hizo carne».

Al instante, un demonio colosal y aterrador se materializó con un rugido ensordecedor, infundiendo un terror inmenso, y luego desapareció, dejando el techo de la habitación al descubierto (como era su costumbre).

Lamentablemente, tres días después, esta desafortunada mujer dio a luz a un hijo igualmente monstruoso. Para evitar que se criara en la familia, construyeron una pira y la incineraron, siguiendo la tradición.

Un incidente similar se relata en Garothea, donde una súcubo, disfrazada de una joven deslumbrantemente hermosa, se acercó a un adolescente, buscando atraparlo con sus abrazos.

Al recibir información fidedigna sobre este asunto, el obispo local aconsejó encarecidamente al joven que llevara una vida cristiana mediante la oración, el ayuno y el arrepentimiento, y que cambiara de residencia.

Siguiendo obedientemente estas instrucciones, el joven se liberó de las siniestras insinuaciones de esa aparición.

Tiene un significado particular e implica un cambio de nombre debido a una propiedad oculta asociada con los

ángeles, que se cree que puede ser influenciada con mayor eficacia. Podemos observar esto en los ejemplos de Abraham y Sara, así como en el de Isaac, quien, según los cabalistas, cambió su nombre a Isaac para progresar en la bondad, especialmente en la región sur, donde sabía que un ángel lo favorecía. Se dice que un caso similar ocurrió hace no más de veinte años, relacionado con cierto filósofo de Corinto, Apolonio de Tiana.

Me he abstenido de mencionar su nombre, ya que los ejemplos contemporáneos suelen suscitar objeciones.

En cuanto a estos encuentros impuros, los demonios siempre tienen sus cuerpos ocultos y velados en una forma corpórea, siguiendo su práctica habitual.

Un relato similar se transmite desde Forthea, un estuario escocés, donde un barco que navegaba cerca fue repentinamente asediado por tormentas, olas y fuertes aguaceros.

El barco quedó tan maltrecho que parecía insalvable, con las velas rotas y un mástil roto. Fue durante este tumulto que un marinero, asombrado y con gran temor, gritó que el diablo

estaba detrás de estas calamidades. Inmediatamente, la voz de una mujer, llena de terror, surgió de la sentina, identificándose como la causa de esta terrible situación.

Explicó que, debido a sus nefastas acciones, similares a las descritas en los textos sagrados, el diablo la había inmovilizado.

Rogándoles que quitaran esta maldita carga del barco y la arrojaran al mar, describió su difícil situación, enfatizando su larga renuencia a presentarse.

En el mismo barco, un sacerdote animó a la mujer a no perder la esperanza en la infinita misericordia de Dios hacia los pecadores arrepentidos.

Habló con sinceridad, explicando la benevolencia y la compasión de Dios, y cómo Dios incluye a todos bajo el pecado para mostrar misericordia a todos.

Por lo tanto, la persuadió a volverse a Dios con genuino remordimiento en su corazón y alma, acompañado de sinceros suspiros y penitencia por sus transgresiones, y a regresar al camino de la rectitud.

La mujer obedeció, plenamente consciente de que la misericordia de Dios debía extenderse no solo a ella, sino también a los marineros. Lloró y oró sin cesar. De repente, una pequeña nube emergió del barco, irradiando llamas y azufre, rebelando al demonio. También conozco a otra joben que fue atormentada repetidamente en secreto por un incubo.

Finalmente, cansada de su sufrimiento, decidió confiar toda la experiencia a sus amigos. Con la ayuda de Dios y un cambio de ubicación y nombre, ella también se liberó de esta aflicción.

No debe haber duda sobre la veracidad de lo mencionado, aunque estos sucesos puedan parecer increíbles.

Desafortunadamente, la experiencia diaria nos enseña sobre una multitud de casos más graves y frecuentes que involucran incubos y súcubos. Leemos que este acto reprensible es a menudo cometido tanto por hombres como por mujeres y se conoce comúnmente como el "juego de Diana y Herodías".

En la oscuridad de la noche, estas desafortunadas mujeres, que han asesinado cruelmente a los bebés

nacidos de tales uniones, usan la grasa de los infantes como ungüentos.

Con estos ungüentos, emprenden viajes a lugares lejanos, ayudadas por una ramita o rama hecha de abedul.

Esta ramita está cubierta con un ungüento, a menudo hecho con la grasa de estos bebés, que creen que les ayuda a alcanzar sus objetivos. Imaginan que el diablo toma la forma de esta ramita o imprime esta imagen en su imaginación corrupta.

Luego son transportadas a través de diversos intervalos entre lugares, como llevadas por un torbellino, hasta que finalmente llegan al mismísimo Satanás.

Lo imaginan como una autoridad suprema sentada en un trono elevado, haciéndose pasar por el jefe y líder de todos los desdichados. Se postran ante él con las rodillas dobladas de la manera más lastimera, aunque no lo miran de frente, sino que le dan la espalda, inclinando la cabeza no hacia el pecho, sino hacia los hombros.

Esto se hace para asegurar que los señores, que son distintos de los demás, no vean sus rostros, siguiendo una ley diferente a la nuestra.

Proceden a cantar canciones y bailar, como ninguna otra en nuestras costumbres, según sus propias tradiciones. Las mujeres, con los hombres detrás, se mueben hacia atrás, arqueando la espalda e inclinando la cabeza hacia atrás, en lugar de hacia el pecho, levantando los pies con tal agilidad que parecen estar realizando una danza extraordinariamente hábil, que sobrepasa las capacidades humanas.

De esta manera, mientras bailan y satisfacen sus deseos, tanto hombres como mujeres participan en festines suntuosos y opulentos, ya que los hombres no se abstienen de estos viles espectáculos. Se entregan a sus deseos libidinosos hasta tal punto que, a menudo, ciertas mujeres que han optado por abstenerse de los placeres de Venus experimentan placer simultáneamente con hombres con doble miembro.

Sin duda, este detestable y aborrecible crimen destaca por encima de todos los demás, y no se ha limitado a una época o época específica, como muchos afirman. De hecho, se ha vuelto cada vez más frecuente en esta era final del mundo.

A menos que se establezcan leyes y regulaciones estrictas para combatirlo con determinación inquebrantable, este pecado seguirá propagándose sin control.

Sin embargo, cabe señalar que no todos creen que este fenómeno diabólico sea real.

Algunos lo atribuyen a meras imaginaciones fantásticas o a la influencia de demonios provocados por el escepticismo, y algunos incluso afirman haberlo presenciado en sueños.

No es del todo sorprendente que existan tantos escépticos. Es posible que sean engañados por estas entidades, ya que los demonios son muy hábiles en el engaño y pueden conjurar ilusiones elaboradas.

¿Qué razón tendrían para negarlo con vehemencia, como si los demonios, con su propio poder, no pudieran mover los cuerpos de individuos obstinados, especialmente de aquellos que desean tal cosa? Después de todo, los ángeles, con su poder inherente, han realizado tales hazañas.

Por ejemplo, un ángel transportó al profeta Habacuc de Judea a Caldea por su cabello, y otro llevó a Ezequiel de la

tierra de los caldeos a la Tierra Prometida.

Las Escrituras también relatan cómo Felipe fue transportado de Azoto a la presencia de la reina de Candace, según las costumbres etíopes. Si los ángeles pueden lograr tales hazañas mediante su poder inherente, no hay razón para dudar de que los demonios puedan hacer lo mismo por los mismos medios, sobre todo porque con frecuencia se les invoca y se les anima a participar en estos actos detestables mediante prácticas supersticiosas y altamente ritualistas, que disfrutan. Así, existen relatos de individuos como Empédocles, que fueron transportados de Agrigento a Crotona por los mismos espíritus, y de Pitágoras del Quersoneso Táurico a Hiperbórea.

Filóstrato atestigua que Apolonio de Tiana fue trasladado de Roma a Dicearchia en tan solo ocho horas. También menciona que Simón el Mago fue elevado por los aires, un evento presenciado por Pedro, como consta en los registros de Clemente.

En ciertas historias nórdicas, se afirma que Zenobio de Noruega fue transportado a la región ártica por un demonio, y sin que mediara ninguna actividad criminal, algunos informes

afirman que el obispo Hillidio de Dissentis fue trasladado por los aires a Roma, al igual que Alberto Magno. Sin embargo, no nos detengamos en palabras ni ejemplos adicionales, ya que incluso el autor de nuestra salvación, Jesucristo mismo, tras asumir nuestra forma humana, fue transportado por diversos lugares por el demonio tentador. La verdad de este asunto queda atestiguada por sus reuniones.

No hace muchos años, un hombre, impulsado más por la curiosidad que por la superstición, se aventuró en la campiña sabina para verificar las afirmaciones de su esposa, quien había sido sorprendida en el mismo pecado. Intentó comprobar por sí mismo si lo que ella afirmaba era cierto. Guiado por demonios que habían asumido la forma de una vara de abedul, ungida con grasa, como le había instruido su esposa, llegó al lugar habitual para tales eventos.

Quedó profundamente asombrado por la multitud de asistentes y la variedad de platos, notando especialmente la ausencia de sal en toda la comida. Junto a su esposa, quien había jurado lealtad a Satanás, ocupó su lugar en el banquete y pidió sal repetidamente.

Cuando finalmente le trajeron la sal, pronunció el dulce nombre de Jesús con admiración. Sorprendentemente, en un abrir y cerrar de ojos, todos los invitados (increíblemente) y todo el banquete desaparecieron.

El hombre que había invocado este santísimo nombre se encontró solo en una profunda oscuridad, lejos de su hogar y sin su ropa, que había dejado atrás. Sin embargo, por intervención divina, fue levantado y asistido por la asistencia angelical. Aunque no siempre los percibamos con nuestros ojos, los ángeles nunca nos abandonan si no hemos sido desamparados por la gracia divina, como Eliseo le demostró a su discípulo.

Dos días después, regresó a casa y aconsejó que muchas personas, especialmente mujeres, debían, según los teólogos más reservados, proceder en secreto, por así decirlo, desde el lado izquierdo o desde vasos frágiles. Recomendó que todos estos individuos, junto con su esposa, fueran condenados a la hoguera.

Un relato similar se refiere a una bruja llamada Lucrecia, quien, al oír el sonido de una campana al amanecer, renunció a su demonio y fue descubierta por un

joben. Aunque prometió no revelar su secreto, finalmente lo reportó a las autoridades, lo que resultó en su castigo.

Además, existe un ejemplo que involucra a un respetado sacerdote que salió de su casa con la intención de ir al campo, como era su costumbre.

Sin que él lo supiera, fue llevado por un caballo montado por un demonio.

Sin embargo, los lugares donde las brujas se reúnen frecuentemente (ya que no en todas partes se pueden llevar a cabo tales actos malévolos debido a la influencia más benigna de los cielos y la presencia protectora de los ángeles sobre ciertas regiones) a menudo están marcados por algún crimen o sacrilegio infame.

Esto proporciona el terreno fértil para que tales prácticas florezcan y las diviertan, ya que están en cierta medida privadas de la protección angelical.

Estos lugares infames incluyen Nux en Samnium, Beneventana, Collis en Dania Mons y Virgo en Gothia, donde se cree comúnmente que todas las brujas son transportadas por la acción de demonios.

Por lo tanto, es evidente que quienes niegan estos sucesos están completamente equivocados.

No refutaría que estos eventos pudieran ocurrir en el ámbito de la imaginación, como ellos mismos afirman, dado que con frecuencia suceden de esta manera.

Desplazar físicamente el Sol más allá de nuestro horizonte por la noche está fuera del poder de estos espíritus, lo que hace que mujeres engañadas los visualicen en un lugar en un momento y en otro, a través del aire, al siguiente.

Nada lo impide. En consecuencia, algunos de estos sucesos ocurren de verdad, mientras que otros permanecen confinados en sus imaginaciones corruptas, experimentados a través de sueños.

Sin embargo, se sabe que estas desafortunadas mujeres los afirman como si ocurrieran en la realidad, a menudo bajo juramento. Si pudiera dar más ejemplos de tales eventos, no faltarían.

Sin embargo, es esencial apreciar profundamente la infinita misericordia de Dios hacia nosotros.

Incluso cuando se invoca la señal de la cruz o el nombre de Jesús, incluso por parte de malhechores, estos engaños diabólicos se ven inmediatamente interrumpidos y disipados.

En consecuencia, incluso aquellos profundamente enredados en estas costumbres pecaminosas, al presenciar la impotencia y la debilidad del diablo, se inclinan más a recurrir a Dios Todopoderoso, origen y manantial de toda bondad.

Llegan a creer en Él y se esfuerzan con todas sus fuerzas por recuperar la gracia que habían abandonado vergonzosamente.

Porque Dios no es el instigador de la perdición, sino la fuente de toda salvación y redención, a menos que la destrucción emane de nuestro interior.

Por lo tanto, a menudo ocurre que quienes sufren tales sufrimientos, durante la celebración de los servicios divinos, experimentan una sensación de paz y liberación de la angustia, mientras que en otras ocasiones, son asediados implacablemente por una multitud de pensamientos y atormentados por profundas ansiedades.

Estos espíritus también se esfuerzan por incitarlos a cometer diversas malas acciones.

En contraste, es raro que estos espíritus no desaparezcan al percibir el aroma de la vara divina, a la que temen y aterran profundamente.

Este es, sin duda, un profundo misterio, bien conocido por los antiguos egipcios, quienes incorporaron este símbolo divino, con profundos significados, en sus jeroglíficos, representando la salvación humana.

Posteriormente, al aplicar este símbolo, los hebreos, marcados con sangre en los postes de sus puertas, según el mandato de Dios, se salvaron del mal, mientras que los primogénitos de los egipcios fueron aniquilados por un ángel.

Se dice entre los árabes que solían tener esta imagen divina pintada en sus brazos como protección contra ciertas calamidades.

También podemos especular que incluso Platón pudo haber percibido su significado a través de su experimentación personal.

Pero volviendo al punto del que me desvié, relataré brevemente ciertas experiencias con estos mismos espíritus, presenciadas y encontradas por un hombre de gran autoridad.

Este hombre había estado de viaje por asuntos familiares. Al regresar a casa, se encontró rodeado por la ominosa oscuridad de la noche, en un lugar conocido entre la gente común como el lugar del asesinato de un hebreo, un lugar desafortunado. Al pasar por allí, lo invadió repentinamente un intenso horror, aunque sus sentidos no percibían ninguna causa aparente.

Creo que esto ocurrió porque el demonio estaba ansioso por ponerlo a prueba, especialmente en lugares como estos, como se mencionó anteriormente, donde ejercen mayor influencia que en otros y, por lo tanto, se deleitan especialmente. Podían simular la muerte violenta de los caídos o perpetrarla, o bien buscaban satisfacer su maldad mediante la muerte de los malhechores.

Además, sus naturalezas y deseos estaban estrechamente alineados, y no estaban tan restringidos por los ángeles como lo estuvieron antaño en los campos de Maratón, famosos por la matanza persa.

Muchos escritores antiguos atestiguan que los espíritus vagaron por allí durante un largo período, sin que los lugareños los notaran, acompañados por el estruendo de las armas y el relincho de los caballos, por no mencionar los sonidos de otros animales.

Incluso ahora, afirman que Haesem, como la llaman, una vasta región de Hibernia, está perpetuamente sumida en la oscuridad y plagada de apóstatas. Se dice que se pueden oír los relinchos de los caballos, el canto de los gallos y las voces de otros animales, como afirmó Antonio, un historiador relativamente desconocido entre los armenios.

Pero volbamos a la historia que nos ocupa. Tras recorrer solo unos diez pasos, un tramo donde la vida lo había expuesto al peligro, el hombre se sintió repentinamente invadido por el miedo. Miró a su alrededor y vio una mula notablemente grande acercándose por un estrecho pasaje.

Esta visión lo llenó de intenso terror, pero logró mantener la compostura. No se dejó llevar por la desesperación ni abandonó su viaje.

En cambio, hizo acopio de fuerza y coraje, y siguió adelante.

Se fortificó haciendo la señal de la cruz y ofreció fervientes oraciones mientras invocaba el dulce nombre de Jesús.

Con estas defensas contra todos los peligros, continuó su camino, que creía recorrería más rápidamente corriendo. Sin embargo, la aparición no se disipó por completo; en cambio, adoptó diversas formas, a veces más grandes y a veces más pequeñas.

Con el tiempo, asumió la forma de un perro moloso muy grande y, manteniendo esta forma hasta el final, dejó de ser aterrador.

Como resultado, el hombre, tras haber sido suficientemente atormentado por estos espectros, finalmente llegó a un enorme acantilado, donde vio una capilla dedicada a la Santísima Virgen.

Necesitaba pasar por allí en su camino. Tan pronto como se encomendó de todo corazón a este santuario sagrado, la horrible aparición se desvaneció con tal conmoción y tumulto que no quedó nada de ella.

Recuperó la compostura, aunque aún conmocionado y aterrorizado, enfermó de fiebre, que luego se convirtió en fiebre terciana.

La razón por la que se dice que estas apariciones temen a las espadas, otras armas, caballos y perros no es porque sean vulnerables a ataques físicos, ni porque estos objetos estén gobernados por Marte, como algunos platónicos han imaginado, creyendo en la existencia de ciertas simpatías y antipatías en todas las cosas.

Incluso Psellus, quien afirmó haber expulsado a un demonio de una persona poseída con una espada desembainada a través de un demonio llamado Anaphalang, lo hizo sin una razón válida.

Estos espíritus son completamente incorpóreos y no dominan las formas que adoptan.

Tampoco se debe al poder de oposición de inteligencias superiores de su especie. Si este fuera el caso, no todos los encuentros con estos espíritus resultarían en su desaparición tras la confrontación, sino solo aquellos que, de alguna manera, se someten a Marte.

En cambio, afirmo que esto ocurre porque estos espíritus poseen una presencia mental más fuerte, razón por la cual, cuando la encuentran, no siempre son capaces de infundir miedo,

especialmente cuando el vigor de nuestras mentes frustra sus efectos deseados.

Esto sucede porque son repelidos por la gracia divina y no siempre logran inducir el miedo que desean. Además, estos espíritus malignos a menudo llevan a cabo sus operaciones a través de los individuos que atormentan, especialmente cuando las víctimas están aterrorizadas.

Esto ocurre cuando los espíritus son enviados desde arriba con fines de retribución o cuando son invocados por las acciones de los malhechores. Atormentan implacablemente a estos individuos y rara vez se apartan de ellos.

A veces, solo se ven obligados a irse con gran dificultad, como si hubieran de las obras de Dios, hasta el punto de no atreverse a permanecer.

Por eso temen las reliquias de ciertos santos que los han vencido. Se ven obligados a huir, como lo harían de las obras divinas, ordenadas por Dios, no por voluntad propia. No se retiran debido a la presencia de la Eucaristía, donde resisten, aunque no sin gran sufrimiento.

Incluso en los primeros días de la Iglesia emergente, eran expulsados de

los poseídos en el nombre de Jesús o mediante la señal de la cruz, una práctica que la Santa Iglesia ha mantenido desde la época de los apóstoles.

La sinagoga hebrea seguía una práctica similar, aprovechando el poder de ciertas reliquias santas que inspiraban un profundo temor en estos espíritus debido a las victorias de los santos sobre ellas. Como resultado, los espíritus se veían obligados a huir de estos objetos, tal como lo harían de las obras ordenadas por Dios, obligados por la misma autoridad divina.

Por lo tanto, su efecto no es el mismo en presencia de la Eucaristía, donde persisten, aunque no sin sufrir un gran tormento.

Estas acciones no se llevan a cabo por mera curiosidad ni con fines de persuasión, sino por genuina piedad.

Un ejemplo de esto se reportó recientemente en Nápoles, en una casa embrujada, donde se vertían espíritus en un cuenco y un recipiente ante los ojos de los ocupantes.

En el pasado, durante la época de San Simeón, estos espíritus eran expulsados de los poseídos, lo que los hacía salir

de sus hogares, a menudo desnudos y heridos, con gran vergüenza y humillación, todo mientras temblaban de miedo. Sin embargo, imitaban las prácticas de la Santa Iglesia Católica, motivados por una sincera piedad más que por mera curiosidad.

En nuestra época, con el florecimiento y la consolidación de la Iglesia mediante numerosos grandes milagros, no debería sorprender que los exorcismos de demonios no sean tan frecuentes como antes.

Esto se debe en parte a que ahora, en muchos casos, a estos espíritus se les permite afligir a los fieles como castigo por sus pecados. Además, estos espíritus, al participar en exorcismos de individuos a menudo pecadores, a veces se imponen hasta el punto de negarse a abandonar a las personas poseídas.

Por lo tanto, los exorcistas deben ser cautelosos al permitir que otros participen en exorcismos, especialmente aquellos que se han vuelto astutos debido a su frecuente interacción con la Santa Iglesia en tales rituales.

Estas personas se resisten vigorosamente y, al hacerlo, desalientan

a los exorcistas, disuadiéndolos de esta labor debido a su fuerte aversión.

A pesar de esto, a veces parecen resistirse a rituales mágicos, supersticiones, símbolos y personajes, especialmente los empleados por los griegos en nuestras regiones, conocidos como "Hydrunti" o "Caloieros", con poco éxito o, en ocasiones, con una resistencia considerable. Sin embargo, esta resistencia no está exenta de cierto grado de engaño, ya que contribuye a la erosión gradual de la fe en el mundo.

Además, si un demonio no soporta mayor maldad de otro, incluso de uno superior, y a veces no está de acuerdo, no es exorcizado. Cuando los griegos los expulsaban de esta manera, se alejaban de sus cuerpos, pero permanecían profundamente incrustados en la oscuridad de las almas.

Lo que antes era quizás solo un castigo, ahora se ha convertido en una falta, a menudo con el consentimiento de los poseídos.

En este contexto, no es apropiado forzarlos de esta manera, ya que conlleva un pecado grave.

Pueden resistirse a irse, sobre todo porque tenemos estrictamente prohibido

cualquier tipo de interacción o asociación con los demonios o sus actividades, como corresponde.

Aunque ocasionalmente se relata que los santos y los justos tenían la autoridad para dar órdenes a los demonios, como se vio con Dionisio el Areopagita, quien ordenó a Hermógenes que trajera los demonios ante él, y Simón el Judas, quien ordenó a los demonios que destruyeran sus propias estatuas e ídolos, estos santos, al ser representantes de Dios mismo, fueron obedecidos debido a sus méritos y fe, a pesar de ser naturalmente superiores.

Sin embargo, la voluntad y el juicio divinos, a menudo por causas y razones justas, en ocasiones les exigieron retirarse como vencedores de la batalla.

Por lo tanto, se dice que incluso diferentes ángeles se abstuvieron de acercarse al asunto por el cual sucumbieron a la tentación, para evitar nuevas pruebas o caer en la misma tentación de nuevo, al menos por cierto tiempo.

No se dice que timenten solo cuando ocupan cuerpos; más bien, cuando se obsesionan de esta manera, se ven

obstaculizados por la razón, por lo que no pueden estar en un estado de mérito ni de pecado, especialmente cuando el poder de la imaginación está perturbado.

No atormentan constantemente la imaginación; en cambio, desisten de atormentar cada tres o cuatro días o incluso más. A veces, concentran los poderes del alma de tal manera que parecen obstruir incluso sus movimientos propios. Juan Bautista Attendolo, hombre versado en conocimientos lingüísticos y sumamente hábil en todo tipo de ciencias, observó esto con precisión al exorcizar a un poseso. Era el duque de Capua.

Además, no todos los demonios son obligados a irse cuando poseen a alguien, ya que tienen diferentes espíritus que ocupan diversos órganos corporales, y son expulsados no solo por los crímenes evidentes del poseído, sino también por los diversos tipos de espíritus que los poseen.

Además, el poder y la fuerza de quienes realizan exorcismos no son iguales, así como no todos los presentes poseen virtudes tan grandes como para enfrentarse a los demonios directa y exhaustivamente.

Como resultado, los poseídos no temen la presencia, la fuerza ni la autoridad de los exorcistas tanto como se podría pensar. De hecho, durante el exorcismo, otros espíritus acuden en su ayuda, oponiéndose, lo que complica aún más la situación. Sin embargo, los más problemáticos de estos espíritus son los mudos, quienes nunca son obligados a irse por el exorcismo a menos que se sientan impulsados a hablar de la misma manera que los demás.

Estos espíritus, aunque infligen diversos tipos de enfermedades en nuestros cuerpos y despiertan maravillosas imaginaciones en nuestras almas, no tienen ningún control sobre la voluntad humana.

Nuestro intelecto se ve afectado por estos espíritus de tal manera que nuestros ojos no se cierran a las apariencias de las cosas. Sin embargo, no tienen control alguno sobre nuestra recta voluntad, ya que esta pertenece únicamente a Dios.

Es lo único que ha permanecido verdaderamente inmune y libre en los seres humanos.

Sin embargo, no está libre de la miseria, pues desde la transgresión de

Adán, solo ha extraído el mal del mundo.

No está libre del pecado excepto por la gracia del Hijo, pero siempre ha estado libre de la necesidad, de la cual esta facultad del alma ha estado libre tanto antes como después.

Sin embargo, se sabe que los demonios, aunque incapaces de imponernos el pecado, obstaculizan la imaginación de los dementes y perturban la memoria de quienes se encuentran en estado de letargo.

Estos espíritus rebeldes de la oscuridad no proyectan constantemente una sombra abrumadora sobre nosotros, a pesar de ser ellos mismos encarnaciones de la oscuridad.

No nos embuelven de tal manera que toda la luz se extinga por completo de nuestro entorno.

De hecho, han rebelado a la humanidad muchas cosas relacionadas con la salvación eterna y la verdad, aunque preferirían mantenerlas ocultas debido a su naturaleza traicionera.

Sin embargo, se ven obligados a manifestarlas.

De igual manera, cuando intentan engañar a alguien, muestran cosas que preferirían ocultar, fingiendo desear lo que en realidad desprecian.

De lo contrario, iluminarían el intelecto, algo de lo que son incapaces, especialmente cuando carecen por completo de amor. No pueden poseer lo que viene después en la naturaleza antes de lo que lo precede.

Por lo tanto, todo lo observado y revelado en sueños, particularmente a los infieles y a aquellos contaminados por el pecado, excepto los asuntos ampliamente conocidos, se atribuye a estos espíritus.

Los propios ángeles son enviados para revelarles estas cosas, como vemos en el caso de Sócrates cuando recibió una interpretación de su sueño sobre el cisne. Incluso Galeno, al cortar una vena en un hombre dormido, aprendió a hacerlo mientras dormía.

Este fenómeno también se puede observar en el Templo de Esculapio en Pérgamo, el templo de Serapis en Anfiarai, Canopo, Heliópolis y el Templo del Sol, donde los sacerdotes presentaban el significado de cartas

selladas, ya sea literal o figurativamente, al emperador Adriano.

Además, se sabe que el altar de Pasífae en Ardala en Hircania y el devoto Bumastes revelaron cosas. Estas revelaciones a menudo provienen tanto de ángeles como de significados más profundos, comúnmente conocidos como dones de la fortuna.

Esto ocurre principalmente con ciertos individuos necios, testarudos y perversos que son favorecidos por la fortuna, al igual que los filósofos. En consecuencia, cuando acumulan riquezas por tales medios, tienden a comportarse aún más perversamente, según los deseos de los demonios.

Por lo tanto, debemos reconocer que los espíritus pueden conceder y quitar riquezas a su antojo.

En ocasiones, pueden añadir una pequeña suma de dinero. Sin embargo, esto se hace con la intención de engañar y tentar a los humanos. Cuando las personas son colmadas de riquezas y se dejan consumir por el deseo y el orgullo, son más propensas a caer en vicios.

Por lo tanto, no en vano nuestro Salvador reprochaba a menudo a los ricos, ya que la riqueza no nos hace más diligentes en seguir el camino de la verdad y la justicia. Es a través de este camino que podemos evitar las trampas de los demonios.

Además, algunos teólogos aconsejan rechazar esta abundancia, considerándola extremadamente dañina y perjudicial para la salvación del alma. Argumentan que donde hay tesoro, a menudo hay un corazón humano.

Esto lo confirma la propia verdad. También relatan casos en los que estos espíritus supuestamente aconsejaron a Alejandro que obligara a sus soldados a usar una especie de amuleto contra las mordeduras de serpiente y a Lisandro a levantar el asedio que había impuesto a la ciudad de Afitis.

Sin embargo, en ambos casos, estas acciones podrían haber sido influenciadas por ángeles buenos, ya que los reyes también son capaces de realizar tales actos. No obstante, los demonios nunca realizan acciones con fines virtuosos, ya sean bienes naturales o morales.

Aunque pueden manipular el clima, provocando lluvias y chubascos,

especialmente cuando la tierra está seca, su intención no es beneficiar a la humanidad, sino engañar. En ocasiones, parecen inducir vientos favorables e incluso reprender, castigar o amonestar a quienes rechazan las creencias religiosas, como Dionisio de Siracusa, Megias y muchos otros.

También han hecho predicciones en sueños que podrían parecer ventajosas, y han hablado a través de estatuas para acusar a individuos que posteriormente fueron castigados. Se pueden encontrar ejemplos de tales sucesos en la historia pagana. Sin embargo, todas estas acciones no están motivadas por una genuina preocupación por el bienestar humano.

En cambio, sirven para ganar mayor confianza y autoridad mediante engaños e ilusiones. En consecuencia, algunos de sus propios templos han sido destruidos por el fuego debido a las supersticiones que fomentaron, pero que finalmente ignoraron. Ejemplos notables incluyen los templos de Apolo en Delfos, que fueron destruidos tres veces; el templo de Diana en Efeso, que sufrió dos destrucciones; el templo de Ceres en Mileto; el templo de Juno en Argos; y el templo de Apolo en Roma. Estos actos buscaban exhibir su poder, afirmar

sus pretensiones y atraer a más seguidores a su culto.

Toda la familia Potitii, tras haber ofrecido sacrificios a Hércules, murió en un solo mes.

Es importante señalar que no todos los demonios comparten las mismas inclinaciones hacia la maldad. Se pueden clasificar, cada uno especializado en los vicios en los que destaca, y emplean estrategias astutas y bien organizadas para dañar a la humanidad.

Estos demonios se comunican con su líder, Lucifer, informando sobre individuos a los que han tentado en todo el mundo. Además, suelen asumir diversas formas al interactuar con los humanos, a veces adoptando apariencias humanas.

Cada uno de estos demonios posee una marcada capacidad para perturbar o perturbar los elementos en los que residen. Por esta razón, los habitantes del éter, conocidos como Siliurion, junto con otras entidades menos malévolas, manifiestan con frecuencia diversos presagios celestiales.

Estos demonios mantienen una disposición siempre alegre, deleitándose

con las aflicciones de los mortales y deleitándose con la aniquilación y las desgracias de diversas formas, similares a los habitantes del reino aéreo.

Algunos, aunque erróneamente, creen que estas entidades podrían algún día arrepentirse de sus transgresiones, al igual que nosotros. Sin embargo, al haberse apartado de Dios, no poseen ni el deseo ni la capacidad de retornar al camino recto; estas entidades son leyendas de la antigüedad.

Ciertos relatos sugieren que, mediante encantamientos específicos, algunos de estos demonios podían manipular el aire, transformándolo en nubes y lluvia, invocando vientos, granizo y rayos, e incluso atribuyéndose el poder de precipitar lana, cera, arcilla, piedras y hierro del cielo.

En cuanto a quienes habitan en el ámbito acuático, con frecuencia incitan tempestuosas olas marinas, poniendo en peligro a los nabegantes, sobre todo cuando sus intentos de dañar a los humanos no prosperan.

En ocasiones, pueden aparecerse a los marineros bajo la apariencia de ninfas y tritones, y con mayor frecuencia, se manifiestan como Cástor y Pólux bajo

una iluminación específica, como se relata en relatos antiguos.

Debo admitir que la intervención angelical también puede percibirse en este contexto, especialmente en el caso de marineros virtuosos y fieles.

Hemos comentado anteriormente que los filósofos que atribuyen el origen de esta luz a la naturaleza o al azar se equívocan.

En contraste, los demonios terrestres, especializados en diversas acciones malévolas, con frecuencia provocan terremotos y convulsiones importantes, a menudo acompañados de siniestros signos de catástrofes inminentes.

Se han dado casos de su capacidad para desviar el curso de los ríos, desviándolos de sus cauces naturales e incluso haciendo temblar montañas hasta sus cimientos.

Entre estas entidades, algunas resultan ser aún más malévolas que las demás.

Habitan bajo tierra en cuevas, que recuerdan a la cueva de Trofonio, o buscan refugio en pozos, perpetuamente atraídos hacia las profundidades del

Tártaro, de donde extraen el agua estigia y la traen a nuestro mundo.

Poseen la capacidad de contaminar y corromper los mismos elementos hasta tal punto que, como un terrible diluvio que emerge del legendario arca babilónica, desatan este terrible azote sobre nuestra era mediante su virulencia y contagio, causando una devastación generalizada previamente desconocida para griegos, latinos y árabes.

Estos espíritus malignos y temibles, conocidos por algunos como Alastores y Palamei, corrompen principalmente el aire y el agua, afligiendo así los cuerpos humanos con aflicciones escalofrantes y atrapando las almas.

Muchos platónicos sostienen que Apolonio de Tiana, disfrazado de anciana, fue visitado por uno de estos espíritus, y cuando le arrojaron un montón de piedras, todos los espíritus epidémicos dejaron de atormentar la región.

Esto ilustra el poder que estos espíritus ejercen sobre nosotros como consecuencia de nuestras transgresiones, un juicio justo de Dios.

Ningún pueblo puede fingir ignorancia como excusa, pues la luz eterna que emana de los cielos, irradiando brillantemente desde el corazón mismo de la Tierra, ha sido visible durante un período considerable.

Si los espíritus de la oscuridad así lo hubieran deseado, habrían sido plenamente conscientes de ello. Además, a pesar de las afirmaciones de muchos de estos espíritus, que afirmaban su naturaleza celestial y realizaban hazañas extraordinarias, como proyectar un eclipse solar sobre el mundo entero durante la luna llena —un evento tan excepcional y desafiante del orden natural que permitió que el Dios verdadero se manifestara desde Dios, y la luz desde la luz—, incluso entonces, era evidente que no abrazaron la luz.

Como atestiguó Dionisio el Areopagita, un distinguido filósofo, él proclamó: «Dios permite que se violen las leyes de la naturaleza, o toda la maquinaria del mundo se disolberá».

Aunque la influencia de los demonios es significativa, no todos los sucesos desafortunados pueden atribuirse a ellos como los únicos culpables.

Hay cuatro tipos de consecuencias que, debido a nuestra naturaleza pecaminosa, podemos encontrar: las que resultan del orden natural, la administración divina, el daño y la malevolencia.

Se considera que los males surgen de la naturaleza cuando se remontan a los movimientos celestiales y a la influencia de las estrellas. La administración divina entra en juego cuando Dios aplica la justicia a través de los ángeles, como se ejemplificó cuando el ángel, al pasar, mató al primogénito de los egipcios o cuando la intervención de Dios provocó la muerte de ciento cincuenta mil soldados del ejército de Senaquerib o la muerte de Belsasar, el rey de Babilonia, en su propia morada, como una clara advertencia.

El daño, por otro lado, ocurre cuando Dios, al exigir castigos, otorga cierto grado de poder a estos espíritus malignos. Esto les permite actuar, no de forma autónoma, sino únicamente para cumplir la voluntad de Dios.

Están sujetos al mandato divino y, a pesar de estar asociados con causar daño, sus acciones están más motivadas por la obediencia a la voluntad de Dios que por sus propios deseos.

Por lo tanto, nunca pueden actuar en contra de la voluntad de Dios, ya sea para bien o para mal. Todo lo relacionado con el orden natural o que se asemeje a un accidente no se atribuye a la malevolencia. Al final, resulta en castigo para los malvados y bondad eterna para los justos, y no es inherentemente malo.

Por lo tanto, en el pasado, ocurrieron muchos fenómenos asombrosos y extraordinarios entre estas antiguas naciones. Estos eventos fueron permitidos por la justicia divina con el objetivo de sembrar supersticiones entre los incrédulos del presente, quienes estarían más profundamente enredados en estas creencias.

Los demonios desempeñaron un papel en esto, provocando la lluvia al desenterrar las cenizas de Anquises, preservando los lugares sagrados de Minerva de la descomposición, salvaguardando los restos de Patroclo en la tumba de Filoctetes de ser esparcidos por fuertes vientos e impidiendo que lloviera en el templo de Venus en Pafos mientras llovía en otro lugar.

Incluso hicieron aparecer el ídolo de Peneleo, aterrorizando a todos los que lo contemplaban.

Por esta razón, en una época pasada, Troya poseía el Paladio, que posteriormente se transformó en las manzanas de oro de Mauritania debido a un fatídico incidente. Ese mismo día, fue venerado en Eleusis mediante un ritual, durante el cual todas las Musas encontraron su fin.

De igual manera entre los egipcios, conjuraban a las serpientes Ibis, que estaban listas para consumir todo a su paso, pero se les ordenaba volar exclusivamente hacia una nabe en particular, perdonando a las vírgenes bestales.

Además, en ciertos casos, se imponían castigos que excedían lo que correspondía a su naturaleza inherente. Esto se debe a que es costumbre que estos espíritus, que sirven como instrumentos de la voluntad divina, administren tales castigos dentro del marco extraordinario de la justicia divina.

Un claro ejemplo de esto se ve en el caso de la esposa de Lot, quien fue transformada en una estatua de sal por

ellos, ejemplificando su autoridad para castigar temporalmente a las almas.

Estas acciones no son inherentes a su naturaleza, sino que se llevan a cabo únicamente de acuerdo con la intención divina. Sin embargo, estos espíritus a menudo logran resultados asociados con la malevolencia cuando son manipulados por individuos malvados.

Estos individuos malévolos emplean diversos medios, como brebajes, hierbas, piedras, sangre animal, cabello y uñas humanas, mudas de serpiente y conjuros sagrados específicos.

Todos estos elementos, utilizados en flagrante desafío a Dios, sirven como ofrendas para provocar la destrucción de la humanidad.

De hecho, todos estos resultados, que a menudo se relacionan con símbolos particulares, merecen un examen cuidadoso para descubrir la verdad que se esconde tras ellos.

Por lo tanto, todas las imágenes empleadas por este grupo supersticioso pueden clasificarse en dos grupos.

Las creadas a partir de la observación de las estrellas se denominan

astrológicas, mientras que las que no se basan en dichas observaciones se conocen como nigrománticas.

Se dice que las primeras están vinculadas al reino celestial, pero permanecen inactivas a menos que se elaboren con materiales preciosos como oro, plata, piedras preciosas y otros metales apropiados para asegurar una adhesión duradera al cuerpo.

Por el contrario, se cree que las segundas se forman independientemente de la observación de las estrellas y pueden ser creadas indistintamente para individuos de estatus noble o humilde.

Incluso pueden ejercer sus efectos sin contacto físico. Se sabe que ambos tipos son concebidos y utilizados por demonios, aunque mediante metodologías diferentes.

Las imágenes astrológicas se forman discretamente, mientras que las nigrománticas se crean abiertamente.

Quienes poseen un conocimiento más profundo de estas prácticas y basan sus argumentos en razonamientos sólidos, refutando las creencias de estos individuos, sostienen que ni los

creadores de estas imágenes ni sus usuarios están exentos de culpa.

Afirman que las imágenes astrológicas, en particular, carecen inherentemente de poder, ya que son incapaces de influir en nada por sí mismas, ya sean designaciones numéricas o fuerzas celestiales, ya que no pertenecen a las cualidades primarias.

Si este fuera el caso, una espada podría simplemente dañar a una persona debido a su apariencia celestial, convirtiendo los cuentos que tejen en meros mitos para niños. Por lo tanto, ningún griego habría sido autor de tales invenciones.

Entonces, ¿cuál es la fuente de poder de estos objetos cuando, como se mencionó anteriormente, sus efectos no emanan de las propias imágenes ni del cielo? La conclusión es que estos espíritus malignos son quienes idearon estos métodos, imágenes y símbolos.

Algunos, en su malentendido, propagan la idea de que estos objetos poseen cierto poder y virtud que desciende del reino celestial.

Incluso inventan historias que afirman haber presenciado estas imágenes

ocasionalmente, colocadas en las cimas más altas del nobeno cielo.

Sin embargo, están profundamente equívocados y desorientados.

Este argumento no se ve desvirtuado por el hecho de que se dice que Moisés depositó una gran confianza en el conocimiento de las artes egipcias y transmitió el poder de la memoria y el olvido a su esposa a través de dos anillos: uno para recordar y otro para olvidar. De igual manera, es irrelevante que Josefo informe que Eleazar una vez curó a un endemoniado usando cierto anillo.

En el Antiguo Testamento, no se usaban imágenes hechas de animales prohibidos en las que el diablo pudiera habitar.

Además, no importa que Antíoco Epífanes lograra la victoria sobre sus enemigos mediante una imagen particular que le repugnaba. Su éxito no se atribuyó a ningún poder inherente que poseyera, como algunos creían, sino al significado simbólico de la imagen como rey y símbolo de virtud.

De igual manera, no importa que algunos eruditos afirmen que ciertas imágenes, que posteriormente mostraron efectos ocultos, se originaron en el cielo bajo la influencia de cuerpos celestes, como se ha observado en años recientes.

Por ejemplo, existe una piedra esculpida en Alemania que simula una serpiente, rodeada de una gran cantidad de serpientes, y el sello de Salomón tallado en una piedra en el campo de Verona.

En ambos casos, se han presenciado efectos notables. En un caso, un hombre nacido con una serpiente en el hombro podía curar milagrosamente las mordeduras de serpiente con su saliva.

En el otro caso, un alto cargo, a quien conozco personalmente, observó una multitud de serpientes misteriosamente atraídas por la piedra con una serpiente tallada.

Dado que la mayoría, si no todas, de estas imágenes carecen de poder o virtud inherentes, como se mencionó anteriormente, ya sea que sean creadas bajo influencia celestial o secretamente influenciadas por el engaño de los demonios, como se afirma que ocurrió con el ancla de Seleuco, recibida por su madre durante una relación con Apolo y

registrada en la historia pagana como engastada en un anillo.

O bien, sean creadas por astrólogos bajo guía celestial, como se describe en las historias sobre las nueve Musas inscritas en piedras específicas, que, al ser llevadas por Pirro, le otorgaron una memoria asombrosa, y los siete anillos planetarios otorgados a Apolonio de Tiana por Hiarquia, la princesa de los brahmanes.

Estos anillos, al usarse uno a uno durante un número determinado de días, permitían a su portador viajar continuamente por el mundo entero, manteniendo la juventud y la fuerza.

Además, se creía que las imágenes halladas en el río Nilo, en posesión de Thaulomanes, el pontífice de Maumethas, neutralizaban a los cocodrilos y protegían a los humanos de su daño.

También se usaban para repeler serpientes en Bizancio.

En el pasado, Egipto, a quien los griegos atribuyen conocimiento en diversas ciencias, empleaba estas imágenes en momentos de necesidad.

No era porque los egipcios, a pesar de su considerable conocimiento, creyeran que estas imágenes poseían un poder inherente.

Más bien, las usaban como recordatorios de las influencias celestiales, estrechamente vinculadas debido a la frecuente infusión de sus estrellas correspondientes.

Al llevar estas imágenes, creían que podían acceder más fácilmente a estas influencias celestiales, como si entraran en un sueño al quedarse dormidos cerca de una imagen verde en la orilla del río.

Sin embargo, cualquier otra afirmación que sugiera que estas imágenes poseen capacidades más allá de esta o que crea en sus poderes representa graves ofensas, más monstruosas en su carácter moral que en su naturaleza.

Los teólogos, en particular, detestan y condenan enérgicamente las artimañas y engaños ocultos de los demonios.

De hecho, si estas imágenes realmente poseían virtud celestial, esta no disminuiría con el tiempo, ya que ellas mismas no mueren ni viven por un tiempo determinado, como algunos imaginan.

Además, habrían ocurrido muchos acontecimientos extraordinarios, como lo demuestran los casos de los anillos de Gíges y Paracelso.

Gíges poseía un anillo invisible, mientras que el otro tenía un anillo que, al llevarlo en el dedo, infundía gran terror y miedo en sus enemigos.

De igual manera, los terafines, que Labán usaba para la previsión, y de los cuales, según los relatos hebreos, nadie podía escapar a su influencia, habrían producido resultados milagrosos similares.

Además, Micaía, sacerdote de ídolos, los empleaba, y los rabinos afirman que muchos hebreos cayeron en la idolatría debido a la riqueza acumulada gracias a estas imágenes.

Esas imágenes a través de las cuales no se ven las estrellas han sido introducidas por el diablo con astucia y maestría, como se mencionó anteriormente. No son menos abominables porque estén inscritas con sus propios signos, instrumentos y personajes, y se atribuyan a los demonios que elijan, presentándolos como grandes maestros de su oficio.

Esto se hace principalmente con el propósito de promover actos más nefastos, ya que estas imágenes sirven como símbolos visibles y son frecuentemente utilizadas por individuos malévolos, a menudo inscritas con su propia sangre.

Algunas de estas imágenes se emplean para incitar la lujuria, la discordia, el miedo y el odio, mientras que otras se utilizan para causar enfermedades, asesinatos encubiertos y homicidios secretos.

Por otro lado, algunas se utilizan para generar antídotos, enfermedades, rayos, tormentas, ladrones, enemigos, fieras, odio y mordeduras de serpiente. Usando estas imágenes, propagan diversas enfermedades, irrumpen en casas, manipulan los elementos y cometen todo tipo de actos nefastos.

Algunos ejemplos lo ilustran: cuando ciertas figuras de cera fueron sumergidas en agua con sus propias manos, numerosas pequeñas efigies de cera perecieron. Durante el hundimiento de ciertos barcos enemigos en el mar, en particular el estandarte del príncipe tártaro conocido como Bathi, con un carácter similar a la letra griega X, una densa niebla envolvió al ejército polaco

tras el impacto de la tierra, lo que provocó su derrota y casi aniquilación a manos de los tártaros.

En cuanto a la enfermedad de Duffus, el rey escocés, se dice que cuando una persona malévola acercaba su imagen al fuego, sudaba profusamente y sufría de insomnio constante, murmurando conjuros. A medida que la cera se derretía, se consumía dramáticamente. Además de estas imágenes y símbolos terribles y perversos, estos individuos tan malévolos suelen incorporar aceite de unción sagrada, diversos sacramentos y numerosos rituales sagrados en sus prácticas, mostrando su profunda falta de respeto a Dios y actuando bajo la instigación de demonios.

Entre estas abominables imágenes diabólicas y espectros nefastos, incluso incluyen la sagrada Cruz, previamente negada con sus palabras y horriblemente pisoteada tres o cuatro veces. También atan granos, cintas y prendas de vestir a quienes pretenden otorgar estos amuletos malignos. A través de estos objetos, los demonios, o lo que queda de ellos, obran de tal manera que satisfacen los deseos de quienes los crean, gracias a su conexión con sus virtudes inherentes.

Además, usando los nombres ocultos de los demonios, incorporan uñas, cabello y los restos de los difuntos, especialmente de aquellos que, en su desesperación, se han quitado la vida. El diablo se complace no tanto en lo material en sí, sino en que los humanos le rindan los honores que se atribuyen a Dios.

También suelen incluir pieles de serpiente, que a menudo envuelven en membranas y ocultan en cruces de caminos o en otros lugares clandestinos.

A veces, estos objetos se esconden en diversos lugares donde Satanás fue adorado abiertamente o sometido a alguna forma de humillación.

Es realmente notable que el diablo reclame encubiertamente honores divinos en un lugar donde antes era venerado abiertamente o donde había sufrido desgracia.

Con estas siniestras imágenes y símbolos, y en ocasiones colocándolos en ollas y platos, han cometido actos atroces. Por ejemplo, han incendiado pueblos, como ocurrió hace unos años en Schiltad entre los alemanes. Algunas de estas sustancias malignas son potentes venenos.

Mientras que otros incorporan estos elementos no porque carezcan de eficacia por sí mismos, sino porque estos malhechores buscan consolidar su conexión impía con Dios, infligiéndole así mayor daño, y los añaden a sus brebajes.

Además, estos individuos malvados también introducen imágenes y símbolos demoníacos en sacramentos, óleos de unción y otros rituales sagrados, como expresión de su profundo desprecio por Dios.

Incluso incluyen la santísima Cruz, a la que previamente habían renunciado verbalmente y profanado tres o cuatro veces (un acto horroroso). La combinan con granos, cintas y prendas de vestir entre los artículos que preparan para estos fines. A través de estos objetos, los demonios, en virtud de sus conexiones, actúan de manera que satisfacen los deseos de quienes los crean, cometiendo así graves transgresiones.

En este sentido, los demonios son responsables de las calamidades más graves, como inundaciones e incendios, cuando operan a través de individuos malévolos y sus instrumentos. A veces, pueden provocar fuertes lluvias del cielo,

pero a diferencia de cómo Elías oró a Dios, quien encendió un gran fuego con agua misma, estos eventos inducidos por demonios no siguen un curso divino. Esta distinción no es sorprendente, ya que los demonios primero deben estudiar los elementos naturales, la hora del día y las condiciones celestiales específicas, como se vio recientemente cuando un mago, durante la hora designada por Marte, colocó una anca de rana en un lago, la retiró y, posteriormente, desencadenó tormentas eléctricas.

A veces, estos desastres y plagas son provocados por estas intervenciones demoníacas, incluso sin contacto físico directo, como se mencionó anteriormente, afectando a aquellos a quienes están destinados.

Por el contrario, la astrología funciona de manera diferente y no puede producir tales efectos sin engaño, ya que los astrólogos perderían la fe de sus seguidores si se descubrieran sus prácticas fraudulentas.

Por ejemplo, cuando un demonio se presenta como un león ante un gallo, no se debe a una influencia solar más potente (como creen algunos platónicos), sino a que las estrellas le asignan un poder específico y, en consecuencia,

determinan su influencia. Los demonios deben observar cuidadosamente la naturaleza de las estrellas, el tiempo y las configuraciones celestiales para lograr estos efectos, como observaron recientemente quienes descubrieron que, bajo la influencia de Marte, durante ciertas horas, podían incitar poderosas tormentas eléctricas. Por lo tanto, con la ayuda de estos métodos siniestros, a menudo proporcionados por demonios, y confiando en su propia persuasión, los malhechores pueden lograr con frecuencia muchas cosas en esta vida terrenal.

Nada se interpone en su camino, y pueden convencerse de que las consecuencias de sus fechorías son resultado de su propia voluntad y no de la voluntad divina. De esta manera, son condenados por decisión propia, con el poder del diablo actuando conforme a la justicia divina para probarnos, soldados cristianos, a fin de que no pongamos en peligro nuestra salvación eterna por ociosidad o negligencia.

En consecuencia, el amo y señor de todo este universo, simbolizado por el oro y la plata, es Mammón. Quienes lo usan con sinceridad y honor son recompensados, pero quienes lo

malgastan se enfrentan a castigo perpetuo y desgracia.

Quienes han elegido el bien supremo y eterno en este mundo creado y perecedero no lo han hecho injustamente.

Pues si vivieran eternamente aquí, sin duda seguirían pecando y malversando las cosas creadas. No debería sorprender a nadie que los malhechores, que no pueden cometer por sí mismos tantos males, invoquen demonios para que los ayuden. Quienes se encuentran en el camino, como dicen los teólogos, son más propensos al pecado que quienes han llegado al destino, ya que se les permite ejercer su libre albedrío y, por lo tanto, gozan del mayor privilegio.

Además, no es inapropiado considerar que los demonios a menudo infligen castigos a los malvados, como se vio cuando tentaron a María, la hermana de Moisés, o afligieron a personas virtuosas como Job y Tobías con muchas dificultades.

A veces, incluso en el caso de los santos, debido al pecado original que los somete a castigos corporales, se sabe que la justicia inmutable de Dios emplea las acciones de estos espíritus para sus propósitos. Les asigna este papel para que, mientras los virtuosos reciben una

mayor recompensa, los malvados soportan tormentos y castigos más severos.

Es importante señalar que los demonios no suelen acercarse a los santos con la misma intensidad y furia ardiente que a los malvados. A menudo atacan a los malvados por pura malicia. Sorprendentemente, más allá de lo imaginable, los santos desconfían de sus méritos y detestan estas acciones hasta tal punto que experimentan una gran tristeza al enterarse de que algunas de estas acciones se guardan en los tesoros de la Iglesia.

Sin embargo, no todos los castigos corporales, como ocurre con los malvados, pueden imponerse a los santos o a los justos a su discreción. Se dice que algunos están protegidos de estos poderes malignos y no pueden ser afectados por ellos, ni externa ni internamente, de ninguna manera.

Esto se hace para asegurar que estas ilusiones no obstaculicen su camino hacia el mérito, especialmente porque merecen mayores recompensas que los malvados por su amor a Cristo, como lo demuestra la verdadera historia de San Macario.

Algunas personas creían que cierta muchacha se transformó en una mula, pero a él se le apareció sin cambios, ni en forma ni en sustancia.

Para comprender mejor la distinción entre las enfermedades derivadas de la condición física de una persona debido a un exceso o deficiencia de humores corporales y las que provienen de demonios, es esencial señalar que las primeras tienden a desarrollarse gradualmente y el dolor es apenas perceptible al principio. Por otro lado, las enfermedades causadas por demonios manifiestan síntomas y dolor severos desde el principio, incluso si no hay problemas con los humores corporales.

A menudo resisten todo tipo de remedios, y rara vez alguien se cura gracias a los esfuerzos médicos. Esto es evidente en los casos del rey Asa, quien, a pesar de tener fe en los médicos, no se recuperó de su dolencia en los pies, y en el caso de Cutheí, el pueblo afligido por una plaga debido a su alejamiento del Dios verdadero.

Estos síntomas y dolores severos suelen ocurrir cuando el poder de los demonios, a diferencia del de los ángeles, no se ve disminuido por nuestros pecados, sino que intensifica los castigos.

En estas situaciones, las enfermedades superan la eficacia de todos los remedios, volviéndolas incurables. Además, lo logran corrompiendo nuestros humores internos o empleando medios ocultos que escapan a nuestros sentidos.

Poseen un profundo conocimiento de las propiedades de diversas sustancias, así como de su aplicación y ritmo precisos, superando la comprensión humana en este aspecto. Pueden realizar estas tareas con rapidez, trabajando en un tiempo continuo, en lugar del tiempo discreto que empleamos nosotros. Esto se debe a su naturaleza, que difiere significativamente de la de los ángeles en cuanto a sustancia y acciones internas.

No debería sorprender que los demonios, aunque incorpóreos, puedan estar presentes en un lugar. Su presencia no está determinada por su tamaño físico, sino por la magnitud de su poder. Por lo tanto, pueden influir en lugares de la misma manera que las palabras llegan al corazón de quienes las escuchan, causando dolor, tristeza o incluso induciendo epilepsia, de forma similar a cómo la luna afecta el cerebro de un epiléptico.

No ocupan espacio como las entidades corpóreas porque no requieren sustancia ni materialidad para existir en un lugar. Sin embargo, no creemos que estos espíritus existan en un lugar debido a su actividad, como algunos sugieren, ya que requieren un lugar para su existencia, al igual que requieren sustancia o materialidad. Su presencia en un lugar específico se percibe a través de sus acciones externas, no porque la necesiten para su propia perfección, ya que son más perfectos por naturaleza.

En cambio, pueden estar en un lugar para adquirir nuevos conocimientos, causar daño a una persona en particular o lograr un objetivo específico. Cabe señalar que no todos estos espíritus pueden aplicar su poder por igual para desplazarse hacia un lugar específico y determinado al pasar por un médium. El tamaño espiritual, que no es otra cosa que poder y perfección, puede abarcar un espacio mayor donde predominan la nobleza y la excelencia.

Por lo tanto, los espíritus superiores llegan a su destino más rápido que los inferiores. No debe asumirse que varios demonios, debido a su falta de cuerpo físico, puedan ocupar un mismo lugar simultáneamente.

Todos siguen el mismo método prescrito para su aproximación, y la presencia de más de un demonio en una persona no implica que ocupen el mismo lugar, ya que tienen diferentes lugares designados para sus diversos crímenes. Por eso, en el relato del Evangelio, leemos que siete demonios fueron expulsados de María Magdalena, a pesar de tener un solo cuerpo físico.

Además, estos espíritus no infligen el mismo daño a través de practicantes maléficos; más bien, causan un daño mayor a través de individuos atados a su maldad por juramentos solemnes, lo que resulta en pérdidas y sufrimiento más extensos. En consecuencia, algunos de estos practicantes maléficos, simplemente mediante el poder de su mirada, o, dicho de otro modo, lanzando hechizos usando simples palabras, sonidos, humo y olores, no solo provocan diversas enfermedades, como se mencionó anteriormente, sino que también introducen estos espíritus en cuerpos humanos.

Pueden manipular los sentidos internos de las personas hasta el punto de alterar su percepción de la realidad en términos de forma, color y tamaño. Al

inducirlas a acciones tan absurdas, finalmente las conducen a la locura, oprimiéndolas aún más. Como resultado, estas personas pueden incluso llegar a creer que han experimentado una transformación, desafiando el orden natural de las cosas.

Por ejemplo, algunos pueden soñar que se convierten en lobos, lo que recuerda la antigua práctica arcádica que se llevaba a cabo tras un sacrificio humano a Zeus Liceo en un lago específico.

Se cuenta que presenciaron cómo un hombre llamado Demerato, que había probado las entrañas del niño sacrificado, se transformaba en lobo. En tiempos más recientes, según he escuchado de testigos fidedignos, como Johannes Faber de Prusia, reconocido por su conocimiento de idiomas y diversas ciencias, estas transformaciones tuvieron lugar en Livonia y Moscovia. En estas regiones, muchos se transformaban en animales tras consumir ciertos alimentos, como relatan los autores clásicos.

De igual manera, se cree que en el Congo muchos son castigados convirtiéndose en lincees. En el pasado, Circe transformó a los compañeros de Ulises en animales en Caieta, y esto

está documentado. San Agustín también menciona casos en los que algunos desafortunados se vieron afectados de forma similar, obligados a trabajar como bestias.

Apuleyo también no dudó en afirmar que experimentó esto a manos de ciertos hechiceros.

Todas estas situaciones no son más que engaños e ilusiones causados por los

demonios. Nadie, ni siquiera levemente versado en el estudio de los cánones y la teología, puede ignorar o mostrarse indiferente a este asunto.

Como se mencionó anteriormente, no existe material, y, por lo tanto, Satanás no tiene control para cambiar o aumentar las cosas, ya que esta autoridad pertenece exclusivamente a Dios, el Más Bueno y el Más Grande.

El poder infinito de Dios se extiende tanto a la materia como a las formas de todas las cosas. No obstante, esto no implica que Satanás no pueda manipular los cuerpos para que parezcan diferentes a lo que son, creando ilusiones que no dependen de trucos visuales, como en los que sobresalían los antiguos o en los que todavía

sobresalen los irlandeses, ni a través de la aplicación de sustancias naturales, aunque a veces pueden actuar como los etíopes lo hacían, entre los cuales estas cosas eran muy comunes.

Sin embargo, su verdadero poder radica más en su capacidad para manipular fantasmas, lo cual va más allá del mundo natural.

De esta manera, estos espíritus traicioneros se han presentado a la gente en diversas formas. Se manifestaron como una masa dorada a San Antonio, y como una lechuga a una determinada monja que también estaba involucrada en artes engañosas y pitónicas.

Transformaron a una bruja noruega, conocida por sus habilidades mágicas, en una vaca cuando no pudo matar a un hombre llamado Fronton con su magia, a pesar de que llevaba hierro.

Las historias del norte también relatan transformaciones similares, incluyendo un caso en el que una mujer llamada Agustina, una bruja de Córdoba que había cometido muchas maldades, fue convertida en una vaca. No hace mucho, los informes de escritores del Nuevo Mundo mencionan a una mujer llamada

Beatriz Cueva, que ejerció el poder en la región de Guatemala.

Se dice que ella también sufrió muchos males a manos de estos espíritus y fue transformada en una forma parecida a la de una vaca.

Aunque estos y otros sucesos similares podrían atribuirse a las artimañas de los demonios, es importante tener en cuenta que no todas las personas están expuestas a estas experiencias en nombre de los demonios.

Se ha descubierto que muchos mortales a los cuales estos espíritus no influyen, especialmente aquellos que se consideran propiedad de Dios y enfrentan un castigo público por sus malas acciones. La justicia divina los santifica. Sin embargo, aquellos que son impulsados por la curiosidad a menudo caen víctimas de estos espíritus y pueden incluso encontrar la muerte a manos de los mismos, según afirman algunos.

La razón por la que estos espíritus no pueden dañar a los jueces justos ni a quienes cumplen fielmente con sus deberes es que, si tuvieran alguna jurisdicción sobre ellos, implicaría tener

autoridad sobre Dios mismo, lo cual es completamente absurdo.

Se cree que quienes se han rociado devotamente con agua bendita por la mañana o han recibido beneficios de los ángeles son inmunes a la influencia de estos espíritus.

También existe la creencia de que quienes nacen bajo una configuración celestial específica que no incluye a Marte en su horóscopo son evitados por estos espíritus. Se considera que estos individuos poseen un aura protectora, similar a la de las serpientes que evitan ciertas canciones encantadas o, más exactamente, las potentes palabras pronunciadas por un exorcista experto.

Cabe preguntarse por qué estos demonios tienen tanto cuidado en evitar las configuraciones planetarias, dado que son seres incorpóreos.

Este comportamiento es, muy probablemente, un astuto engaño destinado a asociar a los observadores celestiales con las estrellas, atribuyendo un significado divino a los cuerpos celestes y llevándolos a un error aún mayor.

Otra posibilidad es que no estén sujetos a la influencia de los cuerpos celestes, sino que temen el terror divino, conocido como "pahat" en hebreo, algo que quienes han profundizado en la verdadera Cábala combinada con la astrología comprenden bien. Este concepto se ejemplifica en la declaración de Jacob a Labán: "Si el Dios de mi padre, el Dios de Abraham y el temor de Isaac, no hubiera estado conmigo, seguramente me habrías enviado con las manos vacías" (Génesis 31:42).

Ahora, volviendo a nuestro tema original, analicemos brevemente la transformación real y tangible de las cosas, aunque sea brevemente y de la manera habitual. Se dice que, aunque los demonios influyen en la construcción material, es más probable que ayuden a la naturaleza mediante movimientos ocultos y añadiendo semillas ocultas bajo el cielo.

Ayudan a la naturaleza a lograr sus deseos, en lugar de causar la transformación directamente de una manera genuinamente inherente.

Es importante señalar que no todos los seres vivos pueden experimentar este proceso, ya que su poder se extiende solo a aquellos que se originan de la

materia en descomposición y surgen de alguna mezcla imperfecta.

En consecuencia, los milagros realizados por los magos del faraón, Alambre y Jambre, no fueron resultado de engaños ni artimañas, como algunos afirman, sino que fueron, de hecho, reales.

No es inconcebible que estos espíritus pudieran poseer tal poder celestial. Dios, en su providencia, a veces permite que se logren hazañas aún mayores mediante las artes mágicas, engañando a quienes las practican y exponiéndolos a los peligros del fraude. A menos que se arrepientan, perecerán. Las personas sencillas y fieles deben ser cautelosas y evitar tales venenos en lugar de admirarlos.

Además, cuando se trata de producir estas maravillas, los magos no siempre son capaces de crearlas a través del agua.

La misericordia divina o la intervención de los ángeles a menudo los obstaculiza, impidiendo la práctica de tales maldades en lugares sagrados.

En su capacidad para producir estos fenómenos, trabajan con asombrosa velocidad.

Comprenden que la materia ya está predispuesta a la influencia celestial, lo que les permite trabajar con ella al instante.

No solo son rápidos en la generación de moscas, ranas e insectos, sino que también pueden influir en el desarrollo de la materia durante un período prolongado. Esto es evidente en su creación de serpientes, ratones y muchas otras criaturas, tanto terrestres como acuáticas, que a menudo se encuentran a orillas del Nilo.

Estos seres pueden moldearse a partir del barro mediante el calor del sol. En las islas Hespérides, se dice que criaturas parecidas a abes y gansos se producen en el océano a partir de la madera en descomposición.

Si bien los filósofos más destacados no niegan estos fenómenos, no cabe duda de que los demonios pueden potenciar las capacidades de las cosas y nutrir las según su naturaleza, especialmente cuando sus formas deben surgir como si surgieran del seno de la materia.

La fuerza de cada elemento, así como sus proporciones, desempeñan un papel importante en esto, y los demonios poseen un profundo conocimiento de las

constelaciones, como si conocieran sus secretos.

Ciertamente, creo que estos espíritus poseen la capacidad no solo de transmutar metales básicos en oro y crear la esquiwa piedra filosofal, una labor que nuestros alquimistas han perseguido incansablemente, sino también de engendrar otras entidades monstruosas similares a quimeras.

Si bien estas criaturas no pertenecen a ninguna especie reconocible, los filósofos naturales han conjeturado que surgen debido a transformaciones erróneas.

De hecho, existen relatos de tales sucesos en épocas más recientes, especialmente en Brasil. Se cuenta que un ser grotesco y aterrador, de diecisiete palmos de altura, adornado con una piel escamosa similar a la de un lagarto, con pezones húmedos y colgantes, melena de león y ojos brillantes que centelleaban como su lengua, emitió un rugido atronador antes de morir.

Los jesuitas, quienes en la era moderna han actuado como recolectores de almas para Dios, como los nuevos apóstoles, demostraron su poder sobre el dominio de Satanás mediante este incidente.

Un fenómeno similar se desarrolló en Sajonia, en las profundidades del bosque de Hasbergen, antes del surgimiento generalizado de la herejía de Lutero. Este evento fue, sin duda, maravilloso y aterrador, y los lugareños lo consideraron un testimonio de la supremacía de la fe católica.

Por lo tanto, no es descabellado que un filósofo afirme que se debe desalentar el fomento de tales apariciones monstruosas, ya que rara vez se manifiestan sin causar un daño considerable. En este sentido, los antiguos augures y adibinos romanos decretaban súplicas públicas al encontrarse con tales espectáculos, creyendo que, apaciguando a Júpiter, podrían evitar desgracias inminentes para el Imperio romano.

Eran muy conscientes de que, incluso si tales fenómenos tenían orígenes naturales, aún conservaban el significado de señales de un poder superior, de acuerdo con la antigua creencia de que tales señales eran manifestaciones del desagrado de los seres divinos.

Estas maravillas realizadas por no creyentes no deberían clasificarse como

milagros, como algunos podrían sugerir, sino como prodigios y maravillas.

Esto se debe a que los milagros trascienden las capacidades de todo el mundo natural y son específicos y exclusivos de la Iglesia.

Los milagros son obras divinas que ocurren dentro de límites estrictos. Son extraordinarios, únicos e imposibles de replicar.

No negaría que, ocasionalmente, por mandato divino o como castigo por una gran ofensa, los demonios pueden realizar actos que parecen milagrosos, como la transformación de la esposa de Lot en una columna de sal, lo cual desafía las leyes de la naturaleza.

Por lo tanto, estos fenómenos no pueden atribuirse al don de profecía, ya que la profecía abarca el conocimiento relacionado con el avance espiritual de la Iglesia.

Estas predicciones, para evitar que impongan sus propios resultados, están destinadas a no cumplirse de ninguna manera. Es evidente que no provienen del Espíritu de Dios, del cual están completamente desconectados, ya que irradia con un brillo mayor que el del sol del mediodía.

Además, el hecho de que algunos incrédulos e individuos malvados hayan profetizado sobre nuestra salvación mediante la interacción angelical, como la Sibila, Balaam, el Hidaspes y Caifás, carece de importancia. Esto ha sucedido como resultado de demostraciones públicas de justicia divina. Asimismo, la noción de que los demonios creen y tienen fe en Cristo es irrelevante. Sus palabras: «Jesús, ¿por qué has venido antes de tiempo para atormentarnos?» no significan fe genuina, sino más bien un reconocimiento de la autoridad divina de Cristo.

Si bien reconocieron a Cristo como el verdadero Mesías prometido en la ley durante su predicación, nunca pudieron estar seguros de su verdadera divinidad. En asuntos sobrenaturales, a menudo se vuelven cada vez más ciegos a los rayos de la verdad, así como la vista se deteriora en presencia del sol. Su malicia inherente y confirmada, como un callo formado a lo largo del tiempo, los había endurecido.

Por lo tanto, reconocieron a Cristo como el autor de tales señales e incluso como Dios, pero no por voluntad propia. Su

reconocimiento o atribución de alabanza no podía beneficiarlos en nada.

Del mismo modo, el hecho de que a veces reconocieran a Jesús como un juez verdadero y legítimo en el futuro no cambió su naturaleza. A menudo escribían sobre buscar las oraciones de los santos para que intercedieran por ellos ante Dios.

Por ejemplo, afirmaban que el diablo, al aparecerse a San Antonio, el primer ermitaño, le rogó que se reconciliara con Dios. Los demonios hicieron esto fingiendo buscar la salvación para engañar.

También engañaron a Orígenes fingiendo que Cristo les había contado sus sufrimientos. Es posible que dijeran e hicieran esto seriamente por temor a castigos inminentes más severos, o irónicamente, para satisfacer sus deseos perversos.

Quizás querían demostrar que incluso Cristo, a quien inicialmente rechazaron, imploró clemencia por temor a castigos futuros mayores.

○ quizás lo hicieron de manera burlona o irónica, o como una forma de

apaciguar el principio de la naturaleza, que no odian con tanta intensidad.

Aunque ya no buscan el bien y la gracia de la fuente de toda bondad, probablemente querían obtener algún favor de ella. Cabe destacar que a menudo se les conoce como espíritus familiares porque se presentan frecuentemente como espíritus domésticos o del hogar a la gente común.

En diversos lugares y entre diferentes pueblos, algunos establecen cierta familiaridad con los humanos, a menudo proporcionándoles bienes y beneficios externos. Pueden predecir diversos eventos y peligros en lugares y regiones distantes, y parecen advertir y aconsejar a la gente de diversas maneras, a veces ofreciendo una ayuda considerable.

Pueden influir en las armas de sus enemigos de tal manera que las vuelven ineficaces, haciendo que los golpes mortales fallen o fallen, según lo relatan algunos historiadores prominentes de las regiones del norte.

Además, existen relatos de un hombre que recibió una túnica como regalo de estos espíritus, la cual le otorgó

protección completa contra cualquier daño, ya fuera deliberado o accidental.

También poseía un cinturón dorado de la victoria que, al usarlo, lo convertía en una fuerza formidable en la batalla.

Esta cautibadora exhibición dejó atónitos a todos los que la presenciaron, y demostró ser invencible en combate. Estos espíritus suelen hacer pactos con los humanos y, cuando se les invoca con urgencia, están listos para brindar ayuda y asistencia.

Por ejemplo, se dice que tienen la capacidad de controlar los vientos para los marineros mediante el uso de nudos mágicos específicos. Con sus acciones, pueden ralentizar los barcos, dejándolos inmóviles hasta que se les aplican sustancias específicas, aunque inusuales, como excrementos de virgen.

Reconocen que esta práctica se considera vergonzosa y comprenden su papel como sirvientes.

Con frecuencia ofrecen sus servicios a cambio de un pago, como lo documentan autores reputados, especialmente en la región de Noruega, y con mayor frecuencia entre los habitantes de Birkarla.

En esta región, cuando los habitantes se aventuran a trabajar en sus campos, preguntan en voz alta sobre la presencia de estos espíritus. En respuesta, escuchan voces similares a un eco, que parecen apaciguarlos.

Como resultado, dejan una señal tras una piedra, que desaparece rápidamente, sin dejar rastro. También se cree que estos espíritus poseen la capacidad de predecir la ubicación de tesoros escondidos, aunque este conocimiento tiene un precio.

En una ocasión, revelaron el paradero de un tesoro a un adivino que lo buscaba, un hecho que puedo atestiguar con seguridad y que está bien documentado.

En la misma región, existen otros espíritus conocidos como "Kobalos", que no son inherentemente malévolos a menos que se les provoque con risas u otras ofensas. Suelen saludar a la gente con risas y conversar, pero siempre mantienen el anonimato hasta su partida.

Hay otros espíritus que pueden manifestarse sin suponer un gran

peligro para la vida o la integridad física.

Nuestro pueblo los llama "mbras", pero los escritores latinos los llaman genios malignos.

Estas entidades a veces aparecen, incluso en el momento de la muerte, causando un miedo tremendo con sus fuertes ruidos, voces que se asemejan a las de pájaros de mal agüero y formas espeluznantes.

También ebocan pavor mediante las apariciones nocturnas de fuegos fatuos (ignis fatuus). Recuerdo haber presenciado tales fenómenos en mi tierra natal, como muchos otros. Entre estos espíritus, había un personaje prominente llamado Rotilio Poberio, célebre por su noble cuna y su excepcional erudición. Era un hombre de extraordinaria sabiduría y juicio, imposible ante cualquier rumor pasajero o viento voluble; su determinación era inquebrantable.

Los gobernantes más eminentes a menudo se rebelan mediante señales aún más grandiosas, como un rayo. Un suceso similar ocurrió con César Augusto cuando su estatua fue alcanzada por una llama que caía, dejando solo la letra "R".

Los antiguos etruscos se referían a Dios como "R" y, por lo tanto, predijeron la muerte de César en 300 días, según las interpretaciones de los adivinos. Un incidente similar ocurrió con Juliano el Apóstata, donde fuego celestial descendió sobre él mientras ofrecía sacrificios a sus ídolos.

Ocasionalmente, estos espíritus se aparecen en forma humana ante gobernantes ingratos y maliciosos. Interactúan con ellos de forma aterradora, profiriendo insultos incluso mientras fingen admiración.

Uno de estos espíritus se encontró en Dión, oponiéndose al ingrato Dionisio; otro en Sila, desafiando a Mario; y un tercero en Bruto, confrontando a Cayo César.

Juliano, aún más ingrato que Judas hacia nuestro Salvador Jesucristo, bajo quien había sido bautizado, emitió un decreto público que ordenaba despreciar a Cristo, la verdadera luz en quien todos vivimos y nos movemos, sometiéndolo a insultos.

Ordenó que todos cantaran himnos compuestos por él y alabaran a esta

figura, a quien percibía como si Cristo fuera su sirvo.

Cabe mencionar que a menudo se abistan demonios en minas de plata, como ocurrió en Annaberg, Alemania, hace unos años. Uno de estos demonios, frecuente entre los trabajadores, acabó matando a doce de ellos con su aliento venenoso.

En un incidente similar en la misma mina, una figura encapuchada agarró a un hombre y lo arrojó a las profundidades, causándole la muerte, junto con varios otros. En estas minas es común encontrar diversos tipos de demonios. Algunos rompen rocas, excavan cavernas y cargan piedras en cestas y abrebaderos.

Operan ruedas, máquinas elevadoras con poleas y tornillos, con movimientos que asemejan el giro de los radios de una rueda, con reflejos parpadeantes que llenan cada rincón de la mina. Algunos demonios se dedican únicamente a la risa y la alegría, mientras que otros aterrorizan con su presencia. Algunos solo buscan ser vistos y permanecen inactivos.

Es realmente sorprendente la frecuencia con la que aparecen los demonios en estas minas, donde, a diferencia de los

Ofánim, como dicen los hebreos, no pueden residir en el reino de las cosas celestiales.

Estos seres inherentemente malignos, centrados principalmente en la maldad, son vistos por Dios, en su infinita providencia, aparecer con más frecuencia en los tesoros terrenales que en cualquier otro lugar.

A pesar de su excelencia en todos los aspectos de la belleza, incluyendo colores, sonidos e incluso diversos aromas y sabores, y su destreza en el habla, su extraordinaria astucia los ha acostumbrado a operar en secreto, a menudo permaneciendo ocultos a la vista, acechando bajo la superficie de los sentidos.

En lugar de sospechar que todos los tesoros enterrados o sumergidos en el agua están custodiados por demonios, es más apropiado decir que se cree que los Telquines, demonios encargados de salvaguardar tesoros, hechizan las almas de ciertos difuntos.

La gente común puede imaginar que estos demonios les sirven, pero, como se mencionó anteriormente, las almas no

pueden estar ligadas a nadie más que a Dios, el Creador.

Si ciertos malhechores, que no son pocos, experimentan algo más allá de sucesos demoníacos cerca de tesoros, suele deberse a su propia locura. Algunos emplean bastones mágicos, mientras que otros ofrecen sacrificios al diablo.

Pueden sentir temblar la tierra, ver montañas amenazando con derrumbarse o encontrarse con otras ilusiones. La mayoría se queda con solo esperanzas vacías y termina viviendo en la pobreza extrema.

Paradójicamente, están mejor que si hubieran adquirido estas riquezas ilícitas, porque nada positivo puede resultar del trato con espíritus malignos. ¡Qué crímenes tan atroces cometen las personas, impulsadas por sus deseos diabólicos, en su afán por enriquecerse! No dudan en violar incluso los mismos sacramentos, considerados sagrados en los santuarios.

Es desconcertante cómo abandonan la salvación de sus almas por la bana esperanza de escasas ganancias.

La depravación de algunos individuos es tan profunda que cuando los demonios, ya sea por su propia persuasión o en sueños, los convencen de la necesidad de tales acciones, renuncian vergonzosamente a su fe.

No hace mucho, le ocurrió a un sacerdote de Núremberg que, dedicado a estas prácticas, murió a manos del diablo en forma de perro mientras trabajaba en su sótano.

Un incidente similar ocurrió recientemente en Nápoles.

Ciertos individuos, atraídos por la falsa promesa de riquezas, invocaron al diablo a través de un nigromante.

El nigromante afirmó que el demonio, impulsado por la calavera de un difunto, revelaría la ubicación del tesoro. Al llegar al lugar designado, cuatro de ellos, terminaron sacrificando su vida por la muerte, lo que solo les trajo una profunda desgracia y cuantiosas pérdidas.

Otros han corrido destinos similares por diversas razones. Por ejemplo, hubo un hombre que, bajo la guía de alguien llamado Marso, intentó entrar en un

pozo habitado por serpientes con la intención de conocer su naturaleza venenosa y usarla como veneno, similar a las prácticas de Melampo y Apolonio de Tiana. Había incursionado en las artes oscuras.

Utilizando un conjuro mágico, estaba a punto de entrar en el pozo contra la voluntad de la serpiente más grande cuando esta lo enroscó con su cola y lo atrajo, provocándole la muerte.

Estos demonios perversos, aunque no están intrínsecamente obligados a causar daño, infligen voluntariamente diversas aflicciones a los seres humanos, ya que no siempre se alinean con sus planes.

Aunque pueden ser mudos, sordos, ciegos, débiles, mutilados o tener extremidades faltantes, y pueden causar diversas dolencias, como parálisis, temblores, gota, ictericia, fiebre, lepra y, la más devastadora, locura, no se les impide causar daño de cualquier manera que les plazca.

Esto es evidente en el caso de Job, quien sufrió numerosas aflicciones.

Como buscan con avidez cualquier oportunidad para causar daño, como se

mencionó anteriormente, y poseen un profundo conocimiento de las inclinaciones de las personas, pueden, con permiso divino y en respuesta a nuestras transgresiones, afligir a individuos con afecciones como mudéz, sordera, ceguera, debilidad, amputaciones y otras discapacidades.

Además, pueden introducir objetos extraños en los cuerpos de los afectados. A menudo, durante los exorcismos, estos individuos atormentados expulsan objetos como agujas, cabello, uñas y similares, que no siempre son visibles, contrariamente a algunas creencias, pero que con frecuencia permanecen ocultos.

Este fenómeno se puede observar, por ejemplo, en los santuarios de San Brandán y Santiago en Pícono, donde estos objetos, junto con maravillas aún más notables, se exhiben prominentemente desde las vigas para que todos los vean.

No es sorprendente que estos objetos, una vez reducidos a polvo e ingeridos, puedan solidificarse dentro del cuerpo debido a su influencia sobre la materia, como se mencionó anteriormente.

Igualmente admirable es el hecho de que, bajo su influencia, individuos que nunca habían aprendido otros idiomas de repente hablan en varias lenguas, aunque ellos mismos no comprenden lo que dicen.

Este fenómeno muestra claramente que las palabras habladas están desconectadas de la comprensión del poseído. Algunos han sugerido que los demonios, que rara vez usan idiomas extranjeros con los afligidos, lo hacen debido al lenguaje crudo y grosero que emplearían si se comunicaran en sus propios dialectos.

Es como si pudieran mover y manipular las lenguas que hablan a su discreción. San Jerónimo incluso atestiguó haber escuchado a un endemoniado hablar elocuentemente en griego, árabe, hebreo y caldeo, todos ellos idiomas desconocidos para él. Jerónimo Cardano, quien estudiaba diligentemente los fenómenos naturales, mencionó haber encontrado una figura sombría que hablaba en alemán, un idioma que nunca había aprendido.

Psellus también mencionó un caso en el que una mujer griega respondió elocuentemente en armenio.

Otro caso involucró a un francés aquejado de una enfermedad que, según se informó, hablaba en un dialecto regional.

Si bien reconozco que los demonios no siempre recurren a hablar en idiomas extranjeros cuando poseen a alguien, es evidente que a veces lo hacen para sembrar confusión, ya que puede ser más evidente cuando balbucean en un idioma desconocido para la persona afectada que cuando hablan coherentemente. Un incidente similar ocurrió hace poco en Palermo, cuando conversaba con una joven en latín y griego.

Sus padres la llevaron, atormentada por un demonio, a la iglesia de Santa Cristina. Asumieron esta tarea con gran esfuerzo y con el mismo riesgo para su vida en un intento de liberarla de esta aflicción.

Aunque respondió algunas preguntas correctamente, lo hizo con gran dificultad para seleccionar las palabras. Creo que esto se hizo para crear la ilusión de que estos espíritus engañosos hablan cuando interactúan con las almas de los difuntos, mientras que en otras ocasiones mienten abiertamente. Es posible que, impulsados por cierto orgullo, imiten al Espíritu de Dios,

quien, al parecer, refina gradualmente la naturaleza que habita en lugar de cambiarla abruptamente de una manera que pueda parecer destructiva.

Puede que no necesariamente posean el poder de manipular el lenguaje de quienes poseen a voluntad, como algunos han creído erróneamente, engañados por la idea de que los demonios carecen de tal capacidad.

En cuanto a la niña mencionada anteriormente, finalmente fue liberada y sobrevivió gracias a la intercesión de este santo (a quien, como es típico de los herejes, tergiversan). Sin embargo, quedó tan debilitada que, al ser presa del espíritu y atormentada, se alteró tanto que tubo que ser sujeta físicamente por dos hombres con cadenas. Tal es el aterrador poder que estos espíritus malignos han recibido sobre los desafortunados humanos debido a nuestros pecados.

Además, respecto a esta posesión, los presentes, que afirmaban ser filósofos aristotélicos, quedaron tan asombrados que admitieron abiertamente que, tras presenciarlo, ni siquiera el propio Aristóteles pudo defender la existencia de los espíritus.

Nada de lo que habían oído con sus propios oídos podía atribuirse a alguna

sustancia corruptora, como se creía comúnmente en el caso del éxtasis y otros fenómenos similares de origen intelectual.

Por ahora, me abstendré de mencionar que, durante los exorcismos, estos espíritus a veces provocan la hinchazón de las extremidades de los poseídos, apagan antorchas y rompen tejas y vidrieras en su presencia.

Un incidente de rotura de tejas ocurrió en Sicilia, en la iglesia de San Felipe, donde incluso se informó que algunas tejas emitían sonidos parecidos a la lira, tocadas por personas sin experiencia ni habilidad, lo que las hacía parecer tan expertas como Safo y Corina. A pesar de su considerable poder, estos demonios no pueden poseer a varios individuos simultáneamente.

Como afirmó Vitelio Lindano en su *Panoplia*, un demonio fatiga y atormenta a su anfitrión con su propia esencia, mientras que otro aflige a la misma persona por malicia. Incluso separados por grandes distancias, coinciden en que no hay diferencia en sus acciones cuando buscan alcanzar el mismo objetivo. Esto es una cuestión teológica.

Además, el espíritu maligno, al observar que Salomón, mediante un arte

particular que había ideado, empleaba incensarios, agua y el nombre hebreo para ahuyentar a los demonios que afligían a la gente, no olvidó su artimaña. Con el objetivo de difundir supersticiones y extenderlas entre los egipcios vecinos, inmediatamente los indujo a imitar esta práctica.

Como resultado, no solo fingían retirada cuando se les presentaba un toro o cuando invocaban la nave conocida como "Baris", donde se creía que se conservaban las reliquias de Osiris, sino que también se esforzaban por rasgar los cielos y desvelar el nombre secreto de Serapis, que creían podía expulsar a los demonios. Este era un acto atroz e impío, considerado un grave pecado contra todos, un pecado que Dios, como lo registró Moisés, condenó severamente. Estas prácticas también eran empleadas por los pueblos de la antigüedad con diversas sustancias naturales, como la seda, la aristoloquia, la verbena, la escila, la ruda, el espino cerbal y el azufre.

Los platónicos creían que todas estas sustancias poseían cualidades o virtudes ocultas que podían contrarrestar a estos espíritus malignos. Sin embargo, parece haber cierto desacuerdo con respecto a esta perspectiva.

Por ejemplo, Raimundo Lull creía que para exigir castigo a estos espíritus dañinos, es crucial atribuir abiertamente esta autoridad a la obediencia divina.

Sin embargo, un número significativo de sabios argumenta que los demonios no perduran debido a ninguna de estas virtudes, sino a través de una especie de analogía donde las cosas inferiores se oponen a las superiores.

Alternativamente, persisten debido a la influencia directa de Inteligencias opuestas que gobiernan todos los géneros de cosas, como ellos desean que se entienda.

Estas influencias no se limitan a las cosas perceptibles por los sentidos; se extienden a quienes carecen de percepción sensorial. Por ejemplo, destacan el comportamiento del mustélido, al que se le observa tragarse una mandrágora mientras parece aullar o chillar, con la boca abierta, como si estuviera muriendo.

Además, señalan que en cosas que carecen de percepción sensorial, como las cuerdas hechas de intestinos de lobo tocadas en una lira, se produce una música armoniosa, lo que sugiere que

tales sucesos en animales van más allá de los límites de la explicación natural.

Argumentan que, de no ser así, ¿cómo podrían ciertas hierbas aliviar el sufrimiento de los perros? ¿Por qué la calaminta alivia instantáneamente la picadura de un escorpión? ¿Quién enseñó a la golondrina a devolver la vista a los ojos ciegos de sus polluelos? ¿Quién instruyó al cuervo sobre cómo fertilizar los huecos frotándolos con una piedra específica?

Sin embargo, la mayoría de los teólogos discrepan con estos puntos de vista. Enfatizan que estas sustancias no expulsan realmente a los demonios, no porque cada cosa posea virtud o poder inherentes ni obedezca a una autoridad particular. En cambio, sostienen que estas prácticas se originaron en las antiguas costumbres egipcias relacionadas con los ciclos y el agua, prácticas predominantes en casi todas las naciones.

Uno de estos seres representaba a Dios en una forma y aspecto superiores, mientras que el otro simbolizaba el bautismo como medio de liberación de su influencia. Aunque no niego que estos espíritus a veces atormentan a aquellos sobre quienes se inflige con mayor

severidad la ira divina, no necesariamente se apartan de estos individuos afligidos cuando son expulsados por alguna virtud específica de las sustancias. En cambio, a menudo se trasladan a otro lugar donde pueden causar perturbaciones.

No toman represalias contra quienes los han expulsado, ya que ellos mismos no pueden ser afectados, como atestigua la Sagrada Escritura en el caso de Saúl, quien fue atormentado por estos espíritus.

Por ejemplo, se dice que se acercaron a David mientras tocaba la lira bajo la guía del espíritu de Dios y cantaba dulcemente, o se acercaron a Tobías y Sara, quienes sufrieron una aflicción similar. Josefo, un historiador muy respetado y conocido por su fiabilidad, también relata la expulsión de un demonio de un poseso, Barrabás, que no era muy distinto de Saúl. Cardano también da fe de ello, afirmando que un endemoniado llamado Phliarius fue curado por el doctor Panaceum con un remedio eficaz.

Puedo confirmarlo, pues solía experimentar opresión nocturna con más frecuencia en el pasado, pero cesó después de usar una poción que me proporcionó Johannes Baptista

Carpanzanus, un hombre de talento excepcional y un distinguido doctor en derecho.

Con la ayuda de estas pociones, nunca más he vuelto a experimentar tal opresión nocturna. Ciertamente, nuestros sacerdotes pueden usar estos remedios durante los exorcismos, pero solo después de haber sido bendecidos con oraciones específicas, que se sabe que poseen su propio poder en virtud de los méritos de Cristo y los santos.

De lo contrario, estos espíritus podrían causar más daño al ser expulsados. Además, los demonios rara vez se presentan a los humanos en lugares familiares sin un previo aviso de destrucción y desastre. Esto es evidente en casos como el de Friburgo, entre los caroleanos, donde se sabía que las constantes apariciones de espectros presagiaban una muerte repentina, y en Parma, entre los cisalpinos, donde los raros abistamientos de fantasmas eran inevitablemente seguidos por la muerte de un familiar en cuestión de meses.

Hace unos años, en nuestra patria, un hombre malvado (al que las escrituras llaman demonio debido a su engañosa

apariciencia humana) se apareció a una hermosa joven.

La convenció de que informara a sus padres de que un gran tesoro, escondido por sus antepasados, estaba enterrado en un rincón de su casa, bajo tierra.

Le aseguró que los ayudaría a excavarlo con la intención de reclamarlo para sí mismo lo antes posible.

La joven, crédula debido a su género, se lo contó con alegría a sus padres. Impresionados por la novedad y la sorpresa de la situación, sus padres la creyeron incondicionalmente.

Los animaron aún más los rumores que ya se habían extendido sobre este tesoro escondido.

Sin demora, comenzaron con entusiasmo a excavar la tierra hasta los cimientos de la casa. Al descubrir ciertas señales inicialmente, se convencieron aún más de la presencia del tesoro. A medida que excavaban día a día, los astutos engaños del demonio los desviaron con pistas falsas, hasta el punto de que la casa casi se derrumba y ellos casi quedan aplastados.

Se dice que un demonio llamado Floron provocó el derrumbe de los cimientos de una pared y aplastó a alguien que se atrevió a excavarla. Sin embargo, cuando el demonio se dio cuenta de que su intento inicial había fracasado, adoptó otra estrategia. Comenzó a atormentar la casa con ruidos y terrores espantosos, obligando a los miserables habitantes a mudarse.

Hasta el día de hoy, la casa permanece deshabitada, e incluso quienes pasan por allí temen su inminente derrumbe.

Como se mencionó anteriormente con la joben, suele ocurrir que el diablo se dirige con mayor frecuencia al sexo más joven, no por parentesco o similitud de naturaleza o voluntad entre ellos, sino porque tienen un juicio más débil y son más fáciles de engañar.

Esta es una táctica que emula a Dios en el Antiguo Testamento, enviando jóvenes apuestos para engañar y tentar. El diablo emplea esta estrategia en diversas ocasiones para socabar la fe. Un incidente similar ocurrió poco después, cuando otra mujer se abalanzó sobre él. Su esposo, preocupado por esto, consultó conmigo y con otros sacerdotes devotos.

Creía que el espectro que veía era el alma de su tía materna, recientemente fallecida, que había adoptado la apariencia y el atuendo de esta mujer.

Estaba especialmente convencido porque su esposa, para dar limosna a los pobres, ofrecía oraciones constantes y organizaba la celebración de misas. Pensó que ayudar a esta mujer y proporcionarle un medio de vida sería sumamente beneficioso para él y para toda su familia.

Sin embargo, este engaño oculto finalmente salió a la luz. Se reveló que este hombre, en efecto, había mantenido una relación ilícita con esta mujer, abrazándola contra su voluntad y a pesar de su resistencia. Esto continuó hasta que, gracias a la intervención de varias figuras religiosas y sus oraciones, ella finalmente fue liberada de este vil asunto. Sin embargo, una gran calamidad cayó sobre la familia, y su caída fue inmediata.

Poco después de estos sucesos, un espíritu igualmente impuro y contaminado, o quizás incluso el mismo, apareció en la oscuridad de la noche en un convento dedicado a la Virgen María. Aunque varias monjas residían allí, parecía tener como objetivo solo a una de ellas.

Quizás se debió, por juicio divino, a algún pecado cometido por sus padres, al que los hijos suelen ser propensos. Esto causó gran agitación e inquietud durante unos seis meses, hasta que la miserable monja, la más afectada, finalmente reveló el asunto a sus compañeras de confianza. Me lo pidieron, y fui voluntariamente a investigar. Al observar a la monja poseída, reconocí de inmediato su angustia y asombro. Movido por la compasión, la animé con un espíritu fuerte y firme, aconsejándole que ignorara por completo esta aparición, ya que no podía dañar a nadie que no lo deseara.

De repente, y sin previo aviso, en presencia de tres honorables y devotas monjas, este espíritu impuro se me apareció por un agujero en la pared donde colgaba la cuerda de la campana. Presentaba un rostro aterrador, con cabello rizado, barbilla afeitada y un semblante repulsivo que se parecía más a Cefeo que a un ser humano. Sobresaltado y sin saber qué hacer, me puse de pie y grité con fuerza, profiriendo amenazas contra él.

Las monjas que estaban presentes quedaron atónitas ante el espectáculo, y al oír mis gritos, no cesé mi clamor

hasta que el espíritu se vio obligado a huir.

Poco después, recibí instrucciones de que el espíritu, recién exorcizado, hiciera una señal para comprobar su veracidad. Sin demora, la desdichada monja bajó las escaleras como de costumbre.

Ante una imagen sagrada de Cristo crucificado, el espíritu la atacó de forma miserable y aterradora, drenándole las fuerzas.

Además, no me es desconocido que, además de esto, ocurrió otro incidente aún más aterrador. Una aparición se manifestó en una casa, causando tales disturbios y frecuentes perturbaciones que todos los residentes, abrumados por el miedo y el terror, se vieron obligados a desalojar el lugar.

Atraído por la notoriedad de este suceso, yo, acompañado de varias personas mayores, me aventuré a visitar el lugar. Uno de nosotros, más audaz que los demás, se identificó en medio del caos del patio, diciendo en voz alta: «Si de verdad eres un espíritu y no una entidad vacía y frívola, me gustaría que me golpearas con una piedra». Luego bajó la cabeza, presentándose como un objetivo. De inmediato, como se le había indicado, el espíritu obedeció.

Una piedra de dos libras le rozó ligeramente el hombro, con una fuerza tan débil que no sufrió daño alguno, a pesar de que la piedra parecía haber sido lanzada con gran fuerza, rebotando en el suelo y produciendo un fuerte ruido. El asombro de los testigos fue profundo, y hubo diversas opiniones sobre el movimiento de la piedra.

En mi opinión, la piedra había sido arrastrada por el aire, como paja arrastrada por el viento.

Algunos afirmaron que el ruido que resonaba en nuestros oídos era producto de nuestra propia imaginación, o que se debía a que el aire chocaba de una manera distinta al rebote de una piedra.

No es sorprendente que los demonios pudieran lanzar piedras a los humanos, especialmente a aquellos sumidos en el pecado. No se han abstenido de hacerlo ni siquiera con los santos.

Por ejemplo, en Roma, en la iglesia de Santa Sabina, se demostró que un demonio había arrojado una gran piedra cilíndrica, similar a una rueda de molino, ante el gran asombro de los testigos. Esta habría dado en el blanco de no ser por una mano angelical, que

se cernía sobre la cabeza de Santo Domingo, desviando el proyectil maligno.

Además, el mismo espíritu, asumiendo el papel de exorcista, intentó leer el libro del poeta etrusco Ariosto con la intención de renunciar a él.

Al hacerlo, sintió como si el libro y su mano estuvieran contaminados por alguna sustancia vil, reconociendo su error.

En ese momento, repentinamente hipó, indicando la partida del espíritu que lo había poseído. En otro episodio, este mismo espíritu se le apareció en sueños a un anciano y le insinuó: «Ven, hermano Nicchia, huye; San Benito está aquí». Con estas palabras, el espíritu desapareció, aunque no sin causar daños a la casa.

Además, es ampliamente reconocido que los propios demonios a menudo son los causantes e instigadores de los encantamientos.

Si bien algunos filósofos atribuyen estos efectos a propiedades ocultas, ya sea a través de la naturaleza innata del corazón humano, que puede alterar el cuerpo e influir en los ojos, o a la intención malévola de quienes practican

encantamientos, o incluso a un poder inherente en los animales que se corrompe durante la menstruación y contamina el aire, afirman que esta contaminación es tan potente que puede afectar los ojos de niños inocentes que presencian a quienes realizan encantamientos, provocando enfermedades repentinas u otras dolencias.

En ocasiones, incluso los espejos se rompen al reflejar los ojos de mujeres menstruando.

También se dice que los encantamientos pueden privar a alguien de su voz si ha sido observado previamente por un lobo o ha hecho contacto visual con la mirada venenosa de un basilisco, lo que finalmente resulta en su muerte. Sin embargo, es evidente que quienes atribuyen todos estos efectos únicamente a la naturaleza se equibocan y se engañan.

Nadie, por maliciosas que sean sus intenciones, es capaz de arrojar un camello de cabeza a un pozo con solo una mirada o con algún poder oculto, romper repentinamente la maquinaria recolectora de seda, transformar el agua en un color sangriento o matar al buey más poderoso, como ocurrió en nuestra ciudad.

Como registra Plinio, se afirma que los árboles se marchitan con el simple contacto.

Lo mismo se menciona de los tribali y sigue asociándose con los biarmianos, quienes son conocidos por atar a las personas con hechizos y nudos específicos de tal manera que quienes son atados no son libres en cuerpo ni controlan sus mentes.

Se consumen bajo estas ataduras y finalmente mueren en la miseria. Esto no puede ser impreso por un alma superior en una inferior, como algunos creen erróneamente.

Por ejemplo, Avicena afirma que esta malevolencia puede ser infligida a alguien, incluso en su ausencia, mediante una poderosa imaginación e intenciones malévolas. Tampoco proviene de una propiedad inherente del carácter, como se afirmaba que hacía que Augusto temiera a Marco Antonio.

No es causada por ninguna influencia celestial en particular ni por la virtud de las inteligencias, ni se origina en el poder del alma misma. Si las inteligencias, muy superiores a todas las almas, pueden prebalecer sobre ellas sin la intervención de otro agente, ¿por qué

no habrían de triunfar con sus propias intenciones malévolas o propiedades ocultas?

No tendrían éxito de esta manera, sobre todo porque nada puede transformarse en sustancia o accidente sin un intermediario. También es imposible que estos efectos se produzcan por el poder de las estrellas, ya que operan gradualmente.

Además, si fueran efectos puramente naturales, no ocurrirían con tanta frecuencia, y no es creíble que los ángeles cometan tal maldad, ya que no tienen tratos con los malvados y pecadores, como es el caso de este tipo de encantamiento.

Por lo tanto, es evidente que estos engaños son obra de demonios que, a menudo con permiso divino, responden a los deseos de los malhechores.

El diablo emplea a estos individuos como sus sirvientes y herramientas, manipulándolos a su antojo. Un ejemplo de ello es el de una mujer de Westfalia que, mediante terribles imprecaciones y maldiciones, dejó a su hijo inmóvil, como si fuera una estatua, en un lugar específico.

Se dice que logró hazañas similares mediante sus maldiciones. Además, se sabe que estos espíritus malignos utilizan instrumentos igualmente siniestros para afectar a las personas, en particular a las ancianas.

No se basan únicamente en las propiedades naturales de hierbas, raíces, jugos y piedras preciosas, temas ampliamente abordados por figuras como Zoroastro, el rey de los bactrianos, Hermes Trimegisto, la babilónica Gemma, el griego Orfeo, Cuax el árabe y nuestro propio Alberto Magno.

Si bien pueden usar, y a veces lo hacen, estos medios, también emplean métodos que no requieren contacto físico directo ni acciones corporales.

Logran estos actos no mediante sus propias habilidades innatas, sino utilizando diversos instrumentos. Sin embargo, son capaces de infligir diversos dolores y enfermedades directamente, lo cual hacen con frecuencia.

Por ejemplo, con frecuencia afligen a los lactantes, causándoles dolencias. Se dice que estos espíritus causaron sufrimiento a los bebés que luego fueron arrojados al río Aqueronte, y las

cuatro mujeres que los amamantaban apenas pudieron consolarlos.

En nuestra región, los llamamos "llorones", ya que se debilitan día a día. Estos espíritus también pueden romper cadenas, traer peste y, según cuenta la historia, robar un toro griego ofrecido a Júpiter durante un sacrificio en Roma.

Sin embargo, los demonios solo comunican sus deseos mediante palabras o alguna señal a las personas con las que han hecho pactos.

Entre los diversos actos maléficos que orquestan, uno de los más perniciosos es el acto de atar mediante nudos mágicos específicos.

Las prácticas antiguas consistían en atar estos nudos en forma triangular sobre cuerdas para alejar a los espíritus dañinos o incorporarlos a hilos sagrados para proteger los hogares de fuerzas malévolas.

A pesar de ser ampliamente detestados, estos espíritus se dedican con avidez a las formas más abominables de brujería, siempre dispuestos a cumplir los malvados deseos de sus hechiceros, siempre que los nudos —donde se ata la

brujería mediante patrones matemáticos — permanezcan intactos.

Estas acciones pueden infligir un sufrimiento severo a las personas, resultando en diversas aflicciones corporales y, a veces, un dolor insostenible que puede resultar fatal.

Sin embargo, es común que estos espíritus inflijan dolor o tormento relacionado con la parte del cuerpo afectada sin causar ningún daño real al individuo.

Esto parece ser particularmente cierto cuando el debilitamiento de esa parte específica del cuerpo podría dificultar la reproducción humana, ya que estos espíritus buscan retrasar el cumplimiento del número predestinado más que cualquier otra cosa. Su motivación se inclina más a perturbar el orden natural que a esforzarse por asemejarse a Dios, como sugieren algunos filósofos.

En consecuencia, sus acciones perturban y obstaculizan todos los demás eventos derivados de este método de creación, cuyo objetivo es alcanzar la forma más elevada del amor de Dios.

Otra razón para esta práctica es que, dado que el origen de esta parte del cuerpo está vinculado a nuestro nacimiento, asociado con el pecado, Dios, de acuerdo con el orden de la justicia, permite que esta parte sea más vulnerable a la influencia del mal que otras. Se dice que más personas han encontrado su fin en las garras de la lujuria, influenciadas por Asmodeo, el demonio de la lujuria, que en banquetes donde estaba presente Mammon, el demonio de la avaricia.

Además, estas prácticas de brujería se emplean tanto en hombres como en mujeres, lo que les provoca impedimentos en sus deseos sexuales, lo que les disuade de buscar el matrimonio. Si bien estas prácticas a veces pueden provocar excitación, se consideran inapropiadas para la actividad sexual y la procreación.

Sé que algunas personas han sido sometidas a ambos tipos de ataduras.

No obstante, es bien sabido que estas ataduras pueden romperse mediante diversas formas de engaño. Sin embargo, estos trucos diabólicos y pociones de amor no siempre son duraderos.

Su disolución suele ocurrir mediante la intervención de Dios o de un ángel con poderes específicos, superiores a los del demonio si este es de rango inferior.

Si el demonio es superior, nada puede prebalecer contra él mediante su propio poder, ya que su naturaleza sobresale tanto en comprensión como en movimiento, lo que le otorga una nobleza superior.

El demonio también puede ser disipado por un humano, ya sea mediante un poder otorgado o mediante la oración. Alternativamente, el demonio puede emplear la astucia y el fraude, disipándose al ser invocados mediante el ritual mágico de un individuo malévolo, que implica ataduras y maldiciones.

De esta manera, algunos han sido curados de dolencias como la ciática mediante encantamientos, según relata Teofrasto. Catón incluso afirmó que ciertas extremidades dislocadas podían ser curadas mediante palabras específicas. Según Sereno Sammonico, Homero mencionó que ciertas palabras, encerradas en un pergamino y llevadas alrededor del cuello, podían expulsar la fiebre, mientras que Fernelius narra el relato de un ungüento particular, expuesto a la luz solar y acompañado de

conjuros, que curó milagrosamente a alguien de una enfermedad peligrosa de la noche a la mañana.

También hemos observado que ciertas enfermedades pueden prevenirse mediante el uso de la señal de la cruz, palabras susurradas y la aplicación de hilos y lanas específicos en diversas heridas o situaciones peligrosas.

Sin embargo, esto no implica que consultar a brujas para eliminar tales aflicciones sea permisible, aunque algunos argumentan que sí lo es.

La evidencia contradice esta afirmación, ya que nunca se busca nada parecido en brujas o personas malévolas, ya que sería un error peligroso y un pecado grave cometer un mal con la esperanza de lograr el bien.

Sin embargo, un autor creíble, Fernelius, afirma haber presenciado a personas liberarse de enfermedades con la ayuda de demonios de esta manera, solo para que las mismas o incluso peores aflicciones reaparecieran poco después.

Evitemos cualquier conexión o familiaridad con los demonios. En el sacramento del santo bautismo, cuando

juramos nuestra fe y nos consagramos a Dios, renunciamos explícitamente al diablo y a sus instrumentos malignos.

Es crucial reconocer que las acciones de los demonios son invariablemente dañinas para nuestro bienestar físico y espiritual, incluso si parecen prometedoras a primera vista.

En última instancia, sus intenciones no son más que la destrucción completa de la humanidad y la condenación eterna.

La verdad innegable lo confirma, pues el diablo es un engañador y un asesino, y estas son sus características bien documentadas. Un ejemplo de ello es Saúl, quien, al buscar el consejo de una pitonisa, encontró su muerte como consecuencia del castigo de Dios.

Estas acciones impías y transgresiones abominables no son orquestadas por un conjunto de entidades malévolas en un esfuerzo coordinado.

Esto no se debe a que el diablo carezca de la capacidad, sino a que no todos los demonios son invitados a un solo individuo, o a que Dios, en su sabiduría, impide que esto suceda para no rebelar las limitaciones de los demonios al respecto.

Al abordar la malevolencia y la depravación de estos espíritus inmundos, conviene ser lo más conciso posible.

Toda la alabanza y el honor en este mundo pertenecen al Dios Todopoderoso, de quien derivan nuestra existencia y conocimiento.

No poseemos nada propio, excepto el pecado. Θε ὦ δῶξα, ἂ μήν.

Fin